

K. 118993

L.T.

3265

HISTORIA

compendiada



DE ESPAÑA.



CON LICENCIA: MADRID

Imprenta que fue de Fuentenebro. 1830.

UNED



HISTORIA

compendiosa

Esta obra es propiedad del editor, y nadie puede reimprimirla sin su consentimiento.

Se hallará en la librería de Hurtado, calle de Carretas.

De Mariano Ortega

CON LICENCIA: MADRID
Imprenta que fue de Fuentesbr. 1830.

ADVERTENCIA.

Esta obra es un extracto del compendio de la Historia de España que escribió en frances el R. P. Duchesne, maestro de sus AA. RR. los Serenísimos Señores Infantes de España, y tradujo al castellano el R. P. Fr. Francisco de Isla, como asimismo del que publicó posteriormente un escritor moderno. El objeto que ha motivado este trabajo es solamente proporcionar á la juventud española un compendio que, á pesar de la concision que exige esta clase de escritos, no sea tan diminuto como el primero que se cita, ni tan estenso como el segundo, sin dejar por eso de contener todos los acontecimientos mas memorables ocurridos en la península desde sus primeros pobladores hasta el fallecimiento del Señor Rey Don Carlos III; habiendole reducido tambien á un solo volumen para mayor comodidad y economía de los jóvenes que se dediquen al interesantísimo estudio de la his-

toria de su amada patria, tan necesario para su instruccion.

Para mayor inteligencia del lector lleva una tabla cronológica de los Monarcas que han reinado, desde qué año y su duracion; y por último un indice de los sucesos mas memorables, años en que acaecieron, con las páginas á que corresponden estos y cada reinado.

HISTORIA

compendiada

DE ESPAÑA.

Situacion de España, etimologia de este nombre, su ámbito y estension, sus producciones, carácter de sus habitantes &c. &c.

España es la porcion de tierra mas occidental de Europa, situada dentro de la zona templada septentrional, y comprendida entre los 36 y 44 grados de latitud, y entre los 9 y 22 de longitud, contando desde la isla de Hierro en Canarias; forma una península bañada al Occidente por el mar Océano, de Mediodia á Oriente por el Mediterráneo, y linda con

la Francia por entre Oriente y Norte, donde fijó la naturaleza una dilatada cordillera de montes casi inaccesibles, que sirve de barrera á entrambos reinos. Se regula su ámbito ó circuito en 581 leguas, y su mayor travesía en poco mas de 200, aunque sobre una y otra medida se nota gran variedad de opiniones.

Segun los mas sabios escritores, y entre ellos nuestro P. Isla, la etimología de la voz España no procede sino de la lengua vascuence, que fue la primitiva, pues no se conoce otra alguna que pueda disputarla su antigüedad, y en la cual se llama al labio *ezpaña*; ¿y qué dificultad, añade el citado Padre, habrá en creer que este nombre se derivase á toda la nacion, para significar que toda ella era un mismo labio, esto es, de una misma lengua, de la Sagrada Escritura? *Erat autem terra labii unius*, Genes. 2.

La España ha poseido y posee ricas minas de todos metales: su suelo, muy fecundo por lo general, se halla regado por una multitud de rios mas ó menos caudalosos, pero abundantes de pesca: no se encuentran en ella los animales feroces del Africa y del Asia, sino los de

los climas templados, como osos, lobos, &c.: el cielo es puro y sereno: se respira un aire benigno; y aunque el calor suele ser excesivo y molesto en algunas provincias y en ciertas estaciones, nunca llegan á ser insufribles, ademas de que la tierra suministra en abundancia naranjas, limones y otras muchas frutas frescas y gustosas: sus habitantes disfrutan del trigo mas granado, de los mas preciosos vinos, del aceite mas sustancioso y de la mas delicada miel: finalmente, las lanas de esta península gozan de una reputacion justamente merecida.

Lo que se llama carácter de una nacion suele ser el resultado de la educacion: sin embargo los españoles son conocidos por su admirable constancia en los trabajos y por la superioridad de alma con que por no abatirse prefieren los mayores males. Son generalmente serios, circunspectos, sobrios, opuestos á la embriaguez, agradecidos y fieles con sus amigos: deliberan despacio; pero una vez decididos, ejecutan con tesson. En el discurso de esta historia se verá comprobado tambien su denodado valor y heroismo. Las mugeres españo-

las se han distinguido siempre por su pudor, no menos que por su hermosura, viveza, despejo, gentileza, talento y otras prendas recomendables.

Aunque nada puede asegurarse acerca de quiénes fueron los primeros pobladores de España, el comun sentir de los historiadores es que fue Tubal y su familia, cuyo parecer adopta tambien el P. Isla. Así mismo se ignora cuáles fueron las leyes, costumbres y gobierno de sus primeros habitantes hasta el siglo XV antes de Jesucristo, en que vinieron á establecerse en ella varias colonias fenicias, atraidas de las muchas ventajas que les ofrecia el pais. Sabemos que entonces la hallaron poblada, y que al ver la sencillez de sus moradores supieron aprovecharse de ella, estendiendo su comercio é industria por la Bética ó Andalucía, punto en que primeramente se establecieron, introduciendo su idioma y costumbres, é inspirando á aquel pueblo basto é ignorante la cultura y civilization, que poco despues ostentaron sus naturales. Pero no fueron los fenicios solamente los extranjeros que vinieron á la península: los rodios, samios, focen-

ses y otros enviaron tambien varias colonias que con violencia ó astucia ocuparon algunos terrenos usurpándolos á sus primitivos habitantes, estableciéndose en las costas del Mediterráneo; pero los cartagineses principalmente se introdujeron no solo con el objeto de comerciar, sino con el de dominar.

Dominacion de los cartagineses en España.

Era Cartago una ciudad situada en la costa de Africa, inmediata á Tunez: estendíase su imperio á lo largo de aquella hasta las costas de Italia: cubrian sus flotas el mar Mediterráneo, y era en él la potencia dominante: diariamente salian de sus puertos escuadras numerosas, que volvian cargadas de riquezas de las ciudades marítimas: su comercio y poder llegaron á un estado el mas floreciente; pero en el siglo IV antes de Jesucristo se vieron obligados á abandonar todos los fuertes, templos y demas que ocupaban en la Bética, para acudir al socorro de su patria: si bien es creible que los andaluces, aprovechándose de estas

circunstancias, rechazaron con valor el yugo que los oprimia. Pero la ambicion y orgullo de Cartago no podia desentenderse de esta enorme pérdida; y apenas cesaron las hostilidades de su primera guerra púnica, cuando se prepararon á recobrar los dominios españoles que poseian, á cuyo efecto enviaron en el año de 237 un poderoso ejército á las órdenes de Amilcar Barca, el cual desembarcó en Cádiz, ciudad que se mantenía aun en buena armonía con Cartago. Desde allí empezó sus incursiones por el continente, talando las campiñas y saqueando los pueblos: asolada y dominada gran parte de la Bética, penetró en la Estremadura y Portugal, y en solos nueve años redujo á la obediencia á esta parte de España: mas los vetones, situados en los confines de Estremadura y León, lograron contener sus progresos, cuando este sitiaba á la ciudad de Helice, cuya situacion precisa se ignora. Confederados los régulos de la comarca salieron en busca de Amilcar; y Orison, su gefe, fingiendo reunirsele, introdujo en la plaza un refuerzo considerable de tropas, con las cuales, y apostando al

mismo tiempo los demas príncipes las suyas detras de unos carros de leña colocados al frente del enemigo, esperaron conseguir destruirle. A su vista prorumpieron los cartagineses en voces de desprecio, y descuidando el asedio de la plaza, acometieron aquella especie de parapeto. Entonces los españoles, aguijoneando contra el ejército los bueyes uncidos á los carros, despues de haber puesto fuego á la leña, consiguieron esparcir el terror en él; y la salida imprevista de la guarnicion y demas tropas emboscadas, que atacaron denodadamente al enemigo, completó la victoria. Perseguido Amilcar por los escuadrones de Orison al atravesar el Guadiana, cayó del caballo, y pereció en las aguas de aquel rio.

El jóven Asdrubal, que le acompañaba, recibió orden del senado para encargarse del mando del ejército, con el cual reforzado considerablemente derrotó á Orison, y se apoderó asimismo de doce ciudades. Dirigió despues sus pasos por la Celtiberia hasta las cercanias del Ebro, logrando estender maravillosamente los dominios de Cartago. Por otra par-

te su humanidad y amable carácter le conciliaron el aprecio de los pueblos hasta el punto de ofrecerle para esposa una princesa española á consecuencia de haber enviudado, la cual aceptó. Edificó en los confines de Valencia y Murcia una ciudad con buenas fortificaciones, honrándola con el nombre de *Nueva Cartago*, hoy Cartagena. En esta época era ya Roma una república poderosa y émula de Cartago; y conociendo que podia aprovecharse del descontento que reinaba entre los saguntinos, ampuritanos y demas púeblos originarios de Grecia, que habitaban las costas de Cataluña y Valencia, trató de protegerlos, á fin de adquirir tambien las riquezas de España, que enviaba ya de antemano, y destruir de esta suerte el poderío que ejercia su rival y competidora. A este efecto despachó embajadores á Asdrubal, suplicándole ciñese sus conquistas á lo que poseía; que no estendiese sus límites, ni tampoco incomodase á los pueblos situados entre el rio Ebro y los Pirineos, los cuales, habiendo formado confederacion, se habian declarado amigos y aliados de los romanos. Bien conocieron Asdrubal y Cartago

las intenciones y designios de Roma; pero contemporizaron por entonces, temerosos sin duda de que los españoles sacudiesen el yugo que les oprimia. Tal era el estado de los negocios de aquella república en el año 220, y en el mismo fue Asdrubal alevosamente asesinado por un esclavo, á cuyo dueño habia quitado ignominiosamente la vida.

Le sucedió en el gobierno el grande Anibal por aclamacion del ejército, y poco despues confirmó su eleccion el senado. Aunque no contaba mas que veinte y cinco años de edad el nuevo gobernador, los repetidos ejemplos de valor ejecutados á su vista en diez y seis años de combates le habian infundido un espíritu extraordinariamente superior al comun de los reputados por fuertes y alentados.

Desde luego la rebelion de varios pueblos de Castilla la Nueva le dió ocasion oportuna para hacer ver su pericia y talentos militares; pues en sola una campaña los subyugó á todos, inclusa la ciudad de Altea, su capital, volviendo á Cartagena cargado de ricos despojos. En el año siguiente introdujo sus tropas en

el reino de Leon, é inmediatamente sitió las ciudades de Arbucala y Elmantica, hoy Salamanca, pero si logró rendir á la primera despues de una tenaz resistencia, no fue así con la segunda; sus habitantes capitularon con Anibal que si quedaban libres dejarian las armas y entregarían la ciudad: en efecto, condescendió á ello; mas sus mugeres, abandonando á la rapacidad de los soldados todas sus alhajas y bienes, sacaron ocultas bajo de sus vestidos las espadas, persuadidas á que no serian reconocidas; de esta suerte, y á consecuencia de haber abandonado las puertas el cuerpo de caballería que las guardaba, por tomar parte en el saqueo que estaba ejecutando el ejército, lograron repartirlas con sus maridos, y sorprendiendo á los cartagineses los hicieron pedazos, obligándolos á ponerse en fuga.

Por desgracia consiguió Anibal reunir sus despavoridas tropas, con las que acometió nuevamente á los salmantinos; pero estos, ya que no podian defenderse por mas tiempo, se retiraron á la cima de un monte que habian ganado, donde permanecieron á vista del enemigo hasta

que les fue concedido el perdón y la libertad de regresar á sus hogares.

Después de esta campaña, y cuando trataba Anibal de retirarse á Cartagena, tuvo aun que combatir contra cien mil carpetanos, olcadas y de otros pueblos, que le disputaron el paso; pero si bien lograron estos desordenar alguna vez parte de sus tropas, no por eso dejaron de ser destruidos por el prudente Anibal en las orillas del Tajo, donde por su impericia militar cayeron casi todos bajo el filo de sus espadas, y los restantes perecieron ahogados. En seguida continuó talando los pueblos y campiñas, atemorizándolos de suerte que en breve le quedaron todos sometidos.

No se olvidó tampoco Anibal durante este tiempo de hacerse amar de los pueblos eximiéndoles de algunas contribuciones, sin descuidar por eso el pago de los gastos y manutención del ejército; á este fin noticioso de las muchas y ricas minas de oro y plata que enriquecían á España, hizo trabajarlas y sacó de ellas inmensos tesoros, con los cuales proveyó la caja militar, que habia encontrado vacía, y tuvo fondos para sostener sus empresas.

— Pero hasta aquí aún no había puesto en práctica sus mayores designios. Hijo de un noble cartagines que murió con el dolor de no haber adquirido ventajas sobre los romanos en la primera guerra púnica, y el cual le había hecho jurar sobre las aras de Júpiter enemistad irreconciliable con Roma, estaba decidido á conducir sus armas á Italia, y llevar la guerra hasta los muros de su capital: el numeroso ejército y las riquezas que poseía, le prometían el feliz éxito de la empresa.

— Con este objeto se dirigió desde luego sobre Sagunto, hoy Murviedro, ciudad aliada de Roma, resuelto á apoderarse de ella á todo trance. En vano los embajadores que el senado romano allí tenía, salieron á protestarle que no debía sitiar una plaza amiga y confederada con aquella república sin declarar antes la guerra á esta. Tenía Anibal previsto este lance; y así les respondió que los cartagineses no eran de peor condicion que los romanos, y que si estos habían vengado con las armas en los aliados de Cartago los insultos que habían hecho á los saguntinos, ¿por qué no podían ellos to-

mar satisfaccion en los saguntinos de los agravios hechos á los confederados de Cartago, usando de las represalias, que permitia á todos el derecho de gentes? Ciertas diferencias suscitadas entre los saguntinos y sus vecinos los turboletas, aliados de Cartago, fue suficiente motivo para que escribiendo al senado que los romanos turbaban la paz de España, inquietando á los aliados de Cartago, se erigiese árbitro de los negocios de esta península. Así pues, fingiéndose mediador entre los saguntinos y turboletas, emplazó á los primeros para que diesen satisfaccion á los segundos; negáronse los saguntinos á reconocer una mediacion tan sospechosa, y recurrieron á los romanos; pero el orgulloso africano tardó una sola noche en mover su ejército y presentarse delante de Sagunto con ciento cincuenta mil hombres: sorprendidos sus habitantes, despacharon embajadores implorando la proteccion de Roma; mas esta, en vez de un ejército, solo dispuso recordar á Anibal y Cartago los tratados hechos por ambas repúblicas.

De esta suerte perdieron los romanos en negociaciones inútiles el tiempo

que debieron emplear en socorrer y defender aquella importante plaza, aliada suya. Los saguntinos, lisonjeados con la esperanza de socorro, sufrían entre tanto con suma constancia todos los horrores de un sitio el mas terrible.

Empero Anibal redoblaba todos sus esfuerzos para rendir la plaza, y aunque sus primeros ataques fueron desgraciados no cesó de repetir los asaltos; los saguntinos, abandonados á sus propias fuerzas, no solamente los recibieron con denuedo, sino que hicieron muchas salidas con feliz éxito.

El mismo Anibal, á quien condujo el valor á una escala, fue herido peligrosamente, y tuvo el dolor de ver rechazadas sus tropas hasta las trincheras: varias veces que los sitiadores se abrieron paso por diferentes brechas, se vieron obligados á retroceder por la indecible intrepidez de los sitiados, que descargaban sobre ellos una lluvia de fuego: en vano por medio de una mina logró Anibal introducir sus tropas en la plaza y sorprenderla; pues sus bizarros defensores, sin desanimarse, se retiraron al centro de la ciudad, se fortificaron en un pe-

queño recinto donde encerraron sus familias y haberes, y se mantuvieron con incomparable audacia hasta apurar todos los víveres: entonces consintieron en rendirse, capitulando con honradas y decentes condiciones; mas Anibal, no dudando ya apoderarse de la ciudad, se negó á toda composicion obstinándose en que se entregasen á discrecion, dejando solamente salir libre la guarnicion y los vecinos con los vestidos necesarios para su abrigo y decencia: los saguntinos oyeron con desprecio semejante propuesta, y decididos á perecer por conservar su libertad, tomaron la resolucion de combatir hasta sepultarse bajo las ruinas de su patria, antes que sufrir los hierros de la esclavitud: encendieron en la plaza una grande hoguera: entregaron á las llamas todas sus alhajas, y aprovechándose de las tinieblas de la noche hicieron una impetuosa salida; sorprendieron al ejército, le atacaron con furor, é hicieron una horrible carnicería: el combate fue obstinado, y solo finalizó cuando dejaron de existir los saguntinos: entonces sus mugeres, conociendo que habian perecido los últimos defensores de Sagunto,

;

quitaron la vida á sus hijos, y sacrificaron las suyas al filo de la espada ó á la voracidad de las llamas, que ya habian consumido gran parte de los edificios. Así acabó la libre Sagunto despues de ocho meses de sitio, dejando un modelo de la lealtad y constancia que siempre distinguió á los españoles, á los cuales será eternamente gloriosa su memoria.

Intentan los romanos dominar la España; declaran la guerra á los cartagineses: los españoles son sojuzgados alternativamente por unos y otros.

Irritados los romanos al ver el poco aprecio que habian merecido las proposiciones de sus embajadores, y por vengar á sus confederados, exigieron perentoriamente una satisfaccion: Cartago se negó á darla, y esta fue la centella que encendió la segunda guerra púnica entre las dos repúblicas y atrajo á la africana su ruina.

Roma desde luego declaró la guerra á Cartago, y envió numerosos ejércitos para sostenerla; mas Anibal, gozoso porque creía ver realizados sus deseos, pasó

inmediatamente los Pirineos con noventa mil hombres de tropas escogidas, la mayor parte españolas, atravesó la Galia meridional, y abriéndose el camino por los Alpes, encontró junto al Tesino el primer ejército que Roma le oponia: acometerle y derrotarle, fue obra de pocos momentos: consecutivamente halló y venció otros tres ejércitos en las llanuras de Trevia, Trasimeno y Canas: en esta última batalla perecieron muchos senadores y caballeros romanos, que al ver el peligro de su patria habian tomado las armas para salvarla, y Roma quedó tan consternada, que si Anibal se hubiera presentado á su vista se habria apoderado de ella; pero este prefirió seguir su marcha á Italia para dominarla como rey, al vivir como particular en Cartago.

Mas dirijamos nuestra vista únicamente hácia los incautos españoles, que debiendo haber permanecido meros espectadores de una guerra tan útil que podria proporcionarles la libertad, tuvieron la imprudencia de mezclarse en ella, afanosos por fabricarse las cadenas, para recibirlas de Roma ó de Cartago, segun su capricho é inclinacion.

Mientras que Anibal recorría la Italia, el senado romano dispuso dos ejércitos, uno á las órdenes del consul Publio Cornelio Scipion, y otro mandado por su hermano Gneo Cornelio: desembarcaron ambos en Ampurias; mas el primero, resuelto á oponerse al cartagines en el paso de los Alpes, dejó encargada al segundo el continuar la conquista de España.

La afabilidad y dulce trato de Gneo disiparon bien pronto el odio que muchos pueblos tenían á los romanos, con los cuales se unieron, y cuando el general cartagines Hannon, juntando sus fuerzas con las de Andobal, príncipe español y amigo de Cartago, salió á su encuentro, se decidió bien pronto la batalla con la muerte de seis mil cartagineses y con la prision de dos mil, quedando en poder de los romanos un cuantioso y rico bagaje que habia dejado Anibal al partir á Italia: esta accion se dió cerca de Lérída en el año de 537.

Cuatro victorias consecutivas consiguieron los romanos sobre los cartagineses; la primera fue naval contra Hamilcar en el siguiente año; la segunda en

Iberia, á las márgenes del Ebro, contra Asdrubal, en el de 539; la tercera en las inmediaciones de Tortosa, contra Magon, en 540, y la cuarta en Andalucía, sobre el Segura, contra los hermanos Magon y Asdrubal.

Pero dos acciones ganadas por los cartagineses, la una sobre Albarracin en Andalucía, y la otra junto á Illorcis, en las cuales perecieron gloriosamente los dos Scipiones, hubieran sido bastantes para abatir el poder de Roma, si el valiente y gran capitán Publio Cornelio Scipion, heredero del valor y virtudes de su padre, no se hubiera ofrecido á continuar la guerra, á pesar de no contar entonces mas que veinte y cuatro años de edad.

Desde luego parece que las aclamaciones del pueblo nombrándole general, presagiaban los felices sucesos de sus armas, pues tuvo la gloria de arrojar á los cartagineses de toda la península.

Apenas tomó posesion de su honorífico cargo, dió á conocer todo su esfuerzo y la sublimidad de sus talentos militares. Tres ejércitos tenían los cartagineses en España, acantonados en di-

versos puntos, y á cual mas formidable. Impedir su reunion, atacarlos desunidos y vencerlos, era cuanto hasta entonces habian sabido los romanos; pero eran mas vastas las ideas de su nuevo caudillo, y no se satisfacía con victorias parciales que no deciden la suerte de una guerra.

Su objeto principal fue desde luego apoderarse de la importante plaza de Cartagena, metrópoli y corte de los cartagineses, emporio de su comercio, su erario, la caja de sus tesoros, su armería, su arsenal, y en fin, el mejor puerto del Mediterráneo: heróica y obstinada fue la defensa de sus moradores; pero solo pudo resistir cuatro dias al valor y destreza de Publio y de sus tropas.

Tomada la plaza, le presentaron los soldados una doncella, la cual se hallaba prometida á Alucio, príncipe celtibero; pero el magnánimo y generoso Scipion, haciendo comparecer á su presencia á los padres y esposo, dirijió á este su palabra, diciéndole: "Joven español, las prendas que adornan á esta hermosa prisionera la hacen digna del mas noble establecimiento: yo no he podido ser insen-

sible á sus gracias: su posesion me haria el mas venturoso de los mortales; pero me consta que la amas con la ternura que se merece, y renuncio con gusto en tu favor un bien para mí tan apreciable: vive seguro de que ha sido respetado su decoro, pues no te presentaria yo un don que no fuese digno de tí que le recibes, ni de mí que te le ofrezco; solo exijo en recompensa tu amistad con el pueblo romano, y me persuado á que nunca tendrás motivo para arrepentirte de ella." En efecto, el jóven príncipe no solo besó mil veces la mano de su digno bienhechor, sino que muy luego presentó á Scipion mil cuatrocientos caballos para que los uniese á sus valientes tropas: los padres de la doncella tambien le ofrecieron una gruesa suma de oro por su rescate; mas no queriendo Publio dejar imperfecto aquel triunfo sobre su corazon, la pasó á las manos del esposo para que sirviese de dote á su amada.

Por todas partes resonó la fama de esta accion; y muchos pueblos, admirando las virtudes del general romano, se pronunciaron á favor de una república que producía tales héroes.

Engruesado considerablemente el ejército de Scipion con estas alianzas, consiguió sucesivamente tres victorias contra los Asdrubales; la primera cerca de Ubeda en el año de 545; la segunda junto á Cadiz en el de 546, y la tercera en la misma Andalucía en 548. Destruídos en todas partes los cartagineses, y exausta la república de tropas y dinero, no la quedaba otro recurso que el brillante y numeroso ejército que Asdrubal, el Barcinonense, conducia de Italia para reforzar el de su hermano Anibal, á fin de sitiar á Roma, la cual hubiera tenido que rendirse, si la reunion de los dos ejércitos se hubiera verificado; mas cuando estaba cerca el auxiliar, fue atacado y deshecho por Claudio Neron sobre el rio Metro. Por otra parte el refuerzo que condujo de Africa á España el general Hannon fue sorprendido en los contornos de Segovia por Marco Silano, lugar-teniente del insigne Scipion, quien no solamente los derrotó, sino que hizo prisionero á su general.

Consumidas casi del todo las fuerzas de Cartago por reveses tan repetidos hubo de ceder el campo á Scipion, y reco-

giendo en sus navíos las reliquias de sus ejércitos, dejó á los romanos en pacífica posesion de la España, despues de catorce años de guerra.

La afabilidad, cortesanía, prudencia, equidad y desinterés del grande Scipion tenian tan hechizados á los españoles, que se reputaban dichosos estando bajo su dominio. Empero aun tuvo que sojuzgar algunos pueblos, que demasiado afectos á los cartagineses no se le habian sometido todavia; tales fueron los castulonenses é iliturgitanos: estos últimos, añadiendo la inhumanidad á la perfidia, habian asesinado á cuantos romanos se habian refugiado en su seno; pero Scipion, resuelto á vengar tan horrible atentado, tomó por asalto á Iliturgi, y la redujo á cenizas, pasando á cuchillo á todos sus habitantes. Sojuzgó en seguida á Castulon; pero Astapa (ciudad que dió nombre á la moderna Estepa) fiel aliada de Cartago, opuso tan vigorosa resistencia, que sin duda no es menos célebre en la historia que las de Sagunto y Numancia. Sus habitantes conocieron desde luego la imposibilidad de defenderse por el mal estado de sus fortifica-

ciones; pero enemigos irreconciliables de los romanos, resolvieron perecer todos antes que entregarse: á este fin elevaron en la plaza una pira con gran cantidad de leña y fagina, depositaron en ella todos sus haberes, colocaron en su cima á los ancianos, mugeres y niños, y encomendando su custodia á cincuenta jóvenes bien armados, les exigieron el horrible juramento de sacrificarlos con su propio acero, y de reducir á cenizas la funesta pira si triunfasen los enemigos. Los demas ciudadanos se obligaron igualmente á darse la muerte sino lograban destruir á los sitiadores; pero á pesar del indecible valor con que pelearon, hubieron de perecer en medio de las legiones romanas, no terminándose el combate sino con la muerte del último español: entonces fue cuando se verificó dentro de la ciudad la horrible escena que estaba preparada, y los romanos no pudieron ver sin horror aquel rasgo de inhumanidad y heroismo.

Concluida la guerra pasó á Roma el pro-consul Scipion cargado de riquezas, y desde allí á Italia, donde tambien venció al grande Anibal, apoderándose des-

pues de la capital de Cartago, con lo cual quedó abatida del todo aquella república.

Dominacion de los romanos en España.

Quando partió Scipion de España, dejó encomendado su gobierno á Lucio Cornelio Léntulo, y á Lucio Manlio Acidino; pero su ausencia debia producir acaecimientos desastrosos en una nacion amante de su libertad, pues, aunque admiraba la humanidad y dulzura de aquel héroe, no podia ver con indiferencia convertida la proteccion en esclavitud.

Por otra parte las continuas vejaciones que sufrían de los dos pretores nombrados anualmente por el senado romano para su gobierno, los cuales ni aun obedecian muchos útiles decretos que les eran remitidos en beneficio de los pueblos, no podia menos de causar repetidas sublevaciones, y por último encender la guerra civil. Los primeros que se pusieron al frente de los españoles fueron Andobal y Mandonio; pero el primero, aunque cubierto de gloria, fue desgraciadamente traspasado de una lan-

zada en medio de un sangriento combate dado en los campos Sedetanos; y el segundo tuvieron que entregarle á discrecion los pocos soldados que habian escapado de la derrota, para salvar sus vidas; el cual sufrió una muerte ignominiosa: nos es preciso apartar de la vista del lector la larga serie de desgracias que nos presenta la historia en esta época, y por lo tanto nos ceñiremos á describir solamente los sucesos mas notables.

Despues de haber destruido el pretor Sergio Sulpicio Galva, por medio de una alevosa traicion, un cuerpo de treinta mil españoles, de los cuales hizo pasar á cuchillo nueve mil, quedando los demas prisioneros, se exasperaron tanto los pueblos que solo necesitaban para alzar el grito de venganza un gefe valeroso y arriesgado; tal fue Viriató, el cual bien instruido en el arte de la guerra, reunió en un momento una muchedumbre alentada: era natural de las costas lusitanas, y aunque de humilde condicion, la cual le erigió en pastor y poco despues la desesperacion en bandolero, se descubrian en él pensamientos nobles y elevados y un ánimo intrépido é imperturbable.

Resuelto á vengar á sus compatriotas del atentado de Galva, bajó con diez mil hombres de la Lusitania á las playas meridionales del Océano, y empezó á hostilizar los Algarbes y Andalucía; pero como sus tropas estaban aun indisciplinadas, fueron sorprendidas por Vetilio en ocasion de hallarse saqueando el pais. En efecto, logró este derrotar algunas, y reducir á las demas á un paraje espeso y estrecho, donde habian de entregarse á discrecion ó perecer de hambre: en este apuro muchos quisieron rendirse; pero Viriato exortándolos logró reanimar su valor, y resorverlos á morir en el campo del honor: satisfecho de su ardor y lealtad mandó que cuando él montase, como si fuese á acometer, se quedasen con él mil caballos solamente, y que el resto de la tropa emprendiese la retirada por diversos caminos con toda celeridad, á fin de reunírsele despues en la ciudad de Tribola, donde debia esperarle: montó Viriato, y esparciéndose y disipándose su ejército por mil sendas distintas, fue tal la sorpresa del general romano, que dudando á qué cuerpo debia atacar no se atrevió mas que á mover sus armas con-

tra los pocos enemigos que quedaron á su vista; pero aun el capitán lusitano supo distraerle por espacio de dos días, ya aparentando huir, ya manteniéndose á pie firme, y ya avanzando hácia él; hasta que aprovechándose de las tinieblas de la noche partió á galope por sendas desusadas, dejando burladas del todo las disposiciones del pretor romano, que ni aun pudo seguirle por la poca velocidad de su caballería, y serle desconocidos los caminos.

La fama de este ardid aumentó considerablemente el ejército de Viriato, pues se le unió gran número de españoles. Sin embargo, enterado Vetilio del paraje en que se hallaba, marchó en su busca para batirle; pero Viriato, saliéndole al encuentro, y atrayéndole á un paraje pantanoso donde tenia emboscadas parte de sus tropas, se arrojó de improviso sobre los romanos, los cuales perecieron unos atollados en el cieno y otros al filo de la espada; siendo el pretor Vetilio muerto por el mismo Viriato sin conocerle.

Esta victoria fue seguida de otras dos, en las que los romanos quedaron tan abatidos que mil de ellos se dejaron

vencer de trescientos lusitanos. Aquí en prueba del valor que siempre ha distinguido á los españoles, referiremos el siguiente suceso: un soldado lusitano que al retirarse de la accion para unirse á los suyos se hallaba bastante desviado, fue sorprendido por una partida de caballería enemiga, la cual le embistió con inespliable furor; mas el valiente guerrero, lejos de intimidarse, acometió denodadamente á uno de sus contrarios, atravesó de un bote de lanza á su caballo, y tirando al ginete una cuchillada de revés le cercenó la cabeza; dejando inmóviles á los demas, que le vieron partir sereno celebrando su victoria.

Tan repetidos triunfos llevaron el terror del nombre de Viriato hasta las murallas de Roma. Aquella famosa república, tan fecunda en valerosos guerreros, no hallaba quien quisiese oponersele: encargóse Metelo de conducir á España un nuevo ejército; pero en realidad mas como embajador para hacer un tratado de paz, que como general para continuar la guerra. Viriato por su parte se hallaba dispuesto á admitirla siempre que fuese honrosa, y en efecto se hizo

con la condicion de que los lusitanos quedarian libres, y serian reconocidos por dueños absolutos de todo el pais conquistado, y por amigos y confederados de Roma.

Firmado el tratado por ambas partes, se envió al senado romano para su ratificacion: la aprobó este, pero muy luego el pretor Quinto Servilio Cepion, sucesor de Serviliano en el gobierno, representó que era contra el honor de la república; y el senado no tuvo escrúpulo en quebrantar la fe pública, ni en faltar á la religion del juramento, declarando de nuevo la guerra y autorizando al pretor para continuarla.

Reposaban tranquilos los lusitanos á la sombra del tratado, quando de improviso se vieron sorprendidos y atacados; y Viriato, que vió inundado de tropas el territorio portugues sin haber dado ningun motivo para este rompimiento, despachó una embajada á Cepion compuesta de Aulaco, Ditalco y Minuro, tres de sus capitanes confidentes, para informarse de lo que pretendia Roma: pero estos sobornados por el general romano ofrecieron matar á Viriato, y aprovechán-

dose del poco tiempo que descansaba, entraron en su tienda, le dieron una puñalada mortal en la garganta y partieron aceleradamente al campo enemigo.

Perdió la Lusitania con su muerte la esperanza de recobrar en mucho tiempo su libertad; pues aunque le reemplazó otro gefe, este, imbécil y cobarde, otorgó una capitulacion deshonrosa, por la que fueron desarmados los soldados lusitanos, y enviados á sus hogares.

Quando con la muerte de Viriato quedaba sosegada y sujeta la España ulterior, volvió á encenderse la guerra contra Numancia, ciudad situada á corta distancia de la moderna Soria. El haber admitido dentro de sus muros algunas tropas fugitivas de segedanos y arevacos, pueblos de la Celtiberia, que nuevamente se habian sublevado contra los romanos, pero sin tomar parte en sus querellas, fue suficiente motivo para que el consul Quinto Fulvio Nobilior declarase la guerra, y la atacase con furor.

Apenas vieron los numantinos semejante perfidia, se arrojaron al campo enemigo, y cubriéndole de cadáveres le infundieron un extraordinario terror.

:

Sin embargo, constantes en la buena fe de sus tratados, propusieron la paz bajo condiciones honoríficas y equitativas para ambas partes; pero el orgulloso Fulvio solo respondió que *Roma no otorgaba la paz á los que no se entregaban á discrecion*. Por fortuna reposó tranquila Numancia mientras el valor de algunos pueblos celtiberos abatió de tal suerte el orgullo del imprudente consul, que se vió precisado á renunciar la gloria de subyugarles, sucediéndole en el gobierno de la España citerior Quinto Pompeyo Rusp.

Este, aspirando á hacerse célebre por medio de una hazaña memorable, ya que por su obscuro nacimiento no era digno de la dignidad consular, se presentó delante de Numancia con treinta mil combatientes, satisfecho de que capitularian por no tener fuerzas que oponerle, pues la guarnicion no constaba mas que de ocho mil hombres.

En efecto, consintieron los numantinos en rendirse; pero viendo que se trataba de desarmarlos, resolvieron perecer todos antes que entregar las armas por no sufrir este vilipendio; y desengañado

el consul de que no podia reducirlos por este medio, recurrió á la fuerza. Varios y vigorosos asaltos se dieron á la plaza, pero todos fueron constantemente rechazados por sus habitantes bajo las órdenes de su caudillo Megara; y un año de continua y valerosa defensa bastó para arruinar el ejército de Pompeyo, el cual se vió precisado á capitular aunque temia las reconvenções de Roma.

Los numantinos, superiores á su justo resentimiento, se prestaron á un convenio: el consul propuso que por respetos al senado y pueblo romano se harian dos, uno público y otro privado: en el primero se establecian condiciones ventajosas para Roma; y en el segundo, que era el que regiria, se reconocia la independencia de Numancia, y se la declaraba amiga y aliada de la república, bajo de ciertos rehenes y satisfaciendo una suma de dinero.

Acababan de cumplir estas condiciones los numantinos cuando Pompeyo fue llamado á Roma, viniendo á sucederle el consul Marco Popilio; y exigiéndole que ratificase el tratado antes de su partida, negó con impudencia las condiciones se-

cretas estipuladas: Popilio, no sabiendo á quien creer, á pesar de acreditar los numantinos la verdad de su peticion, remitió al senado la causa, suspendiendo hasta su decision la guerra; pero este no solo no dió oídos á las justas razones de los agentes de Numancia, sino que dando crédito al pérfido Pompeyo, declaró *que no constaban los articulos de paz que esponian los numantinos*, y decretó de nuevo la guerra.

Popilio, en vista de las órdenes que se le comunicaron, atacó con todo el ejército la ciudad: los numantinos, como si hubiesen perdido todo su valor, se mantuvieron ocultos dentro de su recinto, y el general romano, atribuyéndolo á cobardía, mandó dar el asalto; pero cuando sus tropas casi entraban ya en la plaza, viendo que reinaba en ella un profundo silencio, rezeló alguna estratagemá y quiso retirarlas: entonces los numantinos, acometiéndolas con indecible valor, las arrollaron y pusieron en fuga con grandísima pérdida.

Esta sangrienta y tercera derrota puso en mucha consternacion á Roma. Sucedió á Popilio el consul Cayo Hostilio

Mancino; pero este, á quien ciertos agüeros tenian sobrecojido de terror, no era capaz de rendir á los numantinos, y á pesar de hallarse al frente de un nuevo y poderoso ejército no se atrevia á presentarlo en batalla; veia cobardemente disminuirse cada dia por las continuas salidas de los sitiados, y la vista ó la voz sola de un numantino hacia temblar tanto á los romanos, que no habia quien se atreviese á mirarle cara á cara. Fue pues necesario levantar el campo: Mancino, favorecido de las tinieblas de la noche, huyó de una ciudad que solo le ofrecia desventuras; pero cierta casualidad, imposible de prever, descubrió su marcha: una hermosa doncella numantina era amada de dos jóvenes de igual nacimiento y valor, y no queriendo el padre desairar á ninguno, ofreció su mano al que le trajese la de uno de sus enemigos. Corrieron ambos presurosos al campo; pero volvieron con pesadumbre por haberle hallado desierto y no poderse verificar el contrato: noticiosos los numantinos de la fuga, salieron en busca de aquellos tímidos fugitivos, alcanzaron á la retaguardia, hicieron un des-

trozo horrible en sus filas, comunicaron el terror al centro y á la vanguardia, y despues de pasar mas de veinte mil hombres á cuchillo, redujeron el resto á una estrechura donde era imposible que se salvase ninguno; obligando de esta suerte al consul á reconocer la capitulacion anteriormente hecha.

Tan luego como Roma tuvo noticia de la paz ajustada con Numancia, emplazó á Mancino para responder á los cargos que se le hacian: el desgraciado consul, lejos de poder sincerarse, fue entregado á los numantinos como un delincuente, sufriendo la afrenta de ser presentado desnudo y maniatado ante las puertas de la ciudad, donde permaneció por espacio de un dia sin encontrar auxilio en sus conciudadanos ni en sus enemigos.

Por otra parte tambien fueron desechadas esta vez las justas proposiciones de los agentes numantinos; y á pesar de que casi no habia quien quisiese continuar la guerra por temor, pues aun en pleno senado no se apellidaba á Numancia de otro modo que *terror del imperio*, decretó el senado que pasase á sitiar la

ciudad con un cuarto ejército Publio Emiliano Scipion, viéndose en la precisión de sortear las tropas á quienes tocó este destino, por no haber quien fuese voluntariamente.

Tomó Scipion medidas diferentes que sus antecesores: creyó no ser prudente arriesgar el ejército á una batalla, y arrasando todas las campiñas, cercó la ciudad con dobles trincheras, apostando setenta mil combatientes en disposicion de favorecerse con prontitud todos los cuerpos entre sí, esperando que el hambre le daria una victoria imposible de alcanzar por medio de las armas.

Los numantinos, disminuidos ya por las batallas anteriores, solo contaban de seis á siete mil guerreros; y viéndose encerrados, redoblaron sus esfuerzos haciendo prodigios de valor, del cual ya habian dado tantos ejemplos: procuraron muchas veces forzar las líneas de los sitiadores, pero estos sin abandonar sus trincheras los rechazaban por la superioridad de sus fuerzas: presentaron en varias ocasiones batalla, pero nunca les fue admitida: sin embargo pelearon con tanto denuedo que solo un Scipion pudo

impedir la fuga de sus tímidas legiones. Al fin propusieron rendirse, si bien siempre con condiciones decorosas; mas los romanos solo les respondieron que escogiesen entre entregarse á discrecion ó perecer: eligieron lo último, y hombres y mugeres, vigorizados con una especie de cerbeza, salian impetuosamente á buscar la muerte en las armas de sus enemigos: la mayor parte murieron gloriosamente en el campo del honor, y los pocos que quedaban quisieron abrirse paso con la espada por entre las trincheras de sus enemigos; pero las mugeres por no morir solas abandonadas de sus maridos cortaron las cinchas de los caballos y les obligaron á desistir del intento. Entonces, retirándose al interior de la ciudad, se decidieron á morir de hambre antes que entregarse á merced del vencedor: á este fin unos tomaron veneno, otros se quitaron la vida con su mismo acero, no pocos incendiaron sus casas y se arrojaron á las llamas, y por último las familias mas distinguidas establecieron unos combates, cuyas resultas eran cortar la cabeza el vencedor al vencido y arrojar al fuego su cuerpo, re-

novando la pelea con otro campeón: así murieron todos, y el último, no teniendo con quien pelear, se precipitó entre los cadáveres que consumía el incendio. Reducida á cenizas la mayor parte de Numancia, y exasperado Scipion al ver aquel teatro de horror, mandó arrasar las pocas casas que habian perdonado las llamas. Así acabó la célebre Numancia después de catorce años de guerra y quince meses de bloqueo, dando un público testimonio del valor heróico y amor á la independencía que siempre distinguió á los españoles entre los demas pueblos del mundo.

A la ruina de Numancia se siguieron cuarenta años de una profunda paz; pero habiendo tiranizado Sila á la república romana, y desterrado de ella á los parciales de Mario, su competidor Quinto Sertorio, uno de los proscritos, se embarcó para España, acompañado de algunos amigos, con la esperanza de hallar asilo y proteccion entre sus naturales.

No se engañó: los españoles se hallaban oprimidos por la avaricia de sus gobernadores; y Sertorio, aparentando compadecerse de su suerte, ofreció ayudar-

les contra aquellos tiranos: desde luego, á consecuencia de haberle reconocido por pretor varias ciudades, moderó los tributos, alojó las tropas en los arrabales de ellas para no molestar á sus habitantes, aseguró ventajas á los que se le uniesen, y en fin llegó á formar un ejército de nueve mil hombres.

Informado Sila de esta revolucion, envió un ejército contra Sertorio á las órdenes de Lucio Domicio, pretor de la España citerior; pero fue derrotado al pie de los Pirineos. Esta victoria, precedida de otra que habia conseguido ya contra el pretor Didio á las orillas del Betis, le hicieron dueño de las dos provincias y capaz de competir con el tirano de Roma. Señoreado del corazon de los españoles, armó á la romana sus soldados, les instruyó en su disciplina, creó un senado formado de trescientos nobles romanos, nombró magistrados, pretores, cuestores y tribunos que gobernasen las provincias y ciudades, estableció escuelas públicas, las mismas leyes y policía que en Roma, y en una palabra un gobierno en todo semejante al de aquella república.

Nó tardó Sila en enviar otro tercer ejército contra él, mandado por Quinto Cecilio Metelo: era este un soldado de valor y esperiencia, pero la edad y las fatigas que había sufrido tenían disipado bastante su espíritu guerrero: al contrario Sertorio, jóven, ágil y ardiente, se hallaba en la época de sufrir sin penalidad todo género de molestias y trabajos; y esta diferencia, que se notaba igualmente en los caudillos y ejércitos, influyeron poderosamente á que se decidiera casi siempre la victoria á favor de este último.

Así pues los españoles estaban ansiosos de venir á las manos con los enemigos; pero Sertorio, no dando oídos á las murmuraciones y quejas de los soldados, se contentó con presentarles un ejemplo contra su imprudente fogosidad, cuya leccion es admirable: hizo conducir á presencia de todo el ejército dos caballos, uno jóven y de brio, y otro viejo y casi sin vigor: el primero debía ser despojado poco á poco de todas las cerdas de su espesa cola por un anciano, practicando igual operacion con el estenuado, aunque de una vez, un jóven robusto de

fuerzas muy superiores; pero mientras este se fatigaba en vano para arrancar de un golpe la cola del caballo débil, concluyó felizmente el anciano su empresa, dejando despoblada la del brioso bruto.

Entonces Sertorio, dirigiéndoles la palabra, les dijo: "Si de este modo, por acabar de un solo golpe con nuestros enemigos, nos precipitamos á una temeraria accion, sufriremos el castigo de nuestra imprudencia, quedando nuestros esfuerzos malogrados, y ellos mas orgullosos para insultar nuestro valor; pero si con pequeños golpes repetidos, y aprovechando la oportunidad y la ocasion, los vamos debilitando poco á poco, los veremos al fin caer á nuestros pies sin esperanza de levantarse."

En efecto no pudo conseguir Metelo que Sertorio admitiese nunca una batalla decisiva; pero eran continuos los encuentros y pequeños choques, los cuales se decidian generalmente á favor de los de Sertorio, y disminuian insensiblemente el ejército de Metelo. Entre tanto se iba aumentando cada dia el de Sertorio, y temiendo ya Sila su engrandecimiento, remitió otro ejército auxiliar á las

órdenes de Cneo Pompeyo, llamado *el Grande*, para que en union de Metelo y con iguales atribuciones activasen sobremanera la guerra.

Hallábase Sertorio delante de Lauron, hoy Liria, en el reino de Valencia, cuando Pompeyo y Metelo avanzaron con su ejército á fin de hacerle levantar el sitio; pero fueron inmediatamente derrotados con pérdida de diez mil hombres, y los sertorianos se hicieron dueños de la plaza. Diéronse consecutivamente otras tres sangrientas batallas entre estos ilustres capitanes: la primera en las márgenes del Júcar con casi igual pérdida de ambos ejércitos: la segunda en las orillas del Guadalaviar, que atraviesa el reino de Valencia, la cual ganó Pompeyo, pero con tal pérdida de gente que levantó el sitio de Calahorra (1) por evitar el esponderse á la tercera; mas no le fue po-

(1) No nos parece justo pasar en silencio la constancia y fidelidad de los habitantes de Calahorra á favor de Sertorio en medio de la cruelísima hambre que sufrieron por espacio de un año de sitio, la cual llegó hasta el extremo de sustentarse con carne humana por no entregarse á los enemigos. *Isla.*

sible, pues Sertorio le atacó cerca de Denia: la acción fue larga y sangrienta; quedó la victoria indecisa, y ambos capitanes se retiraron sin deseos de volver á la refriega.

Notablemente acobardados Metelo y Pompeyo, dudaban poder conseguir la reduccion de Sertorio, y en la misma Roma se miraba como empresa muy aventurada; pero la division que se introdujo rápidamente en el ejército sertoriano, motivada por la seduccion y vanas promesas de sus enemigos, allanó á estos todos los obstáculos. Pronto se vió desertar gran número de soldados y oficiales romanos que servian en el ejército de Sertorio, pasándose al de sus rivales; y aprovechando Pompeyo y Metelo tan felices circunstancias, se hicieron en un momento dueños de muchos pueblos y de varias ciudades sin oposicion alguna: solo les faltaba ya acabar con el ilustre Sertorio, y fomentando el descontento de los demas gefes, sobornaron al fin á Perpenna, su lugar-teniente, el cual, poniéndose á la cabeza de una tropa de conjurados, le asesinó á puñaladas en un convite que le preparó á este efecto en

la ciudad de Huesca el año 73 antes de Jesucristo, octavo de su permanencia en España. Así pereció este ilustre capitán, después de haberse cubierto de laureles por sus victorias, y grangeándose el amor de los españoles por sus virtudes, generosos sentimientos y amor á la libertad.

Tan alevoso atentado indignó á los españoles, de los cuales se componia la mayor parte del ejército, y que amaban con ternura y respeto á su general á pesar de sus últimos excesos; creciendo de tal modo su furor al saber habia nombrado por sucesor suyo al mismo Perpenna, su principal homicida, que amotinados é iracundos lo hubieran despedazado si este no les hubiese aplacado con dones y promesas, y castigado cruelmente á los mas descontentos.

Alzóse con el mando Perpenna; pero como no poseia la virtud y talentos de aquel héroe á quien sucedia en el cargo, fue derrotado por Pompeyo, el cual le hizo pagar con la cabeza su infame alevosía: igual suerte sufrieron algunos de sus cómplices, y los demas perecieron á manos de los mauritanos.

Deshecho completamente el ejército

sertoriano, todos los pueblos se apresuraron á rendir á Pompeyo la obediencia. Solas dos ciudades, Osma y Calahorra, dieron un horroroso ejemplo de su fidelidad á las cenizas de Sertorio con su ostinada resistencia: una y otra fueron arrasadas; pero no logró Pompeyo apoderarse de esta última sino despues de un prolongado sitio, y cuando el hambre habia consumido á todos sus habitantes. Estos fueron los postreros gritos de la libertad española, y á este acontecimiento sucedió una apacible tranquilidad en la península.

Por este tiempo se formó en Roma aquel famoso triunvirato que empezó á minar los fundamentos de su libertad. Craso, Cesar y Pompeyo, unidos entre sí por la amistad, la necesidad y el agradecimiento, se hicieron dueños del senado, se erigieron en árbitros de la república y se distribuyeron por cinco años sus mas vastas y ricas provincias. Adjudicósele á Craso la Siria con los países confinantes: las Galias y la Germania á Cesar; y Pompeyo obtuvo el gobierno de la España. A pesar de esta division no se alteró nada la tranquilidad de la

península : pacífica bajo la inmediata inspeccion de Afranio , Barron y Petreyo , lugar-tenientes de Pompeyo , miró con indiferencia la tempestad que la amenazaba , y al cabo de seis años de tan profunda calma vió destruida la buena inteligencia que reinaba entre Cesar y Pompeyo ; declarada entre ambos una enemistad irreconciliable , y hecha el principal teatro de aquella guerra memorable y sangrienta , que sepultando la libertad de la república elevó sobre su tumba la monarquía universal. Habiendo tomado Julio Cesar las armas contra su patria , se apoderó de Roma y de toda la Italia : pasó á España precipitadamente , y aunque Afranio , Barron y Petreyo , avisados y socorridos por Pompeyo , lograron contener su atrevimiento reportando dos victorias consecutivas , sostenido Cesar por un considerable número de pueblos de Aragon y Cataluña , no solo consiguió batirlos completamente entre Lérída y Mequinenza , sino que persiguiéndolos con ardor los sitió en una colina , y les obligó á entregarse á discrecion. Apoderado de las legiones romanas , y asegurado del pais , volvió á

:

Italia con la misma celeridad con que habia venido; y venciendo á Pompeyo en la famosa batalla de Farsalia, persiguiéndole hasta las orillas del Egipto, donde fue hecho degollar por Ptolomeo, rey de aquella tierra, quedó dueño del imperio que habia disputado con tanto encarnizamiento.

Retiraronse á España los dos hijos de Pompeyo, creyéndose mas seguros en un país donde era dominante el partido de su padre. Los españoles, esasperados por las estorsiones y violencias de los gobernadores cesarianos, y que respetaban la memoria ilustre de Pompeyo, se reunieron en gran número bajo de sus banderas; pero Julio Cesar, creyendo ver resucitado el valor del padre en los dos hijos, volvió á España contra ellos. Cerca de Munda, poblacion que algunos suponen ser la que hoy se reconoce con el nombre de Monda cerca de Málaga, se avistaron los dos ejércitos animados del mas sangriento furor: presentaronse mutuamente la batalla y recíprocamente la admitieron; al principio del choque fue Cesar arrollado, tanto que se determinaba á quitarse la vida por no sobrevivir

á su desgracia; pero el juramento de sus fieles soldados, que á una voz prometieron no desampararle sino con la vida, reanimó su espíritu abatido: rehizo las legiones, echó pie á tierra, púsose al frente de sus tropas con espada en mano, y cargó sobre el enemigo tan denodadamente que introduciendo en el campo el desórden y la carnicería dejó tendidos treinta mil combatientes.

Los infelices restos de este destrozado ejército se encerraron en Munda resueltos á defenderse hasta el último extremo; pero no bien satisfecho Cesar con tan gloriosa victoria sitió con el mayor rigor la plaza, formando una horrible trinchera con los yertos cadáveres de la pasada accion. No hubo arbitrio que no intentasen los sitiados para salvarse: hicieron muchas é impetuosas salidas con asombrosa intrepidez; y por último todos se sacrificaron antes de rendirse, de modo que Cesar solo se apoderó de Munda cuando dejó de existir el último soldado de Pompeyo. El desgraciado Gneo, fugitivo y vivamente perseguido por los vencedores de resultas de la anterior batalla, fue víctima de su furor; y su her-

mano Sexto, abandonado de los suyos, se halló imposibilitado de continuar la guerra. Valióle á Cesar esta victoria toda la España romana; pero le duró poco el fruto de su triunfo, pues el siguiente año Bruto y Casio, últimos campeones de la libertad romana, le quitaron la vida á puñaladas en medio del senado.

Muerto Julio Cesar, su sobrino Octaviano, á quien despues se le dió el título de Augusto, repartió con Marco Antonio todo el imperio, reservando para sí la España. Llegó á su noticia que aquellos pueblos cansados de la dominacion estrangera aspiraban á sacudir el yugo: con efecto, los vacceos, austrigones y turmodigos que ocupaban un dilatado pais desde Vizcaya por Burgos hasta dentro del reino de Leon, habian tomado las armas con tan noble objeto. Temeroso Octaviano de que se estendiese la insurreccion por las demas provincias partió á España inmediatamente á sujetarlos, y Cantabria, Asturias y Galicia fueron embestidas con poderosas fuerzas; mas aquellos indomables naturales, á quienes la libertad era mas apreciable que la vida, sublevados tantas ve-

ves como vencidos, solo humillaron la cerviz al yugo cuando toda la juventud que podria resistirle quedó estinguida al filo de la espada, siendo estos los últimos alientos de la libertad española. Ninguna nacion defendió con tan porfiada resistencia ni con tan heróico valor su amada libertad: ninguna derrotó tantos y tan poderosos ejércitos romanos. Para sujetarla enteramente fueron menester todas las fuerzas, y cuantos grandes capitanes produjo Roma: los cuatro Scipiones, el gran Pompeyo, Julio Cesar y Augusto con todo el poder romano y con sesenta y siete años de continuada guerra; y aun así hubiera quedado desairado el valor, la ambicion y la porfia de Roma, si una parte de España no hubiera peleado contra la otra, siendo los españoles ausiliares de sí mismos para su propia destruccion.

A una época tan agitada é infeliz sucedió por largo tiempo una serenidad apacible, durante la cual se hizo tan romana que recibió sin resistencia y aun con gozo diferentes colonias que poblaron y fundaron diversas ciudades que la ennoblecieron: Zaragoza, Guadix, Cór-

doba, Mérida, Badajoz y otras muchas fueron de este número; con el tiempo hizo también suyo el idioma, las leyes, los ritos y las ceremonias de sus conquistadores, y no dejó de tener también parte en los honores y primeras dignidades del imperio, como lo acreditaron los dos Cornelios Balbos, el primero consul y el segundo triunfador, y los emperadores Trajano, Adriano, Máximo y Teodosio II. De su fecundo seno en hombres á todas luces grandes salieron los dos Sénecas, Mela, padre de Lucano, el mismo Lucano, Floro, Porcio Latro y Pomponio Mela.

Dominacion de los Godos en España.

De esta suerte permaneció España sin mudanza alguna memorable hasta principios del siglo V, que participó de la revolución que en todo el imperio romano, ya decadente, causaron las irrupciones de los bárbaros del norte. Murió Teodosio I en el año 395 de Cristo, y sus dos hijos Arcadio y Honorio se repartieron sus dominios, tomando el primero los de Oriente y el segundo los de

Occidente; pero los tutores á quienes fueron encomendados por su padre, sacrificaron á sus propios intereses los de sus soberanos. Rufino en Oriente y Stilicon en Occidente aspiraron á ocupar el solio de sus respectivos pupilos y arruinaron el imperio. Aquel convidó secretamente á Alarico, rey de los godos, á invadir la Grecia con sus formidables guerreros, de cuyas armas esperaba servirse algun dia para arrojar á Arcadio del trono; y Estilicon, mas sagaz que Rufino, hizo venir de los helados y estériles paises del septentrion una nube de suevos, vándalos y alanos, con el pretexto de arrojar á los godos y sostener los derechos del emperador de Oriente; si bien no tenia otro objeto que el asegurar con su favor la suprema dignidad para su hijo Eudocio. Descubriéronse las intenciones de estos perversos y pagaron con la vida su perfidia; pero ya se habian apoderado de lo mejor de Europa, y los godos principalmente, continuando por la Italia sus incursiones, pusieron en contribucion á Honorio, le obligaron á ceder en su favor el dominio de las Galias y de parte de España, se apoderaron de

Roma á viva fuerza, y no se sabe á qué extremo hubieran llevado su furor á no haber muerto repentinamente Alarico en Cosenza el año 410.

Este acontecimiento, y la paz ajustada con Honorio, fue causa de que se derribasen por las Galias y se estendiesen por España Hermenerico rey de los suevos, Atacio rey de los alanos, Gunderico rey de los vándalos, y Ataulfo rey de los visigodos.

Dividióse entonces la España en citerior y ulterior: la citerior comprendia todo el pais que está situado hácia el norte, entre el Ebro y los Pirineos, incluyendo en su dominacion la Vizcaya y las Asturias: la ulterior abrazaba todo lo restante de España repartida en tres gobiernos; el de la Bética cuya jurisdiccion se dilataba desde Andalucía hasta todas las provincias de las dos Castillas; el de Lusitania que se contenia con corta diferencia en los límites que hoy llamamos Portugal y Galicia, y el Tarraconense que comprendia los reinos de Aragon, Valencia y Cataluña. Los suevos se establecieron en los reinos de Galicia, de Leon y de Castilla la Vieja; los

vándalos en la Bética; y los alanos en la Lusitania y en la provincia de Cartagena: la Gótica, provincia de Escandinavia, comunicó su nombre á los godos, que divididos en ostrogodos ó godos orientales, y en visigodos ó godos occidentales, ocuparon los primeros á Italia, al mismo tiempo que los segundos se extendieron por España.

ATAULFO, *primer rey godo de España.*

Ataulfo, sucesor de Honorio y poseedor de las Galias, bien fuese á ruegos de Placidia su muger, ó bien llamado por los españoles, oprimidos por el dominio de Roma y afligidos por las armas de los bárbaros del Norte, abandonó la Galia Narbonense, pasó los Pirineos y se apoderó de una parte de Cataluña; reinó bien poco, pues un alevoso doméstico le asesinó en Barcelona el año de 416, segundo de su reinado.

SIGERICO. Pusieron los godos en su lugar á Sigerico su hijo, caudillo esforzado; pero apenas ocupó el trono murió á manos de los mismos asesinos de su padre, á los nueve dias de reinado.

WALIA. Sucedióle Walia, hombre inquieto y belicoso, que pretendió apoderarse de la Mauritania, provincia que entonces pertenecía á España; pero una tempestad que le sorprendió en el estrecho malogró la empresa y le precisó á tratar con Constancio, general romano que dominaba la costa con gruesa armada. Entre las condiciones estipuladas era la mas principal que los godos arrojasen de España á los suevos, vándalos y alanos, que habian usurpado al imperio la Galicia, Lusitania y Andalucía.

Emprendiólo Walia, y derrotándolos en varios encuentros, obligó á los alanos á admitir por gobernadores personas de la nacion goda; con lo cual escarmentados los vándalos y suevos se sujetaron á los romanos. Poco despues se retiró Walia á la Aquitania, provincia que le habia cedido Honorio por sus hazañas, y murió de enfermedad en Tolosa el año de 419 ó 20.

GUNDERICO, rey vándalo. Despues de su muerte se reunieron y coligaron las naciones bárbaras esparcidas por España, con el objeto de despojar á Honorio del imperio de toda la península, por

ser débiles las fuerzas de Roma para resistirlas. Los vándalos conducidos por su gefe Gunderico, obligaron á los suevos á refugiarse entre las quiebras de los montes Ervasios (situados entre Leon y Oviedo) y destruyendo á Castino que capitaneaba las tropas romanas, fueron á las islas Baleares, y pasaron á cuchillo á cuantos se les opusieron. Tres años despues, ó sea en 425, se apoderó Gunderico de Cartagena y Sevilla; y en 426 murió repentinamente dejando la corona á su hermano Genserico.

○ **GENSERICO**, *rey vándalo*. Pasó este al Africa en socorro de Aecio; pero habiéndose derramado los suevos por España vino sobre ellos, y derrotándolos completamente cerca de Mérida, volvió al Africa cargado de ricos despojos. Mas los suevos y alanos quebrantando la paz que tenían con el imperio romano, derrotaron sus tropas cerca de Antequera, se apoderaron de Sevilla y otros pueblos comarcanos, y acabaron con los bárbaros que los ocupaban en 441.

○ **TEODOREDO**. Por este tiempo se introdujo Atila con formidable ejército por las provincias romanas, penetró las Ga-

lias, quemó y asoló á Reims, y cercó á Orleans; pero Teodoro, pariente y sucesor de Wala, que solamente poseía en España la Cataluña, confederado con los romanos y temeroso de tan feroz enemigo, presentóle batalla en los campos Cataláunicos, y logró batirle; mas cayendo del caballo en medio de la refriega, donde le condujo su valor y esfuerzo, fue atropellado en la confusion.

TURISMUNDO. Aclamaron las tropas á su hijo mayor Turismundo, quien consiguiendo otra victoria sobre Atila, le obligó á retirarse á su pais, perseguido del hambre y de la peste; pero sus hermanos Teodorico y Frigidario, cansados de sufrir su orgullo, se valieron de un doméstico para asesinarle, el cual lo verificó en ocasion de hallarse enfermo en la cama el año 454, segundo ó tercero de su reinado.

TEODORICO. Aunque tenia bellas prendas Teodorico, perdió su honor por el fratricidio que cometió, y por haber abrazado el arrianismo. Derrotó á Rechario, rey de los suevos y de Galicia; y su reinado hubiera sido feliz y dilatado, á no haberle asesinado Eur-

co, su hermano, en el año 466 ó 67.

EURICO. Apenas tomó posesion Eurico del trono, concibió el proyecto de despojar á los romanos y suevos de todo lo que poseian en España, y fijar los límites de su imperio en la Galia Narbonense. A este fin se introdujo por los Pirineos el año 471, y cayeron en su poder Aragon, Navarra y Valencia con todo el resto de España, escepto la Galicia que permaneció sujeta á los suevos. Dirigió despues sus armas á la Galia, estendiendo su dominio hasta Marsella; pero cuando por sus proezas habia conseguido hacerse respetable, le sorprendió la muerte en Arlés en el año 483. Aunque su memoria es odiosa por haber perseguido cruelmente á los cristianos, sin embargo á él debe España su libertad, despues de setecientos años que yacia sujeta á los romanos; y la compilacion de las leyes de los reyes godos sus antecesores, que unidas á las suyas componen la célebre coleccion conocida con el nombre de *Fuero Juzgo*.

ALARICO. Redayó la corona en su hijo Alarico, aun más guerrero y zeloso arriano que su padre: algunos escrito-

res opinan que dió motivos para que Clodoveo, rey de los francos, le declarase guerra; pero lo cierto es que este, temeroso tal vez del engrandecimiento de los godos sus vecinos, invadió con un formidable ejército los campos de Alarico: encontráronse los dos rivales en las inmediaciones de Vouglé, á poca distancia de Poitiers, y viniendo á las manos fueron derrotados los godos y muerto Alarico por el mismo Clodoveo en el año 506.

GESALEICO. Apoderóse el vencedor de las primeras ciudades del reino gótico en aquella parte de la Galia, y los pocos godos que se salvaron de la refriega se refugiaron en Tolosa, donde aprovechándose de la menor edad de Amalarico, legítimo sucesor de Alarico, eligieron por rey á Gesaleico, su hijo bastardo; mas el ostrogodo Teodorico, rey de Italia, viendo atropellados los derechos de su nieto al trono de su padre, envió contra Gesaleico un poderoso ejército. No pudo por entonces resistirle el godo, por lo cual fue reducido el reino gótico á la obediencia de Teodorico, y puesto por gobernador el ostrogodo Teudis á nom-

bre de Amalarico; pero favorecido Gesaleico por Trasimundo, rey de los vándalos, volvió con buen ejército á oponerse á su competidor; mas le fue contraria la suerte, y despues de verse derrotado tuvo que fugarse á Francia, si bien algunos opinan que murió á manos de los suyos, y otros de enfermedad, en Tarragona, el año 511.

AMALARICO. Salió de su menor edad Amalarico, y tomando las riendas del gobierno, casó con la princesa Clotilde, hija de Clodoveo y hermana de los reyes francos; pero con la condicion de no molestarla en cuanto á la religion católica que profesaba: sin embargo, llevado Amalarico de un zelo indiscreto por el arrianismo, no tardó en querer empeñar á su virtuosa esposa á que le abrazase: valióse de persuasiones, amenazas, desprecios, y aun de malos tratamientos para conseguir su objeto; pero Clotilde, constante en las máximas religiosas que habia recibido en su educacion, sufrió con paciencia todo género de padecimientos, hasta que viéndose ultrajada aun de su pueblo, solicitó el amparo de sus hermanos: Childeberto rey de París, Clo-

tario rey de Soisons, y Thierry rey de Metz, pasaron los Pirineos y alcanzando á Amalarico le derrotaron cerca de Barcelona; huyó este, pero cuando iba á acogerse á un templo católico, fue herido mortalmente de un bote de lanza en 531.

TEUDIS. Elegido Teudis por los grandes del reino, y siendo ya estimado por el acierto y prudencia con que habia dirigido la menor edad de Amalarico, dió muestras de conocer las obligaciones de un príncipe, pues en diez y seis años y un mes que duró su reinado dedicó todos sus desvelos á hacer felices á sus pueblos, que le amaban entrañablemente. Aunque en su tiempo invadieron los francos la Navarra y se apoderaron de Pamplona y Calahorra, llegando á poner sitio á Zaragoza, fueron inmediatamente deshechos por Teudis el capitán de Teudis, cuando ya (después de levantado el sitio de Zaragoza por temor ó prudencia) regresaban á Francia. El buen orden con que gobernó Teudis le prometia al parecer la muerte de los hombres de bien; pero un malvado, fingiéndose demente, se introdujo en su apo-

sento, y le dió de puñaladas en el año de 548.

TEUDISELO. Eran bien diferentes las costumbres de Teudiselo, su sucesor; le dominaban la ambición, la crueldad y la lujuria; ni el tálamo conyugal estaba libre de sus insultos cuando un honrado esposo habia tenido la fortuna de poseer una hermosa muger, aunque honesta: tales excesos le acarrearón la muerte; pues ciertos nobles agraviados, convidándole á un banquete en Sevilla, le asesinaron en medio de él el año 550, á los diez y ocho meses de su reinado.

AGILA. Vivía feliz Agila como particular cuando ocupó el trono; pero su ineptitud para el gobierno le privó de la corona y de la vida. Pretendió sujetar á Córdoba que se le rebeló, y la puso sitio; mas los sitiados lograron matar á su hijo por medio de una salida, y apoderarse de sus riquezas: desacreditado Agila entre los godos por tan desgraciada empresa se conjuró contra él Atanagildo, y favorecido por Justiniano emperador de Roma, á quien ofreció parte de España, le presentó batalla en las inmediaciones de Sevilla, donde vencido

Agila fue poco despues muerto por los suyos en Mérida el año 554.

ATANAGILDO. Apoderado Atanagildo del trono por la proteccion de los romanos, temió que estos, á favor de las circunstancias en que se hallaba, tratasen de despojarle de él. Desde luego contemporizó con ellos; pero no tardó en necesitar recurrir á las armas viendo que aspiraban á engrandecerse, si bien parece que los sucesos de la guerra fueron alternativamente prósperos y adversos á ambas partes. En su tiempo se restableció la religion católica en Galicia, y fueron arreglados los asuntos de su disciplina por medio de varios concilios, á causa de haberla abrazado su rey Teodomiro. Falleció Atanagildo de enfermedad en Toledo el año 567, á los trece de su reinado.

LIUVA I. Aunque divididos entre sí los godos para la eleccion de sucesor se convinieron al fin, despues de cinco meses de interregno, en nombrar á Liuva, virey que era de Atanagildo en Narbona. Nada nos ofrece de interesante su reinado, sino que asoció á la corona, en el segundo año, á su hermano Leovigildo,

á quien encomendó las provincias que le estaban sujetas en España, y retirándose á la Galia gótica para preservar aquel pais de las invasiones de los francos, falleció en 570, en ocasion que Leovigildo, habia desalojado á los romanos de Andalucía, y subyugado la Cantabria que se habia revelado.

LEOVIGILDO. Quedó pues Leovigildo en el trono, y siguiendo las ideas de su predecesor, asoció igualmente á la corona á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo; pero como el primero era católico zeloso, y su padre obstinado arriano, la diferencia de religion ocasionó una guerra civil entre ambos, siendo demasiado funesta para Hermenegildo. Vivamente perseguido por su padre, y abandonado de los suyos, despues de ser derrotado varias veces, cayó en manos de su feroz padre, quien le hizo asesinar, anticipándole por este medio el reino eterno en que le veneramos. Al mismo tiempo sobrevinieron turbulencias en el reino de los suevos: desposeido de la corona el niño Eborico por un poderoso llamado Andeca, vióse aquel precisado á refugiarse en un monasterio, cediendo

al usurpador todos sus derechos: socolor de esta perfidia introdujo Leovigildo sus tropas en Galicia, y venciendo y haciendo prisionero al tirano, agregó á su corona aquel imperio. Murió en el año 587, á los diez y seis de su reinado, dejando por sucesor á su hijo Recaredo, y reformado el código de Eurico.

RECAREDO I. Instruido este en la religion católica por san Leandro, arzobispo de Sevilla, abjuró el arrianismo, y lo mismo hicieron gran parte de sus vasallos; pero al instante se vió en la precision de sufocar varias conspiraciones formadas por este motivo, castigando con todo rigor á sus autores. Para aplacar é impedir estas turbulencias congregó el tercer concilio toledano, lo cual fue suficiente para restablecer la paz en todos sus dominios; pero los francos, resentidos de algunas vejaciones que anteriormente habian sufrido, le declararon poco despues la guerra: derrotólos en varias ocasiones, y particularmente en Carcasona, donde con trescientos hombres escojidos, á las órdenes del duque Claudio, batió á mas de sesenta mil combatientes, obligándolos á aceptar la paz.

Murió en Toledo en 601, á los catorce años de su reinado.

LIUVA II. Sucedióle en el trono Liuva II, jóven de prendas tan apreciables, que no dudaron un momento los godos en su eleccion; pero apenas pisó el solio se conjuró contra él Witerico general de sus armas, el cual ya que no pudo desposeer del trono y de la vida á Recaredo, aunque lo intentó, asesinó á su hijo Liuva el año 603.

WITERICO. Gozó este poco del fruto de su crimen: sus vicios, su tiranía é impiedad, y la desgracia que siempre acompañó á sus empresas militares, le atrajeron el odio de sus vasallos; siendo asesinado en un convite por algunos descontentos, que arrastraron su cadáver por las calles y plazas de Toledo en el año 610.

GUNDEMARO. Aclamaron los godos á Gundemaro; pero su temprana muerte frustró las esperanzas que prometia, sin darle lugar á mas que para sosegar la rebelion de Navarra.

SISEBUTO. Solo la eleccion hecha en Sisebuto, pudo consolar á los pueblos de tan sensible pérdida: humano, generoso,

protector de las ciencias, sin dejar por eso de ser esforzado guerrero, se grangeó todo su amor. Desbarató en muchas refriegas á los romanos, usando siempre de la victoria con la magnanimidad que corresponde á un heroe. Segun algunos escritores fundó la ciudad de Evora, fortificándola escelentemente, y construyó una armada para instruir á sus tropas en la náutica; pero oscureció tan relevantes prendas por un hecho á que le condujo su imprudente zelo por la religion católica, pues mandó bajo pena de muerte que se bautizasen todos los judíos residentes en sus dominios, resultando solo falsas conversiones y muchas emigraciones. Falleció en 621, á los ocho años y medio de su reinado.

RECAREDO II. Sucedióle su hijo Recaredo, jóven de pocos años, que solo reinó tres meses.

SUINTILA. Debió Suintila su elevacion al trono á la capacidad y valor con que se habia distinguido durante el reinado de Sisebuto, y los grandes no podian haber hecho mejor eleccion: reformó las corruptelas que se habian introducido en las leyes y costumbres; aca-

bó de arrojar á los romanos de España; sujetó á los vascones, y fue tan religioso en sus acciones, y tan caritativo con los indigentes, que mereció el glorioso renombre de *Padre de los pobres*; pero despues, entregando el gobierno del reino á su muger Teodora y á su hermano Agila, se abandonó á una total inercia, y estos, llevados de una insaciable codicia, hicieron sufrir al pueblo todo género de vejaciones. Aprovechóse del descontento general Sisenando, uno de los señores mas acaudalados del reino, y protegido por Dagoberto rey de Francia, le obligó á cederle una corona que ya no podia mantener con honor. Habia Suintila nombrado sucesor á su hijo Rechîmiro; pero como hubiese sido arbitrariamente, y sin el consentimiento de los grandes, no pudo entrar en el goce de sus derechos.

SISENANDO. Aunque vencedor y dueño del trono, no se creyó seguro en él hasta que convocando el cuarto concilio toledano, fue declarado Suintila indigno del cetro; se decretó asimismo que nadie fuese admitido al trono sin ser reconocido por los grandes, y que ninguno atentase contra la vida de los monarcas:

tambien se arreglaron el misal y breviario muzárabe, de que habian usado los españoles cuando vivían mezclados con los arábes; y se recopilaron las leyes de Sisenando y sus predecesores, incorporándolas en el Fuero Juzgo. Falleció Sisenando en 636, á los seis años de su reinado.

CHINTILA. Elegido Chintila por los godos, creyó necesaria su confirmacion en las Cortes del reino; y como lo fuesen entonces los concilios nacionales, convocó al efecto el quinto y sexto de Toledo, donde, asegurando en sus sienes la corona, se establecieron las leyes que en adelante habian de regir para la eleccion de soberanos. Espelió del reino á cuantos no querian abrazar el catolicismo; y despues de nombrar por su sucesor á su hijo Tulga, falleció en Toledo el año 640.

TULGA. Las virtudes que adornaban á este jóven príncipe no le libertaron de las maquinaciones que armó contra él la envidia, y se asegura que fue depuesto á los dos años de un feliz reinado.

CHINDASVINTO. Apoderóse del trono este hombre intrigante y astuto, y á pe-

sar de que estaba prohibido erigirse rey sin anuencia de la nobleza, el tener á sus órdenes toda la milicia veterana, con la cual podia sostener la usurpacion, impidió á los grandes reclamar la infraccion de las leyes; por otra parte con su moderacion, piedad y otras buenas prendas supo adquirirse el afecto de los pueblos. No satisfecha aun su ambicion de reinar, obligó á Tulga á tonsurarse para impedirle que reclamase, y asoció á la corona á su hijo Recesvinto, lo cual por temor de una guerra civil fue consentido por los grandes; de suerte que á su fallecimiento en 649 fue dueño de toda la monarquía goda.

RECESVINTO. Además de la paz que disfrutaba entonces España, contribuyó Recesvinto cuanto pudo á hacer felices á sus pueblos: falleció en 672, despues de veinte y tres años y medio de reinado.

WAMBA. En este hombre principal, virtuoso, prudente y guerrero á toda prueba, recayó la corona por eleccion de los grandes; pero reputando este cargo como superior á sus fuerzas, se opuso á los ruegos y aun lágrimas con que

se la ofrecieron, y solo la admitió cuando un denodado capitán, desnudando su espada, le dirigió el siguiente razonamiento: "El deseo del bien público ha sido el único motivo de elegirte; ¿serás acaso tan osado que socolor de modestia antepongas tu particular reposo y las dulzuras de una vida independiente á la felicidad de la patria? presta desde luego tu consentimiento, ó de lo contrario morirás á los filos de este acero, pues cualquiera que rehusa contribuir al bien del estado es un verdadero enemigo." Cedió Wamba, y en breve tiempo hizo ver cuan acertada habia sido la eleccion. A un mismo tiempo se vió obligado á atraer á su deber los vascones que se habian sublevado; á batir á Hilderico conde de Nimes, que se habia alzado con la parte de las Galias perteneciente á España, y á impedir los males que iban á sobrevenir por la traicion de Flavio Paulo, á quien habia encomendado esta empresa, el cual se habia hecho elegir rey; pero habiendo logrado Wamba sujetar en siete dias la Vasconia, marchó contra Hilderico y contra Paulo; derrotó á aquel, y haciendo á este último prisionero

nero, su magnánimo corazón, superior á tal perfidia, no le permitió castigarle como debia, contentándose con hacerle raer la barba y el cabello, y confinarle con los demas cómplices en una prision perpetua. Tambien en su tiempo invadieron á España los sarracenos; pues dueños de gran parte del Africa, desde el Nilo hasta el Océano Atlántico, y formidables por su muchedumbre y armada, hacia algun tiempo que infestaban las costas; pero Wamba con una poderosa escuadra desbarató la de ellos. Tan repetidas victorias, y el buen régimen de gobierno que tenia establecido, con el cual hacia florecer á sus pueblos, le granjearon todo el amor de estos; pero no le libertaron de ser víctima de una infame conspiracion. Ervigio, pariente de Chindasvinto, deslumbrado por la brillantez de una corona cuyo peso habia atemorizado á Wamba, se propuso adquirirla por cualquier medio; y logrando que diesen al rey una bebida ponzoñosa, que aunque no le quitó la vida trastornó sus sentidos; hizo raerle el cabello y la barba, vestirle un hábito monástico, y por último que le cediese el

trono (1). Volvió en su acuerdo al siguiente día; pero en vez de reclamar la nulidad de tan violento acto aprovechó esta ocasión para descargarse de aquel peso que tanto repugnaba, confirmando la cesion en 680, y retirándose al monasterio de Pampliega donde acabó sus días á los siete años y tres meses de vida religiosa.

ERVIGIO. A pesar del descontento general del pueblo se grangeó su afecto por medio de un sabio gobierno; pues no solamente moderó los tributos y suavizó el rigor de las leyes, sino que condonó á muchos particulares lo que debían al erario. Congregó el duodécimo concilio toledano, en el cual se aprobó la cesion de Wamba, y despues otros tres en que se arreglaron el dogma y disciplina. Falleció en Toledo en 687, septimo de su reinado, nombrando por sucesor á Egica, primo ó sobrino de Wamba.

(1) El P. Duchesne tiene por falsa semejante accion de Ervigio, lo cual hacemos presente al lector para que consultando otros escritores juzgue como le parezca acerca de estas dos opiniones tan contradictorias.

EGICA. Aunque juró Egica cuando subió al trono amparar á la viuda é hijos de Ervigio, las continuas quejas de sus vasallos por las violencias y usurpacion de bienes que por aquellos sufrían, le obligaron á convocar el concilio quince de Toledo, el cual declaró que á pesar del juramento *no debía patrocinar la injusticia*. Esto motivó que no los protegiese como lo habia prometido, antes bien, segun el P. Duchesne, los persiguió con demasiado rigor; divorciándose al mismo tiempo de la hija de Ervigio, de la cual habia tenido al príncipe Witiza.

Congregaronse despues los concilios diez y seis y diez y siete: en el primero, por haberse descubierto una conspiracion contra el rey, se escomulgó á cualquiera que atentase á su vida; y por el segundo fueron castigados los judíos que, manteniendo correspondencia con los sarracenos, trataban de entregar á estos el reino. Murió Egica en Toledo hácia el año 701, á los catorce de reinado, dejando la corona á su hijo Witiza.

WITIZA. Ningun reinado hasta entonces habia ofrecido á los pueblos mas lisonjeras esperanzas que el de Witiza:

reconocido que fue por la nobleza, moderó los tributos; alzó el destierro á los que le sufrían por órden de su padre; devolvióles todos los honores, cargos y bienes que antes gozaban; mandó quemar sus procesos, y en fin distribuyó abundantes premios y beneficios por todas partes.

Pero á poco tiempo dejándose, llevar de su pasión á la lubricidad, degeneraron sus virtudes, reemplazando á estas la tiranía y el desórden, segun la conforme opinion de los historiadores. Por una parte, no satisfecho con tener en su palacio un considerable número de concubinas, espidió un decreto por el cual autorizaba á todos para tener semejante libertad; y habiéndose opuesto los obispos á tal desórden, como incompatible con la religion cristiana, publicó otro estendiendo la licencia á todos los eclesiásticos; le rogó tambien la cabeza de la Iglesia que pusiese término y contuviese esta total depravacion de costumbres, amenazándole sino lo hacia; pero en vez de dar oídos á reclamaciones tan justas, mandó, bajo pena de muerte, que ninguno de sus vasallos le obedeciese. Al mismo tiem-

po para sufocar cualquiera conspiracion que se tramase contra él egercia una crueldad horrenda; asesinó, segun se dice, á Favila duque de Cantabria; mandó sacar los ojos á Teodofredo, hermano de Recesvinto; y los hijos de estos, Pelayo y Rodrigo, tuvieron que refugiarse en las Asturias y Cantabria para salvar sus vidas. Finalmente, con el objeto de impedir que se sublevasen los pueblos, hizo convertir en instrumentos de labranza todas las armas de hierro y acero (1), y mandó derribar los muros y fortalezas de todas las ciudades de su reino, que-

(1) El célebre P. Isla, refiriéndose á la crónica del rey Católico, escrita por García de Torres, nos describe el siguiente hecho de una noble matrona de Valderas: poseia esta una gran cantidad de ganado mayor, y socolor de tener precision de venderlo para cumplir las órdenes reales, empleó sus productos en comprar todo género de armas, quemó las inútiles y ocultó la mayor parte en varios subterráneos, con las cuales poco despues don Pelayo surtió á sus tropas, adelantando considerablemente las operaciones militares con los moros. Súspolo el traidor don Opas, y seguido del ejército cafricano cercó la villa de Valderas, la tomó, y no satisfecha su ira la saqueó y arrasó completamente; siendo esta la segunda vez que habia sufrido este noble pueblo semejante desastre por su firme

dando solo intactas las de Toledo, Leon, Astorga y algun otro. Sin embargo, no era posible durasen por mas tiempo semejantes escesos, y habiéndose rebelado la Andalucía proclamaron por su rey á Rodrigo: este con el auxilio de los romanos derrotó y prendió á Witiza, mandó le sacasen los ojos, y le envió á Córdoba, donde falleció de enfermedad el año 709 ó 10 (1).

RODRIGO. Iguales costumbres que su antecesor tenia Rodrigo: entregado á toda clase de vicios, parecia insensible á los riesgos que le cercaban, y la gloria que

adhesion á la religion y al estado. Aunque se ignora el nombre de la heroína citada, no nos ha parecido justo dejar pasar en silencio este hecho memorable. Ademas el mismo P. Isla presume que el escudo de la villa, el cual consiste en una brillante estrella en la parte superior, y una bandera tremolada por un brazo armado en ademan de sacarla de una hoguera, con la inscricion de *Confringet arma et scuta comburet igne*, parece que alude y aun confirma lo anteriormente dicho.

(1). A pesar de todo lo referido, el señor Mayans tomó á su cargo la defensa de este príncipe, y la desempeñó con bastante erudiciou y delicadeza; lo cual hacemos presente á nuestros lectores por si gustan examinar esta obra interesante en la materia, *Ascargorta*.

habian adquirido los godos por espacio de trescientos años quedó sepultada para siempre por la horrenda traicion de los hijos de Witiza, los cuales resentidos de verse privados del trono, al que creian tener derecho, y exasperados por el destierro que sufrían de orden del rey, sin hallar apoyo en la nobleza goda, llamaron en su favor á los sarracenos, que deseaban hacia mucho tiempo subyugar la península por los zelos que les causaba.

Aprovechóse de esta ocasion Muza, que gobernaba el Africa en nombre de Valid, califa de Damasco, y enviando con poderoso ejército á Tarif y Abuzara, caudillos valerosos, atravesaron el estrecho, saquearon los pueblos de la Bética y Lusitania, apoderaronse de todas las plazas, y finalmente derrotaron el bisoño ejército que quiso hacerles frente. Y ¿quién habia de oponérseles, estando los fuertes desmantelados, casi sin gente, y esta desprovista de armas y de quantos recursos eran necesarios para la defensa? Tal era el estado de la península en aquella época.

En vano, á vista del peligro, reunió

Rodrigo en 711 otro numeroso ejército, salió al encuentro del enemigo, y avisándole en los campos de Jerez de la Frontera, le presentó batalla, en la que por espacio de ocho dias se hicieron prodigios de valor; pero la vil traicion que cometieron los hijos de Witiza, pasándose á los enemigos con las tropas que mandaban, decidió la suerte de las armas: les estaban encomendados los flancos del ejército; mas posponiendo el bien de la patria á sus intereses, sacrificaron impunemente á aquella, entregándola al yugo sarraceno. Debilitado de esta manera el ejército godo se entregó el resto á la fuga, único recurso que le quedaba para salvarse; y el infeliz Rodrigo, segun la opinion mas verosimil, murió ahogado en el Guadalete, pues á sus orillas se hallaron las insignias reales, confirmando este suceso el siguiente epitafio que se lee en Viseo, de Portugal, sobre un sepulcro: *Aquí yace Rodrigo, último rey de los godos* (1).

(1) Ya habrá advertido el lector que no seguimos el parecer del P. Duchesne, apoyado por el P. Isla, acerca del atropellamiento que dicen cometió

Despues de la derrota del ejército godo nadie pudo oponerse á los sarracenos, y aprovechandose Muza de estas circunstancias pasó á España á realizar sus proyectos de conquista. Dividió á este fin sus tropas en tres partes: la primera á las órdenes de su hijo Abdalaziz se dirigió contra las costas del Mediterráneo; la segunda contra las del Océano; y con la tercera, comandada por Tarif, marchó al interior del reino. Cinco años fueron bastantes para subyugar toda la España, á escepcion de algunos parajes fragosos é incultos de las Asturias, Cantabria y Vasconia; pues las plazas que no se le rindieron espontáneamente eran tomadas á la fuerza, y los habitantes obligados á someterse, pereciendo bajo la cortante espada del vencedor cuantos se oponian. Consternados los pueblos abandonaron sus hogares, y los pocos que lograron salvarse de la esclavitud ó de la muerte,

el príncipe con la hija del conde don Julian y la traicion de este, &c.; pero no se crea por eso que tenemos por falsos estos sucesos, sino que hemos adoptado los que á nuestro parecer son mas verosímiles.

hubieron de retirarse á los parajes mas inaccesibles de los montes.

Apenas concluyó Muza la conquista regresó á Damasco, encomendando el gobierno á su hijo Abdalaziz, príncipe adornado de muchas relevantes prendas. Inmediatamente hizo poner en orden lo conquistado; arregló con justa proporción los tributos; reparó los muros y fortalezas destruidas, dejando en ellas competentes guarniciones; estableció varias leyes de policía y buen gobierno, y puso su corte en Sevilla. Por otra parte con su amable carácter se grangeó la voluntad de todos los habitantes; pero la pasión que manifestó tener por Egilona, viuda de Rodrigo, interpretada por los suyos como sospechosa, suponiendo que se alzase con el dominio del reino, le atrajo el odio de su primo Hayub, el cual le hizo asesinar estando orando en la mezquita. Este hombre feroz le sucedió en el gobierno, y llevando sus armas á la Galia gótica se apoderó de ella, acabando con la antigua monarquía de los visigodos, que quedó reducida á algunas porciones ásperas y montuosas del pais mas delicioso de Europa.

Reyes de Asturias, de Oviedo, y despues de Leon.

PELAYO (1). Refugiados los españoles en las horrorosas cavernas de los montes de Asturias, se decidieron no solo á morir en su defensa antes que entregarse, sino que formaron el empeño de libertar del yugo mahometano á sus conciudadanos oprimidos. A este fin proclamaron por su rey en el año 718, segun se asegura, á don Pelayo, hijo de Favila y nieto de Chindasvinto, el cual habia acreditado su valor y prudencia en la batalla de Jerez, y dado á conocer su zelo por la religion católica, pues recogiendo todos los vasos sagrados, ornamentos y reliquias de las iglesias que no habian aun sido presa de los enemigos, los condujo en el centro de su pequeño ejército

(1) El crítico Masdeu cree que el primer rey que eligieron los españoles fugitivos fue Theudimero, gobernador entonces de Andalucía; el segundo Atanaildo, y el tercero Pelayo que, segun él, no entró á reinar hasta el año 755; pero no pudiendo decidir esta cuestion nos contentamos con indicar dichas noticias á nuestros lectores.

hasta lo mas recóndito de las Asturias. Empezada la guerra con un puñado de valientes le acompañó constantemente la victoria á do quiera que dirigió sus armas: siempre prudente y nunca envanecido, solo pensaba en fortificar las plazas conquistadas tan luego como las poseia. Así se formaron los pequeños reinos de Oviedo y Leon; y á pesar de los esfuerzos que hicieron los sarracenos por contener su engrandecimiento, no pudieron conseguirlo, pues no menos valientes los españoles hacian todo lo posible por avanzar: esta lucha duró mas de setecientos años, y en tan dilatado periodo se vió la España cubierta de reinos católicos y musulmanes. La historia de estos tiempos nos cita muchas expediciones militares é intrigas, de las que, siguiendo nuestro objeto particular, solo indicaremos las mas señaladas. Falleció don Pelayo en el año de 737, dejando por sucesor á su hijo Favila (1).

(1) Aunque el célebre P. Isla censura en una nota el silencio que guardó Duchesne y otros escritores acerca de los prodigios acaecidos en la cueva de Cobadonga, hemos creído que era preciso ce-

FAVILA. Nada de interesante nos ofrece el reinado de Favila, pues por su pusilanimidad é impericia en el arte militar, y por hallarse los mahometanos entretenidos en la guerra con Francia, no se alteró la paz. Aficionado á la caza fue despedazado por un oso el año 739, segundo de su reinado, á causa de haberse alejado demasiado de los que le acompañaban.

ALFONSO I, el Católico. Elegido por los grandes á causa del valor que habia demostrado al lado de Pelayo, contribuyendo á sus victorias, estendió asombrosamente sus dominios desde el Océano occidental hasta los Pirineos de Aragón, y desde el mar Cantábrico hasta lo que se llama tierra de Campos en Castilla la Vieja. Sensible es que no tengamos noticia alguna de sus proezas militares; pero sí sabemos que contribuyó eficazmente á la felicidad de sus pueblos, reedificó las poblaciones arruinadas, renovó

ñirnos á los límites que prescribe un compendio, por lo que se han suprimido tambien aunque respetando su opinion y la de los demas historiadores que cita.

las ciudades y fortalezas, y finalmente que por su zelo en reparar los templos destruidos y restablecer en su vigor la religion cristiana, mereció el renombre de Católico. Era cuñado de Pelayo, y casó con su hija Ormisinda de quien tuvo á don Fruela. Falleció en 757, dejando á su hijo por sucesor de la corona.

FRUELA I. Luego que subió al trono obligó (segun se dice) á los eclesiásticos á abandonar sus mugeres; pues á pesar de los cánones seguía este abuso, introducido desde el reinado de Witiza. Derrotó diferentes veces á los africanos, y particularmente á los que acaudillados por Haumar habian entrado en Galicia, de los que dejó muertos en el campo de batalla cincuenta y cuatro mil. Sosegó los alborotos que sobrevinieron en la Cantabria, Vasconia y Galicia; edificó la ciudad de Oviedo, haciendo en ella un suntuoso palacio, y su reinado seria célebre por sus victorias, y por las penalidades y trabajos que sufrió, á no haberle manchado con el asesinato que solo por zelos cometió en la persona de su hermano Vimarano, amable de carácter y de bellísimas prendas; pero en breve

recibió el castigo de accion tan detestable, pues conjurándose contra él su primo Aurelio, le mató á puñaladas el año 768, apoderándose del cetro.

AURELIO. Reinó por espacio de seis años, y vivió en paz con los mahometanos; falleció en 774, sin haber hecho otra cosa notable que la de sujetar á los esclavos y libertos que se habian sublevado contra sus señores.

SILLO. No habiendo dejado hijos don Aurelio, se apoderó del trono su pariente don Silo; pero la mucha edad de este y su ineptitud para el gobierno le obligó á elegir por sucesor á don Alonso, hijo de Fruela, á quien pertenecia la corona desde la muerte de su padre, y de la cual habia sido privado por su minoridad y por la ambicion de los que se la usurparon. Refrenó don Silo á los gallegos que se habian rebelado, venciéndolos en batalla campal en las inmediaciones del monte Cebrero, y falleció en Pravia el año 783, á los nueve de reinado.

MAUREGATO. Aunque dejamos dicho que á don Alonso pertenecia la corona, apenas la habian ceñido sus sienes, quando fue despojado de ella por su tio Mau-

regato, que con auxilio de los africanos y otros sediciosos ocupó el trono, obligando al príncipe á refugiarse en la Cantabria. Hizo alianza con Abderramen rey de Córdoba, de quien fue muy amigo; y á pesar del odio que se atrajo por este motivo, reinó en paz seis años, falleciendo en 789 (1).

DON BERMUDO I. A pesar de los deseos de los electores por restablecer en el trono á don Alonso, su legítimo dueño, bien fuese por temor de su justo resentimiento ó por otra causa, le desposieron nuevamente de él, entregando la corona á su tío don Bermudo, llamado el Diácono por haber recibido este orden en su menor edad; pero parece que este no la aceptó sino para dar tiempo á que la conducta de su sobrino desvaneciese los temores concebidos, pues se la cedió en cuanto los vió disipados aunque tenia hijos. Se presume que entre los

(1) Estando desmentido por algunos historiadores el tributo que se supone haber contraído Mauregato con Abderramen de dar anualmente cien doncellas cristianas, creemos no deber hacer otra cosa que citarlo, dejando al lector la libertad de juzgar sobre la mayor ó menor probabilidad del hecho.

godos se permitia ó estaba dispensado el matrimonio á los diáconos, con tal que no ministrasen el altar.

ALONSO II, *el Casto*. Por el amor particular que profesaba don Alonso á esta virtud, mereció tan glorioso renombre. Enriqueció á Oviedo, su corte, construyendo la célebre Basílica del Salvador, y abatió en varias ocasiones el furor sarraceno; siendo dignas de eterna memoria, entre las muchas victorias que reportó, la conseguida junto á Ledos, en Asturias, donde cubrió el campo de batalla con setenta mil cadáveres africanos; y la que les ganó junto á Lugo, en Galicia, de cuyas resultas, después de apoderarse de la fortaleza donde se hizo fuerte el rebelde Mahamud que se habia acogido bajo su protección huyendo de la venganza de Abderramen II rey de Córdoba, pasó á cuchillo á cincuenta y cuatro mil sarracenos, y se apoderó de cuantas plazas fuertes poseian hasta Lisboa, volviendo cargado de gloriosos trofeos á Oviedo. Fundó de sus conquistas el hermoso condado de Castilla, nombrando gobernadores con título de condes para que defendiesen el país

de las irrupciones de los enemigos, pero bajo la dependencia de los reyes de Asturias. Falleció en Oviedo en 842, á los cincuenta y seis años de un venturoso reinado, contando desde que le cedió la corona su tío don Bermudo; recomendando á los grandes para que le sucediese en el trono á su sobrino don Ramiro I, pues no dejó hijos (1).

RAMIRO I. Una continua serie de rebeliones, invasiones y triunfos nos ofrece el reinado de Ramiro I. En una corta ausencia que hizo á Castilla se rebeló contra él el conde Nepociano, hombre poderoso y bien quisto, y reuniendo algunos parciales intentó arrebatarle la corona; pero Ramiro logró no solamente atajar los progresos de la sedicion, batiendo á los rebeldes en las márgenes del Narcea, sino que aunque procuró fugarse el conde fue entregado al rey por dos

(1) No estando conformes los escritores acerca de los amores clandestinos de la hermana de don Alonso con el conde de Saldaña don Sancho Diaz y las proezas de Bernardo del Carpio, fruto que se supone hubo de ellos, hemos creído no deber describir sucesos que no estan unánimemente atestiguados.

de sus parciales, quien mandó sacarle los ojos y le recluyó á un convento donde falleció.

Poco despues intentaron los normandos desembarcar en Gijon; pero no habiendo podido conseguirlo se hicieron á la vela para la Coruña, tomaron tierra y desolaron toda la comarca; mas presentándose don Ramiro con sus huestes sufrieron una completa derrota, perdiendo ademas sesenta naves, que, hallándose próximas á la playa, fueron quemadas inmediatamente. Los que lograron salvarse tuvieron aun el atrevimiento de penetrar en el Mediterráneo por el estrecho, doblando el cabo de san Vicente; y á pesar de la resistencia de los mahometanos saquearon las costas, retirándose con un rico botin.

No bien apaciguadas estas turbulencias, fueron caudillos de una nueva sedicion los condes Alderoito y Peniolo con sus siete hijos, los cuales fueron presos y recibieron el condigno castigo de su crimen.

El valor, zelo y prudencia de Ramiro, con cuyas prendas libertó á su reino de tantos y tan graves males á que se

vió espuesto, le grangearon justamente el amor de sus pueblos. Falleció en 856 á los seis años de reinado.

ORDOÑO I. Subió al trono su hijo Ordoño, y acreditó ser digno de ocuparle. Valiente en la guerra, acertado en la administracion del reino, defensor zeloso de la religion, de irreprehensibles costumbres, y de un trato afable y benigno, no solamente estendió sus dominios, sino que hizo felices á sus pueblos conciliándose todo su afecto. Erigió muchos templos, reedificó varias ciudades destruidas por los africanos, y falleció de gota á los diez y seis años de reinado, en el de 866.

ALONSO III, el Grande. Alonso III, hijo primogénito de Ordoño, contaba solo catorce años cuando subió al trono; pero le acompañaban todas las prendas necesarias para conservarse en él, y si bien fue su reinado una maravillosa alternativa de prosperidades y traiciones, su grandeza de ánimo en la adversidad, y sus hazañas, le grangearon el glorioso renombre de *Grande*.

Apenas habia ocupado el solio y empezado á hacer florecer el reino, cuando se le sublevó don Fruela conde de Gali-

cia, y apoderandose de la corona le obligó á abandonar las Asturias, teniendo que refugiarse en Castilla; pero no tuvo necesidad Alfonso de esgrimir la espada para vindicar sus derechos, pues los vasallos de Fruela exasperados con sus tiranías le quitaron la vida, y restituyeron al jóven príncipe la diadema. Igual éxito tuvo la rebelion de los gascones acaudillados por Eylon, el cual cayendo prisionero fue encarcelado por todo el resto de su vida.

En los últimos años de su reinado se reprodujeron estraordinariamente los traidores; pero Alfonso los sujetó á todos, sin descuidar el engrandecimiento del nombre español. Aumentó su poder con la alianza de don Sancho Iñigo Arista, señor de Navarra; y entrando por los dominios sarracenos se apoderó del castillo de Deza ó Langa, de la poblacion de Atienza, y de las ciudades de Coimbra, Braga, Oporto, Auca, Emina, Viseo, Lamego, ademas de otras plazas y fortalezas fronterizas: logró ensanchar los límites de su reino hasta las riberas del Tajo y del Guadiana; y las jornadas de Orbigo, Cillorico, Pancorvo y Za-

mora harán perpetuamente célebre su nombre, pudiendose asegurar que consiguió tantas victorias cuantas fueron sus expediciones militares.

Pero cuando coronada su frente de laureles, apetecia Alfonso descansar en el seno de la paz, su misma familia le preparó amargas inquietudes que contristaron cruelmente su anciano corazon. Rebelóse contra él su hijo primogénito don García, protegido quizá por su suegro Nuño Fernandez, por la reina su madre y por sus hermanos; y aunque le tuvo preso tres años en el castillo de Gauzon, las continuas quejas que recibia por el rigor que con él habia usado, lo próxima que se hallaba la nacion á una guerra civil y sediciosa, y finalmente el mucho amor que profesaba á sus vasallos le decidieron á renunciar el trono. A este efecto congregó Córtes en 910, y á presencia de sus ingratos hijos se esplicó en estos términos: "La felicidad de mi pueblo ha sido el único objeto de los trabajos y fatigas de mi largo reinado: mi conducta será la misma hasta el fin; mas pues pedís para el trono á don García, resigno en él mi corona, dando el seño-

rio de Galicia á don Ordoño, y el de Oviedo á don Fruela." Confundidos de vergüenza los hijos, manifestaron su arrepentimiento prosternados á sus pies, suplicándole encarecidamente que conservase la diadema; pero firme Alfonso en su resolución, no les dió oídos, y aunque vivió algunos meses mas como particular, é hizo una gloriosa campaña contra los moros, solicitó antes el permiso de su hijo. Débese á este monarca una crónica de los reyes que le precedieron.

GARCIA. Solo cuatro años disfrutó don García el trono que habia adquirido á costa de su ingratitud; pues falleció al fin de ellos, despues de un reinado bastante glorioso, que empleó en el bien de los pueblos, en dotar varios templos y monasterios, y en la repoblacion de algunas ciudades y villas. No habiendo dejado sucesor, recayó la corona en su hermano don Ordoño II señor de Galicia.

ORDOÑO II. La historia de los primeros años de su reinado es la de sus gloriosos triunfos. Jamas midió la espada con los sarracenos sin salir vencedor; y si quedó indecisa la victoria en la ba-

talla de Junquera, (1) donde se halló con sus tropas para auxiliar á don Sancho Abarca rey de Navarra, tambien entró despues por el territorio de los moros, y se apoderó de varias fortalezas y pueblos de Andalucía, demostrando el valor heróico que le acompañaba. No obstante, una abominable perfidia obscureció su gloria: rezeloso del engrandecimiento de los condes de Castilla, que por su esforzado valor habian conquistado esta provincia en el reinado de Alonso *el Casto*, y la defendian de las invasiones de los mahometanos, gobernandola al mismo tiempo aunque con alguna dependencia

(1) De resultas de la batalla de Junquera quedaron muchos cristianos en poder de los mahometanos, sufriendo todos los horrores de la esclavitud; y como no tuviese recursos el reino para rescatarlos, ni el rey espíritu por hallarse enfermo gravemente, solo el obispo de Tuy pudo lograr la libertad de algunos pagando parte del rescate contratado con Almanzor, y dejando en rehenes á su sobrino Pelayo, jóven de catorce años, el cual resistiendo á las dádivas, promesas y amenazas que le hizo el africano para que abrazase el islamismo, alcanzó la corona del martirio siendo atenaceado; mereciendo por su heróica constancia ocupar un distinguido lugar en el catálogo de los santos mártires. *Isla.*

de la corte de Leon, llamó á Nuño Fernandez, Abolmondar el Blanco, su hijo Diego y Fernan Anzures, que lo eran entonces; y so pretesto de tener que comunicarles asuntos de mucha gravedad los hizo aprisionar al llegar á cierto punto señalado, conduciéndolos á Leon donde les quitó la vida; sin que pueda alegarse otro motivo para cometer semejante injusticia, que las infundadas sospechas que tuvo de que querian hacerse independientes: sublevaronse algunos pueblos al ver esta maldad, pero los sujetó inmediatamente. Falleció á poco tiempo cerca de Zamora en el año 924.

FRUELA II. Aunque dejó cuatro hijos don Ordoño, le sucedió su hermano don Fruela que solo reinó catorce meses: su poca energía y actividad dió lugar á que los castellanos, resentidos por la indigna muerte de sus condes, intentasen sacudir el yugo, determinando gobernarse por jueces, y encargando á Nuño Rasura el mando político, y á Lain Calvo el militar; pero duró muy poco este sistema de gobierno, pues en el reinado de don Ramiro II se advierte restablecido el antiguo sistema, bajo la di-

reccion de los famosos condes Diego Nuñez y Fernan Gonzalez.

Dividiase el condado de Castilla del reino de Leon por el rio Pisuerga, que teniendo su origen muy inmediato al Ebro, corre de Norte á Sur hasta mezclar sus aguas con las del Duero. Falleció don Fruela en 925.

ALONSO IV, el Monge. Ocupó el trono el primogénito de don Ordoño II, llamado don Alonso IV, el cual á los cinco años y medio de reinado se retiró al monasterio de Sahagun, abdicando la corona en su hermano don Ramiro.

RAMIRO II. Habiéndose posesionado del trono, y hallándose ocupado en reunir tropas para continuar la guerra contra los moros, supo que don Alonso, arrepentido de haber trocado la púrpura por la cogulla, se habia hecho fuerte en Leon, reclamando el solio. Sin detenerse marchó sobre aquella plaza, se apoderó de ella é hizo encerrar en un calabozo á don Alonso y á los hijos de don Fruela que le protegian, y tenian sublevadas las Asturias.

Disipadas las inquietudes domésticas dirigió sus armas contra los africanos,

entró por el reino de Toledo, y llegando á Madrid (pueblo que era ya de importancia en aquella época) allanó sus muros é incendió sus edificios, para que no pudiesen fortificarse. Deseoso de vengarse Abderramen III rey de Córdoba, se internó á sangre y fuego por Castilla; pero don Ramiro, noticioso del apuro en que se hallaba el conde Fernan Gonzalez marchó á su socorro, y uniendo sus fuerzas batieron al enemigo cerca de Osma, haciéndole muchos prisioneros.

No fue menos gloriosa la jornada que hizo sobre Zaragoza: dirigióse hácia ella á marchas forzadas; pero su gobernador Abu-Jahia, fuese por temor ó por astucia, se rindió inmediatamente, prestando vasallage á don Ramiro: este, confiando demasiado en sus demostraciones, le dejó encargado de conservar en su nombre todas las fortalezas de la comarca; mas apenas retiró sus tropas hizo alianza Abu-Jahia con Abderramen, y con un poderoso ejército se arrojaron sobre Simancas: acudió el valiente Ramiro, los derrotó completamente dejando muertos en el campo ochenta mil combatientes,

y siguiéndoles el alcance hasta las ribe-
ras del Tormes, donde habiéndose reno-
vado la accion y con ella una horrorosa
carnicería, se decidió la victoria á su fa-
vor. En la batalla de Simancas fue hecho
prisionero Abenain rey moro de Zaragoza.

Poco despues quisieron hacerse inde-
pendientes de los reyes de Leon los con-
des de Castilla Fernan Gonzalez y Die-
go Nuñez; pero no solamente destruyó
don Ramiro este proyecto aprisionando-
los, sino que los perdonó y contrajo
alianza con su sangre, casando á su hi-
jo Ordoño con doña Urraca, hija del
primero. Ultimamente emprendió otra
espedicion contra Talavera, en cuyas
cercanías destruyó un ejército de diez
y nueve mil sarracenos, haciendo ver
que la edad no habia aun disminuido
su valor. Falleció en Leon en el año
de 950, y fue sepultado en la iglesia
del Salvador, cuyo convento habia edi-
ficado.

ORDOÑO III. Sucedió en el trono á
don Ramiro su hijo mayor Ordoño; pero
Sancho su hermano trató de destronar-
le, favorecido del conde Fernan Gonza-
lez y de don García rey de Navarra;

mas habiendose hecho fuerte en Leon, cuya ciudad estaba bien fortificada; conocieron los confederados la dificultad de rendirla, y se volvieron á sus casas.

Poco despues tuvo que sosegar otra conmocion que sobrevino en Galicia, sin saberse el motivo; y hallándose con fuerzas suficientes para batir á los sarracenos, entró por la Lusitania, taló y arrasó varios campiñas y poblaciones, y saqueando á Lisboa regresó á Leon cargado de trofeos. Logró por este medio hacerse respetable á sus enemigos y rebeldes, pues el conde su suegro solicitó volver á su gracia, y no solo la alcanzó sino tambien los auxilios necesarios para reprimir la osadía de los moros que cubrian de estragos toda aquella tierra, llegando ya hasta san Esteban de Gormaz. Falleció en 955, al quinto año de su reinado.

SANCHO I, *el Craso*. Era á la sazón de menor edad don Veremundo, hijo de Ordoño III, y valiendose de la ocasion don Sancho, llamado *el Craso* por su escesiva gordura, se apoderó del trono; pero al segundo año de reinado le derribó don Ordoño, llamado *el Malo*,

hijo de don Alonso el *Monge*. Acudió Sancho á su tio don García rey de Navarra, solicitando socorros; y este so pretesto de que los médicos africanos hallarian medios para disminuir su crasitud, le remitió á Abderramen rey de Córdoba, pidiendole que auxiliase á su sobrino á fin de volver á ocupar el trono de que le habian desposeido. Logró en efecto que el moro le prestase fuerzas, y aun de que sus médicos le curasen; y Ordoño se vió en la dura necesidad de refugiarse entre los moros, pues no halló proteccion en ninguno de sus parientes por haberse hecho odioso á causa de sus desórdenes y tiranía.

Sospechan algunos escritores que don Sancho, en reconocimiento al favor que recibió de los africanos, les ofreció no impedir que se apoderasen del condado de Castilla; y la conducta que observó durante la irrupcion justifican mucho esta sospecha.

Invadió, en efecto, el rey de Córdoba con formidable ejército los estados de Castilla; pero el conde Fernan Gonzalez, aunque sin auxilios de don Sancho y con menores fuerzas, atacó al mahometano

cerca de Hasiñas, y despues de tres dias de continuo combate quedaron completamente derrotadas las lunas africanas.

Recibió el conde solemnes diputaciones de todas las ciudades y provincias por la felicidad de sus armas; y aun el rey de Leon, disimulando su envidia, le envió una embajada para felicitarle, convidándole á la asistencia de unas Cortes en que suponía habian de tratarse asuntos de mucha gravedad, aunque con solo el objeto de apoderarse de su persona; mas lo bien acompañado que fue el conde, frustró á don Sancho tan alevoso intento.

De acuerdo don García rey de Navarra con el de Leon, propusieron al conde, que se hallaba viudo, el enlace con doña Sancha infanta de Navarra: accedió á la proposicion y partió al efecto á Pamplona; pero como no llevase mas que una pequeña comitiva, aunque bizarra, aprovechó el navarro esta ocasion para sus intentos, poniéndole en un calabozo, de donde solo pudo sacarle el amor de doña Sancha, que huyendo con él hasta Burgos, realizó un matrimonio en que el reconocimiento disputa-

ba preferencias al amor y á la ternura. Enfurecido don García al ver que se habia salvado la víctima que queria inmolar á su envidia y á la de don Sancho, le declaró la guerra é introdujo sus tropas por Castilla, provocando al conde á un combate; pero en él fue derrotado el ejército navarro, y hecho prisionero don García. Trece meses estuvo preso en una fortaleza, y al cabo de ellos debió la vida, la libertad y la corona á los ruegos de su hermana doña Sancha, y á la estremada generosidad de su cuñado, superior á todas las impresiones de la venganza. No desistió por eso de sus perversos designios el rey de Leon: llamó nuevamente al conde so pretesto del bien comun, y este no juzgando capaz á su enemigo de una perfidia tan detestable, y confiando demasiado en su escolta, se halló por su imprudencia otra vez preso; mas su esposa doña Sancha, sobreponiéndose á la debilidad de su sexo y sin reparar en obstáculos tratandose de la libertad de su amado conde, fingió una peregrinacion á Santiago de Galicia, pasó por Leon, obtuvo permiso del rey para ver á su esposo, y habiendole per-

suadido, no sin dificultad, á que trocase con ella los vestidos y la dejase en la prision, unos caballos preparados de antemano le pusieron inmediatamente fuera de los dominios leoneses. Por algun tiempo dudó el rey de Leon si deberia castigar esta accion como atrevimiento contra la magestad, ó aplaudirla como un rasgo generoso del amor conyugal; mas esforzándose á borrar con la generosidad la torpeza de su anterior conducta, no solo puso en libertad á la condesa, tributándola los mayores elogios, sino que la condujo en triunfo hasta la corte de Burgos.

Interin los reyes de Leon y de Navarra se ocupaban en negocios tan indecorosos, preparábanse los moros para continuar sus conquistas; y apenas habia salido de la prision el conde Fernan Gonzalez quando se dirigieron á la plaza de Leon y la tuvieron largo tiempo sitiada; pero el esfuerzo de sus habitantes los rechazó con bastante pérdida. Poco despues se rebeló contra don Sancho el conde don Gonzalo, gobernador de la parte superior del Duero, el cual viendose alcanzado arrojó las armas y

solicitó el perdón. Concedióselo el rey, pues solo anhelaba la tranquilidad y felicidad de sus pueblos; mas el infame conde cometió la traidora baja de envenenarle con una manzana, por lo que falleció á pocos dias en 967.

RAMIRO III. Sucedió á don Sancho, su hijo don Ramiro III de este nombre; el cual, siendo de corta edad, quedó bajo la tutela de su madre y tia, princesas de mucho talento. En el primer año de su reinado hicieron otra irrupcion los normandos, los cuales, arribando á las costas de Galicia, arrasaron toda la comarca hasta Cebreros; pero fueron acometidos tan denodadamente por las tropas que reunió el conde don Gonzalo, que unos fueron pasados á cuchillo y otros murieron abrasados en el incendio de sus naves.

Al mismo tiempo fue desolada la Castilla por los sarracenos acaudillados por el señor de Alava don Vela, deseoso de vengarse del conde Fernan Gonzalez usurpador de sus estados; llegando á tal extremo su furor que volvieron al poder de los infieles Simancas, Dueñas, Sepúlveda, Gormaz y otras plazas; y olvidan-

do los tratados hechos con Leon, entraron por sus dominios, sitiaron á Zamora, y la arrasaron hasta los cimientos. Falleció el conde Fernan Gonzalez estenuado por la edad, trabajos y disgustos en 970, dejando por sucesor á su hijo don Garcia Fernandez.

Por otra parte la prudencia y orden que dirigieron los primeros pasos de Ramiro, durante su tutela, desaparecieron tan luego como fue emancipado por el himeneo; y su altivez, orgullo é inesperienza le acarreó el odio de los grandes, que deponiendole eligieron por rey á don Veremundo ó Bermudo II, hijo natural de don Ordoño III. Tan extraordinario acontecimiento abrió los ojos á Ramiro, y reuniendo un poderoso ejército marchó contra Bermudo, que se hallaba cerca de Portilla de Arenas; combatieron con el mayor denuedo ambos competidores; pero habiendo quedado indecisa la victoria se retiró cada uno á sus estados. Debe creerse que transigieron, pues habiendo fallecido don Ramiro en 982, se halló don Bermudo rey de Galicia y Leon.

BERMUDO II. Parece que no empuñó el cetro sino para ser el blanco de

las desgracias. Al paso que las guerras intestinas causadas por la rivalidad de las casas de Velazquez y de Gustio tenían dividida la Castilla, puesto en combustion los estados de Leon y de Galicia, y debilitada la Navarra, los mahometanos iban apoderandose de las plazas de que habian sido desposeidos: acaudillados por Almanzor volvieron á sufrir el yugo mahometano Barcelona, Pamplona, Santiago y otros pueblos; y aun la corte de Leon hubiera tenido igual suerte si don Bermudo, saliendo á su encuentro, no hubiera impedido sus progresos; pues aunque fue derrotado consiguió que defriesen sus proyectos hasta el siguiente año de 995. Volvieron entonces sobre Leon; pero la defendió tan heroicamente por espacio de un año su gobernador don Guillen Gonzalez, que no se apoderaron de ella hasta que fueron arruinados todos sus muros, y muerto su valeroso comandante, que á pesar de hallarse enfermo se hizo conducir en brazos á donde era mayor el peligro, sacrificando gloriosamente su vida por la patria con todos sus intrépidos soldados.

Poco despues se posesionaron los afri-

canos de Astorga y Valencia de don Juan; y al año siguiente, no pudiendo estender sus conquistas por las Asturias, volvieron á Castilla, cayendo en su poder la mayor parte de sus plazas y fortalezas, igualmente que de la Lusitania y Galicia, llevando por todas partes la desolacion, el cautiverio y la muerte. Tales fueron las resultas de las guerras civiles, que puede asegurarse no quedaron mas estados á los príncipes cristianos que rocas escarpadas, montañas inaccesibles y vasallos fugitivos.

Felizmente, en medio del desastroso estado de casi toda la península, se confederaron el rey de Leon, el de Navarra y el conde de Castilla; y reuniendo sus fuerzas atacaron al moro en las fronteras de Leon y Castilla, junto á Calatañazor, derrotándole tan completamente que recobraron la mayor parte de las plazas que les habia usurpado. Avergonzado Almanzor de verse vencido se dejó morir de hambre en Medinaceli, dos años despues del fallecimiento de don Bermudo acaecido en 999.

ALONSO V. Siendo todavia niño su hijo don Alonso, fue encomendada su

educacion á los condes de Galicia don Melendo Gonzalez y doña Mayor, que regentaron con suma prudencia el reino durante su minoridad.

La rebelion de Abdelmelic y Abderamen, hijos de Almanzor, contra Hissem rey de Córdoba, ocurrida durante este reinado, no solamente ocasionó la desmembracion de aquel reino, sino la decadencia del poder mahometano; pues por sólidos que sean los fundamentos en que se apoye un imperio, siempre sucumbe bajo la corrosiva caries de la discordia.

Por desgracia tomaron parte los príncipes españoles en esta contienda, en vez de aprovechar tan feliz coyuntura para libertar á la nacion del ominoso yugo sarraceno; pero aunque recobró Hissem el cetro de que habia sido desposeido, su poder no era ya sombra del que antes tenia; pues todos sus competidores se erigieron en soberanos, gobernando cada uno las ciudades de que habia logrado apoderarse. Sevilla, Toledo, Valencia, Zaragoza, Orihuela, Murcia, Almería y otras reconocieron señores independientes; mas los monarcas

cristianos conociendo al fin cuanto les interesaba acabar con el enemigo comun unieron sus fuerzas, recobraron todas las plazas usurpadas, y entregaron al pillage los reinos de Córdoba y de Toledo (1).

Dirigió Alonso sus armas hácia la Lusitania, y obligó á los africanos á repasar el Duero; pero habiendo puesto sitio á Viseo, con el designio de arrojarlos de la otra parte del Tajo, fue muerto de un flechazo en el año 1027.

BERMUDO III. Hacia poco tiempo que habia fallecido el conde de Castilla don Sancho, dejando casada á una de sus hijas, llamada doña Mayor ó doña Elvira, con el rey de Navarra don Sancho II; y siendo ocasion muy oportuna para estrechar los vínculos que de-

(1) Segun el P. Duchesne, don Alonso hizo alianza con Abdalla, rey moro de Toledo, concediendole por esposa á su hermana doña Teresa; pero exigiendo esta señora que abjurase la religion de Mahoma, no accedió el moro y la devolvió á su hermano, colmándola de elogios por su singular virtud. Prefirió pues la princesa vivir retirada en Leon, mas bien que unirse á un esposo que no adoraba á Jesucristo.

bían unir á los príncipes mas poderosos de España, á fin de arrojar de toda la península á los africanos y evitar las funestas consecuencias de las rivalidades que hasta entonces continuamente reinaron, casó doña Jimena, hermana de doña Elvira, con don Bermudo III, sucesor de Alonso V, y el nuevo conde de Castilla llamado don García se enlazó con doña Sancha, hermana de don Bermudo.

Deseoso don García de ver á su futura esposa dejó en Sahagun su comitiva, y presentándose en Leon, donde habian de celebrarse los desposorios, acompañado solo de algunos hidalgos castellanos, fue asesinado en los umbrales de un templo por los hijos de don Vela, ansiosos de vengar los agravios que suponian haber recibido su padre del difunto conde.

Habiendo recaído por su muerte todos los derechos al condado de Castilla en su hermana doña Mayor, se engrandeció el poder del rey de Navarra; pero no satisfecha aun la ambicion de este, y sabiendo que al fallecimiento del rey de Leon don Bermudo pertenecia la corona de Castilla á doña Sancha su hermana,

sino dejaba sucesion, rompió por sus dominios con crecidas fuerzas, se apoderó sin resistencia del pais contenido entre los rios Pisuerga y Cea, y obligó á don Bermudo á refugiarse en Galicia; mas este seguro del amor de sus vasallos, que no querian someterse al dominio de ningun extranjero, se halló bien pronto en disposicion de defender sus derechos: por mediacion de varios prelados se transijeron aquellas diferencias en virtud de varias cesiones que recíprocamente se hicieron, y del matrimonio de don Fernando, hijo segundo de don Sancho, con doña Sancha, hermana de don Bermudo, que estaba prometida al desgraciado conde de Castilla. Poco despues dividió don Sancho entre sus hijos sus dominios y falleció en 1035.

Deseoso don Bermudo de recobrar las posesiones que en el último tratado habia cedido contra su voluntad, y creyendo serle facil entonces por la muerte de su competidor, se apoderó de algunos pueblos; pero apenas lo habia hecho cuando saliendo á su encuentro don Fernando le atacó en el valle de Tamara, cerca de Carrion, y habiendose introdu-

cido don Bermudo por entre los escuadrones enemigos en lo mas recio del combate, halló la muerte en un bote de lanza que le atravesó de parte á parte en 1037, quedando el campo y el reino de Leon por don Fernando y doña Sancha. Con este motivo se estinguió la segunda línea masculina de los reyes godos procedente de don Pelayo y don Alonso *el Católico*, todos los cuales, á pesar de sus esfuerzos durante mas de trescientos años por libertar á su patria del yugo de los mahometanos, casi no habian recobrado aun la mitad de lo que estos ocuparon en cinco.

Reyes de Castilla.

FERNANDO I y SANCHA. Por este monarca empieza la dinastía de los reyes de Castilla, cuyo nombre tomó esta hermosa provincia de los castillos que la poblaban, y servian de apoyo á varios señores. Estos contribuyeron en gran parte á los progresos de su conquista en el reinado de don Alonso *el Casto*; pero no satisfechos con haberla gobernado desde entonces por mas de dos siglos con el dictado de Condes, as-

piraron á hacerse independientes de la corte de Leon, de quien con ciertas restricciones habian recibido esta gracia, llegando á ser poderosos y temibles y manteniendo á los pueblos en continua guerra muchos años; hasta que finalmente se erigieron en soberanos absolutos, aunque sin el título de reyes. La memoria de algunos de ellos será no obstante eterna en los fastos de la historia por sus proezas.

Apenas ocupó don Fernando el trono de Castilla y de Leon dió muestras evidentes del amor que profesaba á sus vasallos, y de que solo aspiraba á engrandecerse el suyo. Reformó las leyes godas: estableció otras análogas á aquellas circunstancias; y por este medio, dulcificando los ánimos exasperados de los grandes que le eran poco adictos, llegó al colmo su poder. Una invasion que intentaron hacer los sarracenos en Galicia le proporcionó ocasion para declararles la guerra, pues deseaba que la cerviz española sacudiese su yugo: marchó contra ellos, entró por Estremadura á sangre y fuego, apoderóse de cuantas plazas ocupaban los infieles en-

tre el Tajo y Duero, y la obstinada resistencia que opusieron las fortalezas de Cea, Viseo, Lamego y Coimbra (1) solo sirvió para realzar tantas y tan repetidas victorias.

Escarmentados los africanos por esta parte, tuvo que regresar inmediatamente á Castilla para oponerse á las correrías que estaban haciendo por sus fronteras. Nueva guerra, nuevos triunfos: cayeron en su poder san Esteban de Gormaz, Vado del Rey, Berlanga, Aguilera, Santa María y otros fuertes; y asegurados por estos puntos los confines de su reino dirigió sus armas contra Castilla la Nueva, posesionándose de Talamanca, Uceda, Guadalajara, Alcalá de Henares y Madrid. La misma suerte iba á sufrir Toledo; pero su rey Almamon, conociendo la imposibilidad de defenderse, pidió la paz al vencedor, ofreciendo mantener el reino en feudo de Castilla: fue admitida

(1) En este sitio recibió los primeros rudimentos del arte de la guerra el célebre Rodrigo Diaz de Vivar, llamado el *Cid*; fue natural de Burgos, y descendiente de Lain Calvo, juez supremo de Castilla antes que la gobernasen los condes independientemente. *Isla*.

la proposicion por el magnánimo Fernando; pero bien pronto tuvo motivo para arrepentirse de su nimia confianza.

Por tan señaladas acciones le aclamaron sus vasallos *Emperador*; y habiéndole intimado el de Alemania Henrique II, en union con la corte de Roma, que renunciase este título, como depresivo de su dignidad, reconociéndose feudatario suyo, contestó Fernando á tan injusta proposicion con un ejército de diez mil combatientes, á las órdenes del esforzado Cid Rui Diaz, el cual penetró hasta Tolosa; donde, deteniéndole un legado del papa y los embajadores del emperador, se ventilaron los derechos de ambas partes, declarando estar España exenta del vasallage de todo príncipe extranjero.

Se estaba disponiendo don Fernando para continuar las conquistas hasta mas allá del Guadiana, cuando supo que su hermano don García III rey de Navarra se hallaba gravemente enfermo en Nájera. Pasó á visitarle; pero en vez de apreciar el doliente accion tan cariñosa no pudo por mas tiempo disimular la envidia que le devoraba, y resolvió apriisionarle con el fin de obligarle á ceder

en su favor algunos estados. Huyó con disimulo don Fernando, y viendo don García malogrado su intento, procuró sincerarse con su hermano, afectando ser inocente. Supo poco despues que se hallaba indispuesto, y se presentó en Burgos con pretesto de pagarle la visita y recobrar su confianza; mas don Fernando conociendo su perfidia le hizo arrestar en el castillo de Cea, de donde se fugó por medio del soborno. Deponiendo ya todo miramiento, y habiendo hecho alianza con los régulos de Zaragoza y Tudela, introdujo su ejército por Castilla, presentando combate á las tropas castellanas que bien apercebidas le aguardaban en el valle de Atapuerca. En vano despachó don Fernando personas respetables á fin de desarmar su cólera, proponiéndole partidos ventajosos; pues sordo á las voces de la sangre y de la humanidad se arrojó con furor sobre las huestes castellanas, las derrotó, y casi gozaba ya del funesto placer de la venganza, cuando fue muerto de un bote de lanza.

Por su muerte ocurrida en 1054 recayó la corona de Navarra en don Fer-

nando; pero este en vez de privar á su inocente sobrino del cetro que habia perdido por la temeridad de su padre, tuvo la generosidad de cederle en favor del huérfano don Sancho: ¡Bello ejemplo de moderacion cristiana, que antes tuvo pocos originales, y despues no ha tenido muchas copias.

A favor de estas inquietudes domésticas intentaron los sarracenos sacudir el yugo de los príncipes cristianos. El rey moro de Toledo, negándose tributario, se declaró independiente, y se previno á la defensa. Por otra parte los mahometanos de Zaragoza, Murcia, Valencia y Mancha entraron por sus tierras esparciendo el terror y la muerte. Las circunstancias del reino de Castilla eran demasiado críticas: exhausto el erario con tan continuas campañas, y recargados los vasallos con escesivos impuestos, era casi imposible la resistencia si la heroicidad de doña Sancha no hubiese vencido todos los obstáculos. Enagenóse de muchas de sus joyas y pedrerías, y empeñando las restantes logró con sus productos levantar un numeroso ejército, el cual mandado por don Fernando redujo

á su deber á los vasallos mahometanos, y estendió sus dominios.

Por desgracia se acercaba el fin de sus dias, y conociéndolo este príncipe, grande en lo cristiano, rey y capitán, distribuyó entre todos sus hijos los estados, á pesar de que la política repugnaba esta disposición, y debia producir y produjo fatales consecuencias: era padre y no quiso privar á sus menores hijos de la herencia paterna, por la sola circunstancia de haber nacido mas tarde. Acometido de una grave enfermedad falleció en 1065, habiendo adjudicado el reino de Castilla á su primogénito don Sancho; el de Leon á Alfonso; el de Galicia á García; y nombrado á Urraca por señora soberana de Zamora, y señalado á Elvira el señorío de Toro con igual preeminencia.

SANCHO II. No siempre los hijos heredan las virtudes de los padres; pero la falta de esta herencia poco mortificaba á don Sancho. Apenas falleció su madre doña Sancha en 1067 manifestó que á él solo pertenecia cuanto poseian sus hermanos, y se dispuso á despojarlos: dirigió primero sus armas contra los estados de Leon, y habiendo salido

don Alfonso á su defensa, perdió esta batalla de Llantada; pero auxiliado despues por don García su hermano, logró abatir el orgullo de don Sancho en la de Volpejar. Acaso no hubiera sido privado del reino si en vez de permanecer en una reprehensible inaccion, hubiera estado dispuesto para rechazar el denuedo con que le atacaron al dia siguiente las tropas castellanas, de cuyas resultas fue preso, conducido á Burgos, obligado á trocar la púrpura por la cogulla, y á residir en el monasterio de Sahagun, única gracia que por los ruegos de doña Urraca le concedió su hermano. Detúvose sin embargo poco en su retiro, pues á persuasion de la infanta pasó á Toledo, y su rey Almamon se declaró protector suyo.

Ocupado el reino de Leon marchó don Sancho contra Galicia, de que se apoderó sin resistencia. Acogióse el destronado García al rey de Sevilla Aben-Hamet, suplicándole le auxiliase contra su hermano, ofreciendo que despues conquistaria para él el reino de Castilla; pero el moro le respondió: *“Quien no ha podido conservar su reino, mal podrá*

quitar á don Sancho los de Castilla y Leon." Pasó en seguida don García á Portugal, y habiéndosele agregado un corto número de moros portugueses y algunos vasallos, emprendió la reconquista de varias plazas fronterizas de su reino; pero acudiendo don Sancho á su defensa le atacó cerca de Santaren, quedando vencido y preso don García.

Restaba solo á don Sancho para saciar su desenfrenada ambicion apoderarse de Zamora y Toro, único patrimonio de sus dos hermanas: puso sitio á la primera, pero la infanta doña Urraca que se hallaba dentro de sus muros sostuvo la plaza por el valor de un corto número de tropas escogidas, y por las acertadas disposiciones de su gobernador Arias Gonzalo, terminando el sitio con la funesta muerte del sitiador. Engañado don Sancho por un fingido desertor que salió de la plaza, y prometió descubrirle el paraje por donde mas fácilmente pudiese ser tomada la ciudad, se alejó bastante de los suyos sin precaucion alguna, y el supuesto fugitivo logró asesinarle refugiándose despues en Zamora. Acaeció su muerte en 1072.

ALONSO VI. Noticioso don Alonso de lo sucedido en Zamora partió á reunirse con su hermana, que le aguardaba para deliberar en tan críticas circunstancias. Reintegróse don Alonso de todos sus derechos, pues le amaban mucho sus vasallos; pero el reino de Castilla que tambien le pertenecia se opuso á reconocerle sino juraba antes no haber tenido parte en el asesinato de su rey. Sometióse aunque con disgusto don Alonso á esta condicion, y presentándose en Burgos prestó por tres veces en manos del famoso Cid y á presencia de toda la nobleza castellana aquel solemne juramento, con el cual quedó reconocido por soberano de Castilla y Leon.

Aunque se creia con derechos á la corona de Galicia, de la cual habia sido despojado su hermano don García, respetó la última disposicion de su padre; pero el que habia reputado como usurpaciones las conquistas de don Sancho quiso despues apoyar en ellas mismas sus nuevas pretensiones, y si bien experimentó alguna oposicion por parte de los gallegos, se allanaron todos los obstáculos con la prision y muerte de su monarca.

Era Alfonso un príncipe marcial, in-

trépido, guerrero, hombre de genio superior, pero moderado, prudente, con gran fondo de bondad, nobles inclinaciones, y corazón benéfico y generoso. Pacífico poseedor de las tres mayores coronas de España, defendió á Almamon rey de Toledo de los ataques del rey de Córdoba, correspondiendo así á los favores que aquel le habia dispensado anteriormente; pero muertos Almamon é Hissem su hijo, considerándose ya libre del empeño contraído, formó la resolución de conquistar aquel reino. Acudieron infinitos guerreros de Aragon, Navarra, Francia, Italia y Alemania á reunirse bajo sus banderas; y por espacio de siete años sufrieron todos los horrores de la guerra los pueblos comarcanos á la capital, la cual, despues de un obstinado asedio, se rindió el dia 25 de marzo de 1085, á los trescientos sesenta y tres años de haber sido ocupada por los africanos. Otras muchas plazas fuertes desde el Tajo hasta Guadiana, y entre ellas Talavera, Maqueda, Santa Olalla, Arganza, Madrid y Guadalajara, cayeron en poder del vencedor; pero tan floridos laureles se marchitaron bien pronto por una

falta de política muy reprehensible.

Habiase casado Alfonso de cuartas nupcias con Zayda, hija de Aben-Hamet rey moro de Sevilla, y de ella tuvo á su hijo único el infante don Sancho. Orgulloso el africano con tan ilustre alianza concibió el proyecto de apoderarse de cuanto su nacion poseia entonces en España, confiado en la division que reinaba entre los moros españoles, pues habia tantos reinos diferentes cuantas ciudades principales ocupaban, y asimismo en que don Alfonso se empeñaria en favor suyo. En efecto, no tuvo el monarca cristiano valor para negar á los alhagos de Zayda lo que pedia la ambicion de Aben-Hamet; y confederado con este, pidieron ambos un ejército auxiliar á Jucef Tefin rey de los almoravides africanos. Llegó efectivamente el socorro á las ordenes de Alí; pero apenas se unieron las tropas mahometanas se desavinieron los caudillos, y llegaron á las manos; pereció en el combate Aben-Hamet, y quedó Alí dueño de cuanto aquel habia poseido. Envanecido con esta victoria se proclamó rey, y queriendo conquistar todos los reinos que los cristianos ocu-

paban entró por el de Toledo á sangre y fuego, reduciendo á cenizas lo que no podia serle útil. Conociendo al fin don Alonso su desacierto salió al encuentro; y aunque dos veces derrotado, una junto á Roa, y otra cerca de Badajoz, consiguió al fin arrojarle de todos sus estados, penetrar hasta Sevilla, sitiarse en su misma corte y obligarle á reconocer el señorío de Castilla, satisfaciendo los gastos de la guerra.

Un nuevo acontecimiento, originado del mismo yerro que el anterior, le impidió gozar en paz la gloria de sus triunfos. Irritado Tefin contra el rebelde Alí desembarcó con un poderoso ejército, le sitió en Sevilla, y obligándole á entregarse le cortó la cabeza. Era muy probable que despues tratase de hacer nuevas conquistas; y previéndolo don Alfonso pidió auxilio á otros príncipes, y con ellos no solo obligó á Tefin á refugiarse en lo interior de sus estados, sino á embarcarse para Africa.

Apenas habia concluido esta expedicion quando se vió empeñado en otra nueva guerra. Asesinado el rey de Navarra don Sancho III por dos hermanos

suyos, se acogieron bajo la proteccion de don Alfonso el hijo y demas parientes del difunto, suplicándole vengase su muerte, y renunciando en él todos sus derechos á aquella corona. Accedió el monarca castellano, y en brevísimo tiempo se apoderó de casi todos sus dominios. Creyóse entonces tambien con derecho á dilatar el término de los suyos don Sancho I rey de Aragon; y haciéndose dueño de varias plazas, persiguiendo á los asesinos que se habian refugiado entre los moros, puso sitio á Huesca. Zeloso don Alfonso de tan rápidos progresos, no solo se negó á auxiliarle como se lo pidió, sino que cometió la felonía de favorecer al rey moro de Huesca; sin embargo, no pudo socorrer la plaza, y aunque en el sitio fue herido mortalmente don Sancho por una flecha, se apoderó de ella su valeroso hijo don Pedro, despues de una horrorosa batalla dada en los llanos de Alcaraz, en los que quedaron cuarenta mil cadáveres.

Aun le estaba reservado al rey de Castilla el golpe mas cruel y sensible. Murió Jucef Tefin, dejando por sucesor á su hijo Alí; y aprovechándose este de

:

los disturbios que agitaban á España, desembarcó con poderoso ejército, el cual aumentaron los moros españoles. Dirigióse desde luego á Castilla, y no pudiendo don Alfonso ponerse al frente de sus tropas por sus achaques dió el mando á su hijo único don Sancho, jóven de pocos años, acompañado de don García de Cabra y otros seis condes, soldados de mucha reputacion. Caminaba victorioso el sarraceno por entre un monton de ruinas y cadáveres; y avistando al castellano en las cercanías de Uclés le arrolló, dejando muertos en el campo á don Sancho con los siete condes y gran parte del ejército.

Inconsolable Alfonso por la muerte de su hijo, pero enardecido en deseos de vengarla, sobreponiéndose á su ancianidad y dolencias apareció á la cabeza de sus tropas, y entrando por Andalucía persiguió á sus enemigos hasta las murallas de Sevilla, borrando así la afrenta de la anterior jornada, aunque sin cerrar la herida que su corazon habia recibido. Esta le ocasionó una grave enfermedad que padeció dos años, falleciendo de sus resultas en Toledo,

á los 63 de edad, en el de 1109.

URRACA. Hallóse heredera de todos los estados de su padre la infanta doña Urraca, hija primogénita de don Alonso *el Bravo*, viuda del conde Raymundo de Borgoña, del que tuvo un hijo llamado Alfonso; pero creyéndose con derecho á la corona Alonso I rey de Aragón, introdujo sus tropas por Castilla, y la reina para desarmar su furia admitió su mano, aunque con suma repugnancia por su parte, y disgusto de toda la nobleza. Tan violento enlace no podia menos de causar funestas consecuencias, pues queriendo contener don Alonso á la reina en su conducta, que no era muy arreglada, abandonó esta el palacio, y pasando á Castilla se atrajo un considerable número de descontentos por el gobierno de un príncipe extraño. Los gallegos por su parte habian proclamado rey al niño don Alonso Ramon, hijo de Urraca y de Raymundo; mas presentándose en Castilla el rey de Aragón con un respetable ejército puso guarniciones aragonesas en las principales plazas, y hallando las huestes de la reina en los campos de la *Espina*, cerca de Sepúlveda,

consiguió una completa victoria: pasó en seguida el Duero por tierra de Campos, y entrando por Leon á sangre y fuego arrolló otro ejército que se le opuso, y se apoderó de Burgos, Palencia y Leon con otras muchas plazas. A pesar de sufrir los castellanos tan continuos reveses consiguieron al fin derrotar á su vencedor en algunos encuentros; y advirtiendo este la disminucion de sus fuerzas compró la paz haciendo nulo su matrimonio, y quedando escludido del gobierno de Castilla. Convirtió despues sus armas contra los sarracenos y los despojó de cuanto poseían en Aragon y Navarra.

Sobrevinieron nuevas disensiones entre doña Urraca y su hijo, pues habiendo sido reconocido por rey de Leon y de Galicia el infante don Alonso, quiso la madre ejercer su autoridad absoluta en los dominios del hijo: resistióse la nobleza, y por espacio de seis años se vieron convertidos los reinos de Leon, Castilla y Galicia en sangriento teatro de robos, violencias y asesinatos, hasta que la muerte de la reina acaecida en 1126 puso fin á todas estas calamidades.

ALONSO VII. Quedaron reunidas en

la cabeza de este jóven príncipe dichas tres coronas, y aunque los aragoneses ocupaban con diferentes pretextos algunas plazas de Castilla, supo vencer los obstáculos y reproducir la amistad entre ambos reinos.

Sería demasiado difuso referir el número de victorias que don Alonso obtuvo sobre los moros; baste decir que no solo traspasó las márgenes del Guadalquivir, que hasta entonces ninguno se habia atrevido á forzar, sino que adelantó sus conquistas hasta las costas de Granada, apoderándose de Córdoba, Jaen, Guadix, Baeza y Almería, habiendo podido subyugar completamente á los mahometanos á no haberle distraído sus ambiciosas miras á las coronas de Aragon y Navarra. Falleció en Fresneda el año de 1157 volviendo de una espedicion contra los moros de Andujar.

SANCHO III. Habiendo por su muerte ceñido su hijo don Sancho el *Deseado* la corona de Castilla, y don Fernando la de Leon, produjo esta division los mismos resultados que la anterior. Desunidos entre sí los príncipes cristianos, á pesar de haber hecho una solemne con-

federacion los dos hermanos, dieron lugar á que los sarracenos negasen los tributos al rey don Sancho, arrojasen de sus ciudades los presidios que puso en ellas don Alonso VII, y se apoderasen de las villas de Baeza, Andujar, Pedroches y otras muchas, conquistadas por el rey difunto.

Al mismo tiempo, y con el pretexto de vengar ciertos agravios del difunto don Alonso, se introdujo en Castilla don Sancho de Navarra, y llegó hasta Burgos arrasándolo todo. Estrechado el castellano por dos partes acudió al peligro mas inminente, enviando sus tropas contra el navarro á las ordenes de don Ponce, conde de Minerva, caballero catalan, que estaba hacia algun tiempo al servicio de Castilla.

Halló este á don Sancho de Navarra en la llanura de Valpiedra, y acometiéndole de sorpresa le derrotó completamente; pues aunque reforzados con tropas francesas renovaron el combate, no solo fueron vencidos, sino hecho prisionero el rey con muchos nobles: mas les dió libertad don Ponce, diciendo: *Solo he venido á castigar la insolencia de*

vuestro rey, pero no á derramar la sangre de vasallos fieles.

Procuró despues el rey de Castilla abatir el orgullo de los mahometanos, cuya insolencia habia llegado hasta el estremo de amenazar á la importante plaza de Calatrava: su defensa estaba encargada por el difunto rey don Alonso á los caballeros Templarios, los cuales reputaban como imposible sostenerla por mas tiempo. Presentaronse al rey con este motivo frey Raymundo abad de Fitero, y frey Diego Velazquez, monjes cistercienses y anteriormente valerosos soldados, ofreciendo tomar á su cargo la defensa: admitió el monarca la proposicion, cediendo la plaza en su favor si la conservaban por Castilla. A la energía de frey Raymundo se reunieron mas de veinte mil hombres, monjes la mayor parte, que aunque encerrados en la plaza y ligados con la regla del Cister, supieron rechazar á los mahometanos. Alejandro III en 1164 confirmó esta regla y militar estatuto, al cual deben servicios muy importantes los príncipes católicos.

Pocos años antes habia sido cons-

truido un fuerte castillo en las inmediaciones de la ermita de san Julian del Peireiro, cuna de la orden militar de Alcántara, á espensas de don Gomez y don Suero, caballeros salmantinos, inflamados contra los moros por el ermitaño Armando. Esta célebre orden, por los servicios que hizo en la restauracion de España, fue agregada por Julio I á la del Cister.

Despues, reinando don Alonso VIII, establecieron los canónigos de san Eloy unos hospicios en el camino de Compostela, con el objeto de favorecer á los peregrinos que iban á visitar el sepulcro del apóstol Santiago, contra las correrias que los africanos hacian por aquel territorio; y varios caballeros castellanos, deseosos tambien de libertar á su patria del yugo sarraceno, reunieron sus bienes y fuerzas á las de los canónigos, abrazaron su instituto y obteniendo la aprobacion pontificia, erigieron la ilustre orden de caballería de Santiago, cuyo primer maestro fue don Pedro Fernandez de Fuente Encalada, caballero leonés.

Falleció don Sancho en 1158 de-

jando un hijo de tres años, espuesto al encono de tres facciones poderosas que se disputaron la tutela para gobernar en su nombre. Don Fernando II de Leon, los Castros á quienes estaba encargada su educacion, y finalmente los Laras, que se apoderaron de él, encendieron entre sí una sangrienta guerra, que por espacio de siete años desoló á Castilla.

ALONSO VIII. Declarado en fin mayor de edad don Alonso por el reino, aunque no lo era, y enlazado con doña Leonor, hija de Henrique II de Inglaterra, restituyó la paz á sus pueblos. Prudente y amable, se grangeó el amor de sus vasallos: volvieron á su obediencia cuantas plazas le habian usurpado sus vecinos; y aumentandose diariamente su poder, despertó la envidia de los reyes de Leon, Aragon, Portugal y Navarra: unieronse todos contra él; pero no se atrevieron á romper abiertamente por entonces. Preciado don Alonso á oponerse al ejército que conducia Miramolin Jacob Aben-Jucef en socorro de los moros andaluces, el cual habia pasado el Estrecho y llenaba de terror toda la España, pidió socorro á aquellos prin-

cipes; pero la morosidad estudiada con que procedieron espuso á Alonso á los mayores peligros.

Perdió por esta causa una sangrienta batalla cerca de Alarcos, la cual se vió obligado á admitir aunque la rehusaba; mas impaciente por vengar esta derrota, proclamó una cruzada contra los sarracenos, á la que acudieron multitud de religiosos, militares, y extranjeros; y volviendo inmediatamente á las armas, les hizo ver en varios encuentros el esfuerzo y valor que le animaba. Por desgracia la falta de víveres y el ardor del clima privaron al ejército de mas de cuarenta mil hombres, que no pudiendo resistirlo regresaron á sus hogares, y habiendo quedado muy debilitado, no dudó el africano dar una batalla decisiva. Salió sin embargo á su encuentro don Alonso; y confiado en la naturaleza del terreno, le presentó la batalla en las estrechuras de Losa, dejó en el campo doscientos mil sarracenos, y obligó á huir á su gefe á Andalucía, de donde pasó al Africa (1).

(1) En esta memorable jornada, conocida por

Aumentó además Alonso sus estados con el país que se dilata entre el Guadiana y el Guadalquivir, terminando con tan gloriosa victoria y tan importante conquista un reinado de cincuenta y seis años, mezclado de grandes felicidades y desgracias. Falleció en Garcí-Muñoz, pueblo inmediato á Arévalo, en el año de 1214.

ENRIQUE I. De once hijos que tuvo don Alonso de su lejítimo matrimonio, solo existia á su muerte Enrique, el menor de los infantes, el cual tenia diez años cuando subió al trono, bajo la tutela de su madre doña Leonor. Por fallecimiento de esta quedó á cargo de la infanta doña Berenguela su hermana; pero en breve la obligaron á renunciar su tutela las intrigas de la casa de Lara, que se apoderó del mando é hizo sufrir

la de las Navas de Tolosa, se refiere que un aldeano ó pastor contribuyó á la victoria conduciendo al ejército á una posición muy ventajosa, y aun se cree fuese algun ángel ó enviado por Dios para el socorro de los cristianos; pero no estando contestes los escritores sobre este punto, lo dejamos al juicio prudente de nuestros lectores.

á los pueblos los mismos males que los habian afligido al principio del reinado anterior. Quiso atajar estos desórdenes doña Berenguela con amonestaciones; mas el insolente don Alvaro Nuñez de Lara, lejos de darla oídos, la despojó de los pueblos que poseia, quiso hacerla salir de Castilla, y envolvió á los pueblos que se habian declarado en favor de la infanta en una guerra civil, que terminó solo con la muerte del jóven monarca. Estando don Enrique recreándose en el patio del palacio del obispo de Palencia con otros jóvenes de su edad, se desprendió una teja del alero, la cual le hirió en la cabeza mortalmente y falleció á los once dias en 6 de junio de 1217.

FERNANDO III, *el Santo*. Apenas llegó la noticia de la muerte de don Enrique á doña Berenguela, sucesora del trono de Castilla, envió á llamar á su hijo don Fernando, residente en Toro al lado de su padre don Alonso IX rey de Leon, cuyo matrimonio fue despues declarado nulo por el inmediato parentesco de ambos esposos; y cediendole la infanta todos sus derechos, le hizo proclamar en Valladolid por la nobleza

y el pueblo que le acompañaba. Tomó las armas don Alvaro Nuñez de Lara para oponerse á esta aclamacion; pero el jóven príncipe, despues de haberle hecho proposiciones pacíficas, á las que se negó, se puso al frente de un gran número de vasallos fieles y humilló su orgullo, haciéndole prisionero, y obligándole á ceder cuantas plazas y fortalezas poseia para recobrar su libertad.

Calmadas estas inquietudes, dirigió sus armas don Fernando contra los sarracenos, y en siete campañas sucesivas debilitó considerablemente su poder, allanando las dificultades que hubiera habido mas adelante para reconquistar á Córdoba y Sevilla.

Por muerte del rey de Leon don Alonso IX, debia pasar la corona de aquel reino á don Fernando; pero su padre, en virtud de haberse declarado nulo su matrimonio con doña Berenguela, dejó por herederas del reino á sus dos hijas doña Sancha y doña Dulce, que hubo de su primera muger doña Teresa de Portugal. Sin embargo fue declarado por los jurisconsultos here-

dero legítimo don Fernando, como contraído de buena fe, pues no era mejor el derecho de las dos infantas por proceder de un enlace vicioso é igualmente anulado, y porque la masculinidad se habia considerado siempre en aquellos estados como cualidad preferible; por lo tanto fue reconocido hijo legítimo por Inocencio III y jurado rey de Leon por toda la nobleza, señalando don Fernando á las dos princesas para su manutencion treinta mil doblas anuales. Hubo aun algunas personas que quisieron llevar á efecto el testamento de don Alonso; pero desistieron de su designio por la mediacion de varios prelados respetables.

Nos es preciso suspender la descripcion de los gloriosos hechos de este monarca, para dar lugar á la historia de los reyes leoneses desde su desmembracion acaecida en 1157 por el fallecimiento de don Alonso VII.

Reyes privativos de Leon hasta su incorporacion á la corona de Castilla.

Colocado en el reino de Leon don Fernando II en 1157, su genio suspicaz

y desconfiado le enagenó los corazones de los nobles del reino; y entre estos el conde de Minerva don Ponce, que despojando injustamente de sus bienes huyó de su opresor, acogiéndose al rey de Castilla, el cual por los servicios que contrajo en la guerra de Navarra le reconcilió con su hermano é hizo le restituyesen sus estados.

La menor edad de don Alonso VIII ocasionaba en Castilla muchas revoluciones, y don Fernando quiso aprovechar tan favorable coyuntura para alzarse con el gobierno encargandose de la tutela del niño; mas la vigorosa resistencia que opusieron los Laras y los Castros, le precisaron á desistir del proyecto. Al mismo tiempo entró por los dominios leoneses don Alonso Henriquez, primer rey de Portugal, para tomar venganza de agravios recibidos, y se apoderó de Badajoz; pero don Fernando se puso con sus tropas sobre la fortaleza de Alcántara é intimidó al portugues en tales términos, que al salir precipitadamente de Badajoz tropezó con la puerta, se rompió una pierna y quedó prisionero. Sin embargo fue tratado por don Fernando

con la mayor cortesanía, y haciéndole curar la fractura le puso en libertad; restableciéndose entre ambos la armonía, y volviendo don Fernando á recobrar las plazas usurpadas.

Apenas se habia concluido esta guerra, cuando amenazó á Leon otra no menos peligrosa. Los moros andaluces, que internandose en Portugal se habian apoderado de Torres-Novas, fueron espelidos por don Alonso Henriquez, dejandose caer sobre los dominios leoneses; pero don Fernando socorrió inmediatamente á Ciudad-Rodrigo y auyentó de sus dominios á los mahometanos. Desde esta época hasta la muerte del rey de Leon ocurrida en 1188, solo merece referirse la expedicion que hizo don Fernando contra los africanos coligado con los reyes de Castilla y Portugal, pues dió sobre los invasores con tal acierto y valor, que dejó veinte mil en el campo, incluso su caudillo.

ALONSO IX. Dejó la corona don Fernando á su hijo don Alonso IX, el cual captándose la benevolencia de su primo Alonso VIII de Castilla, concurrió á las Córtes que este celebró en Carrion y re-

cibió en ellas de su mano la orden de caballería. Zelasas las testas coronadas al ver el engrandecimiento del monarca castellano, se conspiraron secretamente contra él, por no atreverse á hacerlo sin rebozo. Apurado don Alonso por el Miramamolin Jacob Aben-Jucef, esperaba para rechazarlo el auxilio de los demas príncipes; pero todos cometieron la baja de abandonarle á la merced del vencedor; y cuando se hallaba el rey de Castilla ocupado en contener tan formidable enemigo, invadió el rey de Leon las fronteras castellanas, poniendole en la mayor consternacion. Por fortuna se retiró el sarraceno á las Andalucías, quedando en disposicion de medir sus armas con el nuevo agresor; y á no haber intermediado algunos obispos con la reina de Castilla doña Leonor, hubieran venido á las manos. El matrimonio del rey de Leon y la infanta de Castilla doña Berenguela, celebrado en 1197, restableció la tranquilidad. Opúsose á este enlace el pontífice Inocencio III por ser parientes en segundo con tercer grado de consanguinidad; pero el monarca leonés presentó tantas dificultades, que

:

á pesar de las conminaciones del cardenal legado, el cual puso entredicho al reino de Leon, logró diferir la separacion por siete años. Verificóse al fin esta en 1204, quedando legítimos los hijos por la buena fe de los contrayentes, y en poder de don Alonso de Leon los pueblos y castillos que habia cedido en arras á su esposa. Levantóse el entredicho, y antes de restituirse á Castilla la infanta doña Berenguela fue reconocido y jurado don Fernando por sucesor en el trono de su padre. Por el fallecimiento de don Henrique I de Castilla y la cesion de doña Berenguela reunió á sus dominios este reino poco tiempo despues. Las intrigas de los Laras avivaron la envidia que abrigaba don Alonso contra su hijo por ver en sus sienas esta corona, lo que debia haberle servido de satisfaccion; y hubieran venido á las manos si las súplicas de don Fernando y el amor paternal no hubieran recobrado todo el ascendiente que antes tenían sobre el corazon de don Alonso. Finalizada tan odiosa guerra, á cuyo feliz resultado contribuyó no poco la muerte de don Alonso Nuñez de Lara,

dirigió el rey de Leon sus armas contra los mahometanos estremeños, apoderándose de Cáceres y Mérida. Quiso reparar estas pérdidas Aben-Hut, rey de Sevilla, y poniéndose al frente de ochenta mil combatientes, creyó sorprender á don Alonso en Mérida; mas este, saliendo á su encuentro con un reducido número de tropas, pasó de noche el Guadiana, le embistió y quedó vencedor; hizo dueño en seguida de Badajoz, y dejando guarnecidas algunas fortalezas, regresó á Leon cargado de trofeos. Hubiera continuado sus expediciones á no haberle sorprendido la muerte en Villanueva de la Sarria, pueblo de Galicia, en el año de 1230, dejando á su hijo don Fernando la gloria de acelerar la ruina del imperio mahometano.

Continúa el reinado de Fernando III el Santo.

Por la injusticia de su padre se vió colocada algun tiempo la corona de Leon sobre cabezas imbéciles, que solo prometian infelicidades á los pueblos; pero aunque tenia don Fernando sufi-

ciente virtud para renunciar sus legítimos derechos, su bondadoso corazón no podía mirar con indiferencia los males que iban á sobrevenir; reclamó los agravios que se le hacian; la fortuna preparó los ánimos de los leoneses, y reunió para siempre ambas coronas.

Hallándose don Fernando con duplicadas fuerzas á beneficio de esta union, aplicó toda su atención á sostener la guerra contra los africanos. Apoderado de Ubeda, dirigió sus armas contra Córdoba; y un incidente le hizo dueño de ella. Algunos mahometanos descontentos por la tiranía de su gobernador, ofrecieron entregar á los cristianos el arrabal: estando de acuerdo los adelantados de las fronteras, reunieron tropas escogidas, y protegidos de la obscuridad de la lluviosa noche del 8 de enero de 1236, llegaron hasta los muros del arrabal. Algunos valientes españoles que sabian el árabe é iban disfrazados con el mismo traje, subieron al muro, se fingieron contrarondas, y arrojaron desde la muralla á los centinelas que allí habia; corrieron inmediatamente todo el muro, asesinando á cuantos se les opo-

nian, y apoderándose de la puerta de Martos, la franquearon á la caballería cristiana. Sus habitantes, medio desnudos y llenos de pavor, solo pensaban en salvar sus vidas de la cortante espada del enemigo; y aunque alarmada la guarnicion rechazó por tres veces á los cristianos, tuvo al fin que guarecerse en la ciudad, dejándolos dueños del arrabal y cubiertas las calles de cadáveres.

Se hallaba el rey en Benavente cuando recibió la noticia; y sin detenerse casi á comer, dijo á los que estaban presentes; *Caballeros, quien sea mi amigo y buen vasallo sigame.* Montó en seguida á caballo, y acompañado de muchos hidalgos y de los caballeros de las Ordenes Militares que se le reunieron en el camino, se presentó delante de Córdoba. Conociendo los moros cordobeses que era inevitable su ruina, dieron parte á Aben-Hut que se hallaba en Ecija para que los auxiliase; pero éste, no creyendo que fuese tanto su apuro, partió á favorecer á su amigo Zaen, rey de Valencia, contra don Jayme de Aragon, y estando á punto de embarcarse en Almería, fue ahogado en el baño por Aben-

Ramin, su gobernador, sin que se sepa el motivo. Destituídos de todo socorro los sitiados, entregaron la plaza bajo la condicion de poder ir á residir donde quisiesen, lo cual les concedió don Fernando.

Acometió al rey una enfermedad, y durante esta encomendó el mando del ejército á su hijo don Alfonso con orden de adelantar las conquistas: el rey moro de Murcia, lleno de temor, le ofreció su reino, reservándose solo el título, la mitad de las rentas y la proteccion de Castilla contra el granadino, que se habia hecho temible. Aceptó el infante esta oferta, y tomó posesion de todas las ciudades y fortalezas, sin que se le resistiesen mas que Lorca, Mula y Cartagena, las cuales fueron tomadas á la fuerza el año 1242. Restablecido don Fernando, dirigió sus armas contra Granada; pero no teniendo suficientes fuerzas para atacarla, marchó sobre Jaen, y en pocos dias se le rindió á pesar de ser la plaza mas fuerte que tenían los infieles. La toma de Jaen, el haberse engrosado considerablemente el ejército castellano con los socorros que enviaron los obis-

pos, las Ordenes Militares y los concejos, y juntamente un plan de operaciones bien concertado, obligaron á Ben-Alamar, gobernador de Granada, á ponerla en manos de don Fernando en 1245, después de cerca de un año de sitio.

Solo restaba á este gran monarca apoderarse de Sevilla para asegurar sus conquistas, á las cuales servia de barrera el Guadalquivir. Sin embargo, era empresa arriesgada, pues Jaraf, su gobernador, la tenia bien fortificada, y por la mar estaba favorecido del rey de Marruecos. Conociendo estos obstáculos don Fernando, pidió al rey de Granada los auxilios con que debía socorrerle como feudatario, y no solamente se los envió, sino que mientras reunia su infanteria, rompió él mismo con quinientos caballos por las tierras de Sevilla, cubriéndolas de estragos. El rey, habiéndolos recibido, atacó luego á Carmona, que se le entregó, con lo cual quedó bloqueada la plaza por tierra: mandó después á su escuadra que batiese á la del marroquí, y habiéndolo hecho con feliz éxito, quedó también la ciudad privada de todo auxilio por mar. No obs-

tante, duró el sitio diez y seis meses, durante los cuales hicieron prodigios de valor su guarnicion y habitantes; y solo se rindieron cuando ya no tenian comestibles ni municiones: hallándose la ciudad abierta por todas partes, capitularon en 22 de diciembre de 1248, de cuyas resultas salieron para Africa seiscientas mil personas, quedando la plaza casi desierta; pero la vigilancia del conquistador la repobló en breve.

Dueño don Fernando de todas las principales plazas del reino de Sevilla, desde el Guadalquivir hasta el Estrecho, y por lo tanto libre de temores, determinó pasar al Asia para coadyuvar con las cruzadas á la conquista de la Tierra Santa; pero se le agravó la hidropesía, que ya hacia algun tiempo le aquejaba, y en 31 de mayo de 1252 murió como verdadero penitente, recibiendo de rodillas sobre un lecho de ceniza con una soga al cuello, y despojado de todas las insignias reales, los últimos auxilios de la Iglesia. Por sus virtudes y zelo en estender y defender la religion católica, mereció ser colocado en el número de los Santos por el pontífice Clemente X, con

sumo regocijo de toda la nacion española (1).
ALONSO X, el Sabio. Heredó Alonso X, rey de Castilla y de Leon, el valor y el zelo de su padre por la estirpacion de los infieles, y asimismo mereció el glorioso renombre de *Sabio* por su amor y aplicacion á las letras. El código de las siete Partidas que compuso para uniformar el sistema legislativo de sus dominios, y otras muchas obras en prosa y verso, prueban que poseia conocimientos muy superiores á la ilustracion de su siglo; pues aunque cometió algunos deslices en el discurso de su vida, en contraposicion de la verdadera sabiduría, no deben estos obscurecer la memoria de un príncipe digno por otros títulos del aprecio de la posteridad.

Por entonces promulgó don Jaime de Aragon (llamado el *Conquistador*) un decreto de espulsion contra los moros

(1) Entre los muchos testimonios que dejó de su gran piedad y amor al catolicismo, no puede menos de citarse el haber erigido el magnífico templo de la santa iglesia catedral de Toledo.
Isla.

valencianos que causaban continuos alborotos. Tenian estos á la sazón sesenta mil hombres armados, y no obstante salieron del reino todos los que no quisieron abjurar el arrianismo. Impacientes los reyes de Granada y Murcia por sacudir el yugo castellano, y auxiliados por el de Marruecos, se insurreccionaron, é hicieron grandes preparativos con el intento no solo de sostener su independencia, sino de apoderarse de toda la península; pero don Alonso retirándose de Sevilla, dejándola antes en buen estado de defensa, envió desde Córdoba algunas tropas para contenerlos, aunque no pudo evitar que por su corto número se apoderasen los sarracenos de casi trescientos pueblos. Imploró despues el auxilio de su suegro don Jayme I de Aragon; y á la primavera de año 1263, mientras las huestes aragonesas se preparaban para invadir á Murcia, entró don Alonso por los dominios de Granada y derrotó á los reyes coligados que salieron á su encuentro. Se hubiera malogrado tan feliz empresa á causa del refuerzo que recibió de Africa el granadino; pero las desavenencias que sobrevinieron entre

sus tropas, y la rebelion de los gobernadores de varias plazas, que haciéndose tributarios del rey de Castilla le ofrecieron sus auxilios, obligó al granadino á sujetarse á don Alonso pagándole anualmente doscientos cincuenta mil maravedis, dándole asimismo sus tropas contra el rey de Murcia con tal que cesase la alianza que tenia con los gobernadores rebeldes.

Eran igualmente felices los progresos de las armas de don Jayme en Murcia; y habiéndosele reunido don Alonso, se apoderaron de esta plaza, sufriendo su monarca igual suerte que el de Granada.

Tan continuas y gloriosas expediciones habian hecho terribles las armas castellanas; pero se hallaba muy exhausto el erario, y los pueblos tan estenuados por los anteriores desembolsos, que no atreviéndose don Alonso á decretar nuevos impuestos, rebajó el valor de la moneda, sin prever las fatales consecuencias que habia de producir una medida tan opuesta á los principios económicos. Creció el precio de los granos en proporcion de la pérdida del nume-

rario, y habiéndose prefijado nadie quiso vender.

Aprovecharonse algunos grandes de la escasez y descontento general de los pueblos, para sostener sus miras ambiciosas; y coligados con el rey de Granada, á cuyo servicio se pasaron á las ordenes del infante don Felipe, hermano del rey, amenazaron invadir á Castilla. Procuró don Alonso transigir aquellas diferencias con la mayor moderacion; pero viendo que eran inútiles cuantas proposiciones les hacia, envió á su primogénito don Fernando de la Cerda con un cuerpo de tropas escogidas, el cual, pasando á Córdoba, pudo conseguir se rindiesen los rebeldes aunque bajo condiciones tan injustas, que á no haber deseado tanto don Alonso el bien de la paz, y llamado su atención otros asuntos, eran absolutamente inadmisibles.

Habiendo muerto el emperador de Alemania Federico II, fue elegido sucesor el rey de Castilla don Alonso, por dos votos mas contra tres que obtuvo Ricardo, conde de Cornwall, y quiso hacer valer su derecho por medio de car-

tas y de embajadores; pero opuesta abiertamente la corte de Roma, que favorecía las pretensiones de Ricardo, arrebataron de sus sienes una corona que por su legítima elección y demás circunstancias le pertenecía.

Murió poco después su competidor, y trató de apaciguar don Alonso las disensiones intestinas para hacer valer mejor sus reclamaciones; pero no solamente no pudo conseguir que los papas Alejandro, Urbano y Clemente IV de sus respectivos nombres favoreciesen su causa, sino que Gregorio X, siguiendo el espíritu de sus predecesores, se declaró por Rodolfo conde de Hapsbourg, y quedó este electo. Insistió sin embargo don Alonso; pero el papa le contestó que abandonase sus pretensiones, prometiéndole en recompensa las indulgencias que podía ganar en la conquista de la Tierra Santa. Por espacio de diez y ocho años fueron continuas las reclamaciones del monarca castellano; y aunque envió algunas tropas á Italia para sostener vigorosamente su causa, y por último se avistó con el papa en Belcayre de Francia, nada consiguió; teniendo al fin que

contentarse con escribir á varios príncipes de Alemania *que no habia desistido ni pensaba desistir de su derecho al Imperio*, y con usar el título de *Electo Rey de Romanos*, á lo cual se opuso tambien el pontífice, mandando al arzobispo de Sevilla que le escomulgase sino se conformaba: mas concediéndole, en caso de que obedeciese, los diezmos eclesiásticos para continuar la guerra contra moros. Desistió al fin don Alonso de un empeño que la prudencia caracterizaba ya de temeraria; y desde entonces quedaron á beneficio del real erario las *tercias reales*, cuya gracia concedió despues perpetuamente Inocencio VIII.

La imprudencia de don Alonso en partir á Francia, dejando espuestos sus dominios al furor de los moros, no podia menos de causar fatales consecuencias; así fue que apenas volvió la espalda cuando coligado el rey de Granada con el de Fez, y reconciliado con los rebeldes gobernadores de Guadix, Málaga y Baeza, se arrojó con formidable ejército dividido en dos cuerpos sobre Ecija y Jaen; acudió á su socorro el adelantado de aquella frontera don Nuño de Lara,

y viniendo á las manos pelearon con sumo denuedo los cristianos; pero la desproporcion de sus fuerzas con las de los mahometanos les obligó á ceder á estos el campo, despues de haberles vendido bien cara la victoria. Esta desgracia aceleró los preparativos del príncipe don Fernando de la Cerda, y juntando apresuradamente la gente que pudo se dirigió ácia la frontera, encargando á todos los concejos y mesnaderos que alistando sus tropas le siguiesen; pero le acometió en Ciudad Real una enfermedad aguda, de que falleció á los pocos dias en el año 1275, recomendando sus hijos y muger á don Juan Nuñez de Lara, hijo y sucesor de don Nuño, rogándole hiciese los mayores esfuerzos para que su hijo mayor don Alonso heredase la corona despues de los dias del rey su abuelo.

El infante don Sancho, hermano segundo del difunto don Fernando, caminaba con tropas desde Burgos á la frontera de Andalucía; pero habiendo sabido el fallecimiento de aquel, se dirigió inmediatamente á Ciudad Real, y supo grangearse tan bien el afecto de los ricos hombres que le reconocieron por sucesor al

trono despues de los dias de su padre, con preferencia á los hijos don Fernando, nietos del rey. Grangeóse igualmente el afecto de don Lope Díaz de Haro señor de Vizcaya, el cual habia concurrido con sus tropas para la defensa comun; y para captarse mas el amor de los vasallos hizo llamamiento de gentes para continuar la guerra, las mandó reunir en Córdoba, aseguró á los pueblos que los socorreria en todo trance, encargandoles que observando los movimientos del enemigo pusiesen en salvo los ganados y demas efectos de consecuencia en caso de riesgo. Pasó á Sevilla, y con el objeto de terminar bien pronto aquella guerra dispuso se situase en el Estrecho una escuadra que interceptase los socorros que llegaban de Africa; pero temiendo el rey de Fez que le cortasen la retirada, se replegó sobre Algeciras. En efecto, la falta de víveres y municiones le obligaba diariamente á regresar á Marruecos, y como sus naves no pudiesen sostenerse contra la escuadra castellana, se hallaba tan apurado que á no haber llegado entonces de Francia don Alonso, hubiera sido indudablemen-

te destruido. Sin embargo, algunas derrotas que habian sufrido anteriormente las tropas castellanas, la muerte del príncipe don Fernando y el deplorable estado del real erario, convencieron al rey de Castilla de que era conveniente conceder algunas treguas á sus pueblos exhaustos de gentes y dinero. Propuso al marroquí un armisticio de dos años, el cual no pudo menos de aceptarlo aunque reservándose las plazas de Algeciras y Tarifa; y el granadino no pudiendo solo resistir á los cristianos dejó tambien aunque con disgusto las armas.

Pasó en seguida á Toledo el príncipe don Sancho, á fin de solicitar de su padre que le declarase inmediato sucesor del trono, escluyendo á los hijos del primogénito don Fernando y doña Blanca de Francia, hija de san Luis: se hallaban estos bajo la tutela de don Juan Nuñez de Lara; pero por haber muerto este pasaron á la de su madre, y rezeloso don Sancho de que la reina doña Violante abogaria por sus nietos, procuró grangearse la voluntad del rey por medio de su confidente don Lope Diaz de Haro. Exageró este al rey los méritos

que en su ausencia habia contraido don Sancho en defensa del reino, y le hizo ver que la nobleza y el pueblo deseaban estremadamente que ocupase el solio. No se atrevió don Alonso á resolver sin consultar á su consejo, por no privar á sus nietos del derecho que pudiesen tener; pero segun el código de las Partidas, y con arreglo á la jurisprudencia romana, los hijos del príncipe que muriese antes que su padre eran llamados á la sucesion y herencia del abuelo. No se atrevieron tampoco los ministros á oponerse á estas opiniones que el rey acababa de proponer; pero el infante don Manuel fue de dictamen que la corona no debia pasar al nieto sino al hijo mayor que quedaba del rey, como si fuese el primogénito. Así lo prevenian las leyes godas, y las Córtes celebradas en Segovia al efecto se conformaron con el dictamen del infante, y juraron por sucesor á don Sancho. Viendo la reina frustradas sus esperanzas trató de poner á salvo la vida de sus nietos contra las asechanzas del tio; los llevó secretamente á Aragon en compañía de su madre doña Blanca, y poniéndolos bajo la pro-

teccion del rey don Pedro III, creyó la sería fácil desconcertar las intrigas del príncipe heredero don Sancho.

Con motivo del fallecimiento del príncipe don Fernando de la Cerda reclamó tambien por dos veces el rey de Francia al de Castilla el dote de doña Blanca, y el permiso para que con sus hijos pasase á Francia, declarando antes heredero presuntivo de sus reinos al mayor de ellos; pero en punto á la primera invitacion, contestó don Alonso que no convenia saliesen de Castilla doña Blanca ni sus hijos donde estaba asegurado el dote, como asimismo que la corona pertenecia á su segundogénito don Sancho; y en punto á la segunda, que se hallaban privados de todo derecho por haber salido de Castilla clandestinamente y sin su permiso. Quiso en ambas ocasiones el frances declarar la guerra, pero no llegó á verificarlo por la mediacion del papa.

Finalizado el armisticio con los mahometanos, y resuelto don Alonso á apoderarse de Algeciras, á cuyo fin mantenía en el Estrecho una fuerte armada para interceptar los socorros que podian venir de Africa, encargó á su hijo el in-

fante don Pedro el bloqueo de la plaza. En efecto, tomó este con tal acierto los puntos de circunvalacion, que reducida al mayor apuro la ciudad, solo se diferia su rendicion por el socorro que Aben-Jucef habia prometido enviar desde Tanger; pero el príncipe don Sancho comandante de la escuadra, cometió la imprudencia de enviar á su madre los caudales destinados para su manutencion, y la tripulacion hambrienta, desnuda y enferma tuvo que saltar á tierra: aprovechóse el marroquí de estas circunstancias, y armando catorce galeras que tenia en Tanger, quemó y echó á pique cuantas naves cristianas se le presentaron y socorrió la plaza. Siendo ya inútil la continuación del sitio por tierra, y habiéndose introducido la desercion en el ejército, tuvo que retirarse precipitadamente, dejando en manos del enemigo los pertrechos de guerra; de manera que hallándose don Alonso sin armada ni soldados, se vió obligado á transigir con Aben-Jucef para no perder sus derechos á las *tercias*.

Continuaban todavia las negociaciones á fin de que regresasen á Castilla la

reina doña Violante y los infantes de la Cerda: consiguíose la venida de aquella; pero en cuanto á estos, no quiso entregarlos el rey de Aragon, y solo se obligó á no dejarlos pasar á Francia. Repitió esta potencia sus pretensiones á cerca de la sucesion de los infantes Cerdas; y á pesar de las instancias de los papas sostenia que si no se anulaba la jura de don Sancho, ó se dividian los reinos de Leon y de Castilla entre él y el hijo mayor de don Fernando, recurriria á cuantos arbitrios le proporcionase su poder. Siendo pues ya imposible convenirse por medio de embajadores, determinaron avistarse ambos monarcas: trataron del asunto con el mayor teson, y ya consentia el frances en que don Alonso fuese solo reconocido rey de Jaen, feudatario de Castilla; pero no condescendiendo el castellano en enagenar cosa alguna por el influjo del príncipe don Sancho, quedaron las cosas como estaban.

Retiróse el rey de Francia, encargando encarecidamente al de Aragon protegiese á los infantes Cerdas; lo cual era escusado, pues le interesaba mucho conservar en su poder estos rehenes. El

príncipe de Castilla; temeroso de que favoreciese la causa de los Cerdas, se veía precisado á sostener la amistad con el aragones; y este necesitaba igualmente la alianza del castellano, pues tenía con él un poderoso enemigo que oponer á la Francia, si le perjudicase en sus pretensiones sobre la posesion de la Sicilia, oprimida por los franceses. Bajo este concepto, puso á los infantes en el inespugnable castillo de Játiva, é hizo un tratado de alianza ofensiva y defensiva en 1281 con el rey de Castilla y el príncipe su hijo, bajo la responsabilidad de veinte y cinco mil marcos de plata que pagaria el que primero violase el pacto. Así se publicó; pero secretamente se coligaron contra la Navarra, con ánimo de dividirla entre sí; y aun el príncipe don Sancho le cedía su parte, con tal que al fallecimiento de su padre le favoreciese en la sucesion al reino. Con semejante encadenamiento de circunstancias no es de admirar hiciese tan pocos progresos la causa de los Cerdas.

No habia olvidado aun don Alonso la catástrofe de su ejército y armada en Algeciras, de la cual habia sido su hijo

el autor; pero en vez de descargar su cólera sobre este, reconvino á don Zag de la Malea por haber entregado el dinero á don Sancho sin darle parte antes, y con tan especiosos cargos fue preso y condenado á muerte. No satisfecho todavía quiso hacer ver que su enojo se extendia contra el verdadero delincuente, y mandó arrastrar al miserable por delante de la habitacion del príncipe. Quiso este libertarle; pero no pudiendo verificarlo, juró vengar una muerte tan injuriosa á su persona. Estaban disgustados los pueblos por el empeño que tenia don Alonso en hacerles admitir el código de las Partidas; y la nobleza por su parte que preveia las disensiones que iban á sobrevenir por la cesion que don Alonso habia resuelto hacer del reino de Murcia en el infante de la Cerda, apoyaba á don Sancho confiando en sus palabras; finalmente la sangre del infante don Felipe y la del señor de los Cameros, ajusticiados sin saberse la causa, exigian una pública satisfaccion. Abandonaron todos á don Alonso, y el partido del príncipe se hacia diariamente mas respetable, pues ademas de los nuevos

parciales que se le reunian, habia sabido conservar la alianza con Aragon, Portugal y Granada. Aunque no ignoraba don Alonso todas estas intrigas no podia persuadirse que amenazaban tan de cerca á su autoridad; y con el designio de mantener la paz solicitó avistarse con su hijo para satisfacer sus quejas: mas este no solo detuvo á los embajadores de su padre, sino que reuniéndose en Valladolid sus partidarios le reconocieron por su rey, obligándose á sostener en su nombre los castillos y fortalezas, y á contribuirle con las rentas reales. En vano repitió don Alonso sus oficios de paz, ofreciendo al príncipe partidos ventajosos; pues este solo queria reinar y á nada condescendió. Desengañado el rey de que era preciso apelar á la fuerza, y no teniendo la suficiente para hacerse obedecer y no ser destronado, imploró el auxilio del papa, y de Francia, Aragon, Portugal, Granada y Marruecos; mas todos le desampararon á escepcion del papa que le socorrió con censuras eclesiásticas, y del marroquí que le envió algun dinero y varias naves bien tripuladas; pero aun de este último auxilio

fue privado, porque circulando la voz de que el moro solo venia con el desig- nio de atacar á Castilla, se resintió el marroquí y repasó el Estrecho con su gente. Sin embargo, las amonestaciones del papa y de los obispos, que amenaza- ban con las penas espirituales á todos los que no fuesen fieles á don Alonso, no solo fueron causa de que se aumentase el partido de este, sino que se redujeron á su deber los principales caudillos de la sedicion, y una multitud de pueblos. Convocó el rey sus Cortes en Segovia, y haciendo ver los agravios que habia re- cibido de su hijo don Sancho, fulminó contra él su terrible maldicion y le des- heredó; pero aterrado el príncipe busca- ba ya medios para alcanzar el perdon de su irritado padre, cuando este falleció en Sevilla á 4 de abril de 1284.

SANCHO IV. Algunos aseguran que don Alonso revocó á la hora de su muerte el testamento, nombrando por sucesor á don Sancho; pero lo cierto es que este fue aclamado por todos los pueblos, prestándole obediencia aun los que se habian mantenido por su pa- dre, y que su hermano el infante don

Juan tuvo que abandonar el proyecto que habia formado de quedarse con Sevilla y Badajoz, que por la primera disposicion testamentaria del rey difunto le pertenecia.

Resentido el rey de Marruecos al ver desairadas las proposiciones de paz y amistad que hizo á don Sancho, por una respuesta descortes é intempestiva que le dió éste, pasó el Estrecho con gruesa armada, sitió á Jerez y cubrió de estragos la comarca de Sevilla. Preparábase don Sancho á resistirle cuando recibió un mensage del rey de Francia solicitando no prestase auxilios al de Aragon en la guerra que aquel sostenia para despojarle de sus estados, pues habia merecido la escomunion del papa por sus pretensiones á la Sicilia, y se hallaban adjudicados por él mismo sus dominios á Cárlos de Valois. Necesitaba don Sancho la alianza del aragones por temor á los Cerdas, pero la guerra de Andalucía le impedia enviarle socorros; y deseando contener un poco la tempestad despidió con una respuesta equívoca á los embajadores, ofreciendo embiar otros á Francia para discutir este asunto. No

logró por este medio deslumbrar al frances, pues este sin aguardar la nueva embajada introdujo un ejército de cien mil combatientes por el territorio aragonés, y presentándose delante de Gerona, puso la plaza en el mayor conflicto. Exhausto de fuerzas el rey de Aragon para hacer frente á su enemigo, reclamó de don Sancho los auxilios estipulados; mas este se escusó con el sitio de Jerez y correrías de los moros andaluces. Poco satisfecho el aragones, disimuló por entonces su resentimiento y procuró resistir, aunque solo, á los esfuerzos de su contrario. Falleció poco despues sucediéndole su hijo don Alonso III; y temeroso el rey de Castilla de que finalizada la guerra de Francia vengaria á su padre, sosteniendo las pretensiones de los Cerdas, pidió se los entregase, asegurándole continuaria en su alianza como hasta entonces, pero por la respuesta vaga que obtuvieron sus embajadores, conoció que amenazaba un rompimiento. No podia por otra parte solicitar la amistad de la Francia sin chocar con el aragonés; y siéndole igualmente necesario conservar la de este, dudaba cuál de las dos alianzas podia

serle mas útil, por lo que celebró Cortes en Alfaro, á fin de que en ellas se deliberase sobre este negocio.

Se decidió la mayoría por la de la Francia; pero tuvo la satisfaccion don Sancho de ver vengada la insolencia de don Lope Diaz de Haro, que ya trataba como enemigos los estados de su favorecedor, teniendo la osadía de presentarse en el consejo y de abogar por el aragonés en contradiccion de la reina, de los prelados y de todo el consejo real: irritado don Sancho de este proceder, se salió de la sala, tomó conocimiento del número de tropas que habia llevado, preparó las suyas, y volviendo á entrar, intimó á don Lope se entregase preso; la respuesta de este fue gritar á los suyos y dirigirse con un cuchillo hácia donde estaba el rey; pero interponiéndose la guardia le cortaron de un tajo la mano derecha, y cayó muerto de un golpe de maza. El infante don Juan, amigo y compañero en las maldades de don Lope, solicitó con otro puñal abrirse paso y logró herir con él á algunos; pero hubiera muerto indudablemente á no acojerse al regazo de la reina, y le

condujeron preso á Burgos. De este modo recobró don Sancho las fortalezas y castillos que le tenia usurpados don Lope.

La viuda de éste hizo tomar las armas á su hijo don Diego Diaz de Haro, y con mucha gente pasaron á Aragon en solicitud de la libertad de los Cerdas, lo que consiguieron inmediatamente pues el aragonés solo deseaba vengarse del castellano. Aclamaron rey de Castilla y Leon á don Alonso, el mayor de los infantes Cerdas, y por influjo de don Diego contrajeron los dos Alfonsos la mas estrecha alianza; pero se acabó el resentimiento por la muerte de don Diego, acaecida poco despues.

Como no tenia otro apoyo don Alonso de la Cerda que el rey de Aragon, y este no podia auxiliarle por hallarse ocupado en la guerra de Francia y de Sicilia, se encontró hecho rey, pero sin corte, estados ni tropas para mantener su autoridad. Reclamó sin embargo la proteccion del aragonés, haciéndole promesas no despreciables *si le ponía en posesion de los reinos de Castilla y Leon que su tio don Sancho le tenia usurpados;* y movido del interes, se apresuró el rey

de Aragon á sufocar las divisiones intestinas, y marchó con un poderoso ejército contra don Sancho: salió éste á su encuentro con fuerzas tambien respetables; pero cuando parecia que iba á haber un combate general, se redujo todo á algunos retos y correrías de ambas partes.

Murió de allí á poco don Alonso de Aragon; y el infante de la Cerda suplicó igualmente á su sucesor don Jayme II que defendiese sus derechos: mas el prudente don Jayme tuvo por mas oportuno confederarse con el rey de Castilla, enemigo temible por su alianza con la Francia, que esponer su reputacion al éxito dudoso de una guerra voluntaria. Don Sancho participó al rey de Francia su concordia con el aragonés, y consiguió conciliar por algun tiempo las dos potencias.

A pesar de la moderacion y prudencia con que gobernaba don Sancho, no habia podido aun extinguir el fuego de la sedicion, la cual hacia vacilar sobre su cabeza una corona violentamente adquirida. Debia el infante don Juan su libertad á su generoso hermano; pero como no poseia nobles sentimientos, ja-

mas abandonó sus pretensiones, se unió á los Laras y empezó á fomentar la insurreccion, si bien don Sancho logró atajarla en sus principios y don Juan tuvo que refugiarse en Portugal. Su rey don Dionisio le despidió de aquellos estados á ruego de don Sancho, y dirigiendose á Francia, un viento contrario le condujo á Tanger; pero aun de este acontecimiento supo sacar partido su genio revoltoso: logró persuadir á Aben-Jucef que venia á su servicio, y éste, que premeditaba invadir á Castilla, dió á don Juan el mando de cinco mil caballos para atacar á Tarifa. Defendia esta plaza don Alonso Perez de Guzman el Bueno, el cual rechazó con denuedo los terribles asaltos de los sitiadores: conociendo el infante la dificultad de la empresa, y sabiendo que don Alonso habia hecho llevar de Tarifa á un pueblo cercano á su hijo único, niño de pocos años, por no esponerle á los peligros del bloqueo, dispuso que se le llevasen al campo, y participasen á su padre que si no entregaba la plaza pereceria el niño al filo de su espada; mas el noble don Alonso, haciéndose superior á los

sentimientos de la naturaleza, no vaciló un momento: se asomó á la muralla, y asegurando al infante que defenderia á Tarifa hasta exhalar su último aliento, “no tengo mas que un hijo, añadió, pero le amo demasiado para que su vida sea premio de una vileza, y si como no es mas que uno fuesen muchos, á todos los sacrificaria gustoso por mi patria y por mi honor: así pues, infante don Juan, si en ese campo falta cuchilla para inmolar la víctima, ahí está mi acero:” arrojó su espada al campo y se retiró á comer tranquilamente; pero una extraordinaria gritaria que sobrevino en el campamento llamó de nuevo su atencion, y corriendo á los adarves presenció el asesinato de su inocente hijo; mas llevando hasta el extremo su heroismo: “no es nada, prorumpió regresando á los suyos, creí que era otra cosa, imaginé que los enemigos escalaban el muro...” y se volvió á la mesa. Confundidos los mahometanos al ver tal grandeza de ánimo, el cual hacia inútiles sus tentativas, levantaron el sitio, repasaron el Estrecho y el infante se retiró á Granada.

Disponiase el rey don Sancho para

el sitio de Algeciras; mas no siendo suficientes las fuerzas de la plaza para defenderla, ni pudiendo Aben-Jucef socorrerle por entonces, mandó á su gobernador que la cediese al rey de Granada, y privados los africanos de este puerto, cesaron sus piraterías por las costas españolas. Ocurrió la muerte de don Sanchó en 26 de abril de 1295, dejando por sucesor á su hijo don Fernando que solo contaba nueve años, encargando su tutela á su esposa doña María Alfonsa de Molina. Por la constancia y grandeza de ánimo que manifestó en todas sus empresas mereció el sobrenombre de *Bravo*; pero su ambicion y el haber atropellado las obligaciones filiales le privó del de *Virtuoso*.

FERNANDO IV. Son por lo comun fatales al estado las menores edades de los reyes; pero en España ninguna lo fue mas que la de Fernando IV, rey de Castilla y de Leon. Despedazaban el vasto cuerpo de la monarquía cuatro distintas facciones, sin contar la de la reina gobernadora: dos de ellas disputaban al rey niño la corona pretestando ser ilegítimo su nacimiento, nulo el matrimonio

:

de sus padres, y tratando de usurpador al rey difunto: las otras dos se oponian al gobierno de la reina, que aunque sabia y virtuosa, ni por el sexo, ni por las fuerzas se hallaba en estado de hacerse temer ni escuchar. La primera faccion que se quitó la máscara fue la de don Alonso de la Cerda, cuyo derecho incontrastable estaba sostenido por los reyes de Francia, Aragon y Granada. Fue coronado rey de Castilla y Leon, y como tal le reconocieron todos sus parciales. Descubrióse después el partido del infante don Juan, y apoyado por el rey de Portugal fue aclamado rey de Leon, de Galicia y Sevilla. Siguióse la parcialidad de la mayor parte de los grandes, que intentando una especie de revindicacion pretendian el gobierno como privilegio privativo de la grandeza. Se oponia á esta la del infante don Enrique, tio del rey niño, que en virtud de esta prerogativa alegaba tocarle el gobierno del reino con preferencia á todos los demas, y obligó á las Córtes del reino, convocadas en Valladolid, á que le reconociesen por gobernador. La reina madre inclinándose en la aparien-

cia al infante, y haciendo modestia de la necesidad, renunció el título á su favor; pero aunque se despojó del gobierno en el nombre, se quedó con él en el ejercicio.

Creer que á todos estos partidos les animaba el zelo del bien común, sería hacerles demasiado favor, faltando á la verdad que debe ser compañera inseparable de la historia. Ninguno era gobernado por otro impulso que su interés, ni atendia á otro fin que el de su exaltación; todos se presentaban armados sin otra caja militar para el sustento de las tropas que la libertad y el pillaje. La neutralidad era un delito irremisible en todas las facciones, y al que se declaraba por un partido, el contrario le declaraba por enemigo de la patria. Caminaba la monarquía á su infalible ruina precipitada por esta confusion universal, si el cielo, que tan visiblemente la habia protegido en otras ocasiones, no hubiera adelantado el auxilio que la preparaba. Descargó la Divina Providencia el hambre y la peste sobre los ejércitos de todas las facciones, y no se necesitó mas para que desapareciesen.

Era la reina madre una de aquellas grandes almas, extraordinarias y capaces, que el sexo femenino concede de tiempo en tiempo; y no solo supo mantenerse en medio de tantas turbaciones, lo que sería bastante para acreditar su sagacidad, sino que halló modo de quedar superior á todas ellas, que fue un gran rasgo de su esquisita prudencia, valiéndose oportunamente de la inaccion á que la miseria y las enfermedades epidémicas habian reducido los ejércitos facciosarios; introdujo en todos la negociacion, y consiguió con ella ganar su confianza. Desarmó á Dionisio, rey de Portugal, proponiéndole el matrimonio de don Fernando con su hija la infanta doña Constanza, y el de la hermana de don Fernando con el infante heredero de Portugal, dotando á la infanta de Castilla con la plaza de Olivenza y algunas otras. No la fue tan fácil contentar la ambicion desmedida de los grandes; pero empeñada en reducirlos á cualquier precio, les concedió cuanto pedian, con intencion de volverselo á quitar siempre que se presentase ocasion. La mayor dificultad consistia en satisfacer las

ambiciosas miras del infante don Enrique; pero habiendo muerto éste cuando se negociaba su composicion, se desvanecieron todos los obstáculos. La Francia habia retirado sus tropas, y el rey de Aragon, único apoyo de las pretensiones de don Alonso de la Cerda, estaba ya cansado de mantener aquella guerra. Ganó la reina madre su confianza, apelando de la fuerza de sus armas á la de su razon, haciéndole juez árbitro con el rey de Portugal para que decidiesen aquella diferencia. Conociendo los dos monarcas la imposibilidad de destronar á Fernando, le adjudicaron unánimemente la corona, señalando á don Alonso muchas ciudades y lugares para que viniese con el esplendor correspondiente á su elevado nacimiento. Aunque don Alonso reclamó contra esta sentencia por parecerle injusta, contemporizó despues y volvió de Francia á España con el príncipe don Luis, su primogénito, dejando allí á don Juan, su hijo segundo, que fue conde de Angulema y condestable. Mientras la reina madre restableció la paz, salió el infante don Fernando de su menor edad, y habiendo

bebido desde su infancia las máximas de una política dulce y apacible, le costó poca violencia recibir con bondad á las cabezas de los mal contentos; culpó á los tiempos de las calamidades públicas, y los perdonó con tanta generosidad, que de súbditos inquietos hizo unos vasallos fieles y zelosos de su servicio, de lo cual dieron relevantes pruebas en la guerra que emprendió don Fernando contra los moros finalizadas las inquietudes civiles. Tomáronse á los infieles las plazas de Bedmar, Quesada, Gaudente y Gibraltar, aunque la conquista de esta última fue demasiado costosa por haber perdido en ella al célebre don Alonso Perez de Guzman el Bueno, que murió heroicamente combatiendo en el campo de la gloria.

Era el rey valiente, afable, grato, clemente y justo; pero demasíadamente pronto en los primeros arrebatos de indignacion que le causaban los delitos. Hallábase en Martos, cuando supo que estaban allí dos caballeros hermanos llamados los Carvajales, gravemente iniciados de haber cometido cierto asesinato á la puerta del palacio real de Palen-

cia; y el rey, sin mas pruebas ni procesos los hizo prender y condenó á ser arrojados desde una elevadísima peña; reclamaron los infelices su derecho á ser oídos en justicia, pero se les negó este consuelo y sufrieron la pena protestando su inocencia y emplazando al rey para que dentro de treinta dias compareciese en el tribunal del Juez Eterno á responder de su injusticia. Al cumplirse el plazo, se halló muerto en su cama al rey, que ya anteriormente se sentia indispuesto, y confirmándose en la opinion pública la inocencia de los dos hermanos, dejó al don Fernando el sobrenombre del *Emplazado*. Falleció en 7 de setiembre de 1312 á los veinte y cuatro años de edad.

ALONSO XI. Aclamado el niño don Alonso XI, cuya edad á la sazón era de poco mas de un año, salieron á la pretension de la regencia cuatro partidos contrarios, cuyas cabezas eran dos tíos del rey niño, su abuela y su madre. Renovaronse los mismos desastres que en el reinado precedente. Todos deseaban apoderarse de la persona del príncipe, como el único medio para dar des-

pues la ley y hacerse obedecer de las Cortes; pero le habia retirado la reina á Avila bajo la custodia del obispo don Sancho, y fueron infructuosas cuantas tentativas hicieron al efecto. Celebráronse finalmente Cortes en Palencia á fin de restablecer la tranquilidad, y propuso la reina que se confiriese la tutela y gobierno á los dos infantes; mas como las ciudades estaban divididas, é igualmente sus procuradores, no les fue posible convenirse, hasta que convocadas nuevamente las Cortes en Burgos en 1315 se prestaron gustosas á esta resolucion. Sosegadas las turbulencias interiores se encargó el infante don Pedro, con fuerzas respetables, de contener á los moros granadinos que asolaban las fronteras; y las primeras acciones quedaron señaladas con otras tantas victorias. Debia don Juan auxiliarle con tropas y dinero para sostener la guerra; pero envidiando la gloria de su rival, se desentendió, y tuvo la reina doña María que prometerle la mitad de las tercias eclesiásticas concedidas á don Pedro por el papa Juan XXII, para empeñarle á tomar parte en la guerra. Dirigiéronse los dos

infantes á la frontera, acaudillando sus respectivos tercios, tomaron por asalto varias plazas, y se presentaron intrépidamente á vista de Granada; pero los ardores del estío les obligaron á retirarse, y acometidos entonces por los moros fueron arrollados y muertos los dos gefes en la refriega. Por su muerte volvió la discordia á soplar el amortiguado incendio de las guerras civiles. So pretesto de que la reina no podía por sí sola sostener el peso del gobierno, se erigió en tutor y gobernador absoluto el Adelantado de Murcia don Juan Manuel, el cual obtuvo el voto de algunas ciudades. Opúsose el infante don Felipe, hijo de la reina abuela, y estuvieron próximos á batirse; pero la reina logró impedirlo, haciendo que repartiesen entre sí el gobierno, como lo habian hecho anteriormente los infantes don Juan y don Pedro. Aparecieron poco despues otros dos poderosos competidores: don Juan el *Tuerto*, hijo del infante don Juan, y don Fernando de la Cerda, obtuvieron aunque separadamente casi á un mismo tiempo el nombramiento de tutores por la ciudad de Burgos y su

consejo: reuniéronse despues, y dueños de Burgos y una gran parte de Castilla, resolvieron no obedecer ninguna orden del soberano: por otra parte las ciudades de Andalucía que habian elegido á don Juan Manuel le abandonaron repentinamente y nombraron al infante don Felipe, y diariamente se mudaba de partido entre los cinco tutores. Duraron estas inquietudes dos años, y al fin de la segunda campaña quedó el gobierno por la reina doña María, abuela del rey; pero esta virtuosa señora, rendida á las dolencias inherentes á su avanzada edad, y agravadas por una continuá serie de aflicciones, falleció en Valladolid el año 1321, encomendando la persona del rey, su nieto, á los caballeros ricos hombres y concejo de aquella ciudad.

Esta desgracia atrajo la confusión en el sistema gubernativo, y los desordenes llegaron á lo sumo. Como no habia tutores por nombramiento de las Córtes, sino por el de algunas ciudades, estas mudaban á su arbitrio de tutor á la menor sugestion de cualquiera de los competidores, los cuales solo aspiraban

á despojarse mutuamente, y por espacio de cuatro años se vieron los caminos llenos de salteadores y asesinos que atacaban impunemente la seguridad y propiedad de los ciudadanos, aun en el recinto de sus habitaciones, siendo preciso repeler las violencias con la fuerza. Cumplió el rey por fin los catorce años de edad, hizo declarar su mayoría, y los tutores se vieron precisados á renunciar solemnemente un cargo que enmascaraba su ambicion.

Empezó á restablecerse el orden con la prudencia del rey; y temerosos don Juan Manuel y don Juan el *Tuerto* del castigo que les amenazaba por haber sido los principales revoltosos, renovaron en el pueblo de Cigales su antigua alianza, estrechando mas los vínculos formados por el espíritu de partido con el enlace de don Juan el *Tuerto* y doña Constanza hija de don Juan Manuel. Previó el rey las funestas consecuencias de tan poderosa coalicion; y ya que las circunstancias no le permitian recurrir á la fuerza para sujetarlos, se valió de la política con el objeto de enemistarlos. Remitió un mensaje á don Juan Manuel,

pidiéndole con el mayor sigilo á su hija por esposa; y este ambicioso, tan mal caballero como infiel amigo, lisonjeado con la dicha de ver á su hija ocupar el trono de Castilla, y esperando tener mayor influencia en el gobierno, abrazó la propuesta, faltando á su palabra y juramento. Aunque se celebró el matrimonio, no llegó á consumarse por la corta edad de la novia; y el burlado don Juan el *Tuerto*, deseoso de vengar este agravio, se acogió á la proteccion de don Jayme de Aragon, solicitó la mano de su nieta doña Blanca, reanimó á don Alonso de la Cerda, y se confederó con el rey de Portugal. Tales alianzas amenazaban á Castilla con una nueva guerra civil; y don Alonso, que aun no habia podido restablecer totalmente la tranquilidad en sus estados, y se hallaba con muy pocos recursos para oponerse á tan poderosos enemigos, tuvo que recurrir á la prudencia para desarmar á lo menos al rebelde don Juan. So color de transigir sus diferencias y convinar los planes de la guerra proyectada contra los moros, le hizo llamar á Toro, mas se escusó éste temiendo fuese un pretesto pa-

ra deshacerse de el: el rey se valió entonces del engaño para conseguir lo que no habia logrado con la política, y despachándole un salvo conducto que disipó sus temores, consiguió se presentase en Toro, acabando de tranquilizarle el amistoso acogimiento que le hizo. Sin embargo, al dia siguiente fue asesinado á la entrada del palacio y dos caballeros que le acompañaban. Aunque era digno don Juan de un severo castigo, no está en el orden de la justicia, ni es propio de la magestad de un monarca un asesinato tan premeditado.

Apenas llegó la noticia á don Juan Manuel, que debia temer igual suerte, aunque emparentado con el rey, abandonó el adelantamiento de la frontera de Andalucía, y se refugió en la fuerte plaza de Chinchilla. Tenia entonces don Alonso emprendida guerra contra Granada, y las fuerzas del adelantado le hacian suma falta; pero aunque le envió á llamar se negó abiertamente, dejandose decir que pensaba unirse con el granadino. En castigo de su criminal desobediencia, ó tal vez porque el amor no habia tenido parte en su enlace con do-

ña Constanza, repudió el rey á esta; y admitiendo la propuesta del rey de Portugal, se casó con su hija doña María. Deseoso don Juan Manuel de vengar la afrenta de su casa, se confederó con los reyes de Aragon y Navarra, causando infinitos males con semejante coalicion; y habiendo mandado el rey á su confidente Garcilaso de la Vega, Justicia mayor de su casa, con otros caballeros á Soria para que reclutasen algunas tropas, conduciéndolas á la frontera contra los africanos y las gentes de don Juan Manuel, seducidos tal vez por este los sorianos, sorprendieron á Garcilaso y sus compañeros oyendo Misa, y los asesinaron impunemente.

Resolvió el rey vengar semejante exceso; y no dando oídos á las amonestaciones del papa, principió á asolar los pueblos de don Juan, y este igualmente los del rey; transformando ambos los pueblos en tristes esqueletos descarnados. Las ciudades de Valladolid, Toro, Zamora y otras se declararon contra don Alonso, tomando por pretesto para tan odiosa accion la privanza que disfrutaba don Alvaro Nuñez de Osorio, conde de

Trastamara (1), y aunque el rey hacia castigos ejemplares en los rebeldes que caian en su poder, impedia esta misma severidad que se rindiesen los demas.

Aunque infructuosamente, tuvo al fin el rey que tratar de reconciliacion; pues habiendo recibido el granadino nuevas tropas de Albohacen rey de Marruecos, y engrosado considerablemente su ejército, no podia tener por mas tiempo divididas sus fuerzas, ni resistir á tantos enemigos. En efecto, ya se habian apo-

(1) La casa de Altamira tuvo la gloria de haber dado á España en la persona de don Alvaro Nuñez de Osorio, su heróico ascendiente, el primer conde que con este título; y con dignidad dependiente, se reconoció en Castilla. Hallándose el rey en Sevilla, hizo á don Alvaro, conde de Trastamara, de Lemus y de Sarria, siendo digna de notarse la ceremonia con que se instituyó esta dignidad: echáronse tres sopas en un vaso de vino; mandó el rey al privado que tomase primero la suya, y resistiéndose este con respeto, repitió el monarca por tres veces la misma instancia, despues de lo cual tomó la primera sopa, y don Alvaro la segunda, concediendo á este privilegio para encender hogueras y poner caldera en campaña, y ademas pendon con insignias particulares; siendo en seguida reconocido y aclamado conde por todo el ejército. *Isla.*

derado los africanos de Algeciras; y poco despues se les rindió Gibraltar por la traicion de su alcaide Vasco Perez de Meyra, el cual tenia la guarnicion hambrienta, desnuda y desprovista de todo. No se atrevió á partir don Alonso en su socorro por no abandonar la Castilla al furor de don Juan Manuel y demas rebeldes; pero al fin marchó, y aunque ya eran dueños de la plaza los mahometanos, determinó á toda costa reconquistarla. Lo hubiera conseguido, pues fueron tantos los asaltos y el valor con que se dieron, que abierta por todas partes no podia ya oponer resistencia; pero se introdujo el hambre y la desercion en el ejército castellano, y tuvo el rey que admitir las proposiciones de paz que por la proximidad del invierno y las turbulencias del reino de Granada le hicieron los moros, abandonando un sitio que ya le era imposible continuar. Volvió inmediatamente á Castilla resuelto á acabar con los rebeldes; y viéndose estos en breve desamparados de sus principales cabezas, despojados de las plazas y fortalezas que tenian y aterrados con los terribles castigos que imponia el rey á

cuantos cogia, imploraron el perdón de la bondad de don Alonso, abandonando sus proyectos; y éste aparentando creer su arrepentimiento, les concedió un indulto general, por el cual volvieron á su servicio. Por el mismo tiempo renunció espontáneamente don Alonso de la Cerda todos sus derechos á la corona de Castilla; y habiéndose restablecido totalmente la paz, dirigió el rey sus armas contra Portugal, á fin de tomar satisfaccion de su monarca por haber patrocinado á los caballeros rebeldes. El saqueo de un gran número de pueblos, y el sangriento combate que en las aguas del Océano ganó la armada castellana á las ordenes de don Alonso Jofré Tenorio sobre la escuadra portuguesa, le obligaron á solicitar un armisticio. Mediaron para la reconciliacion el papa y el rey de Francia, y accedió don Alonso por tener que atender nuevamente á la guerra de Granada, en vista de los preparativos que hacia el rey de Marruecos para renovarla.

Por otra parte la paz ajustada en el sitio de Gibraltar no era mas que una tregua que debia terminar á los cuatro

años; y habiendo estos transcurrido, hacia tambien Albohacen formidables aprestos de galeras y tropas, con el designio al parecer de reconquistar toda la España. Era muy perjudicial á los reyes de Aragon y Castilla la comunicacion que tenia el marroquí con el granadino; y por lo tanto para interceptarla reunieron sus escuadras y las apostaron al paso. Bloqueados por este medio los africanos que habian desembarcado, pues por tierra tenian tambien á la vista un ejército que, aunque inferior en número, era formidable por su valor y disciplina, empezaron las hostilidades por pequeños combates en que fueron siempre vencidos los sarracenos. Abomelic, hijo de Albohacen y general de la expedicion, juzgó necesario hacer una salida para escarmentar á los cristianos; y moviendo sus huestes hácia Jerez amenazó apoderarse de Alcalá de los Gazules, jurando no dejar en toda la frontera un solo cristiano. Quiso desde luego tomar la plaza de Lebrija, donde estaba el acopio de víveres para el ejército castellano, y mil quinientos caballos que despachó le parecieron sobradas fuerzas para la empresa;

pero noticioso del proyecto el alcaide de Tarifa don Fernando Perez Portocarrero, convocó las gentes y mesnadas de aquel sitio, y no solo defendió la villa con sumo denuedo, sino que obligó á retirarse á los moros, salió en seguida de la plaza con sus tropas, consiguió cortarles, y acometiendoles con furor los dejó casi todos muertos en el campo de batalla.

Victorioso el ejército castellano creyó hallarse en disposicion de medir sus fuerzas con el mismo Abomelic; y alcanzando á este en la vega de Pagana, cerca del rio Patute, sorprendió su campamento al amanecer, y se empeñó el combate con quinientos ginetes sarracenos que despertaron á los gritos de *Santiago, Santiago*. Ni la gritería de los combatientes, ni el ruido de las armas ni los lamentos de los heridos, fue suficiente para sacar al resto del ejército africano del sueño profundo en que se hallaba; y habiendo perecido los que sostenian la accion, entraron los cristianos en los reales y mataron y destrozaron cuanto se les opuso: los que salvaron la vida se refugiaron en Algeciras y en los montes comarcanos; y el mismo Abomelic se ha-

lló abandonado de los suyos, sin caballo y cubierto de heridas: se ocultó en una maleza al lado de un arroyuelo fingiendo estar muerto; pero un soldado castellano, advirtiéndole que respiraba, le atravesó con su lanza sin conocerle.

Inconsolable el rey de Marruecos por la muerte de su hijo, juró vengarla: reforzó al efecto las plazas de Gibraltar y Algeciras con nuevas tropas, sin que pudiesen evitarlo los almirantes de Aragón y Castilla; y estando seguro de que la escuadra castellana no podía oponersele por habersé retirado la aragonesa con motivo de haber perdido su gefe en una pequeña refriega, fondeó en Algeciras á favor de la noche con ciento cincuenta buques de guerra bien equipados. En vano le hubiera disputado el paso la armada castellana, compuesta solo de veinte y siete naves; y conociendolo su almirante Jofré, solo trató de conservar la ventajosa posición que ocupaba; pero este rasgo de prudencia fue tachado ante el rey de delito y cobardía, y el valiente Jofré para vindicar su honor marchó contra los bajeles enemigos, los acometió con sumo valor, y á pesar de la

desproporcion de fuerzas no pudieron apoderarse los africanos de la nave almiranta aunque estaba luchando largo rato sola contra cuatro marroquíes, hasta que él y su animosa tropa fueron muertos sobre la cubierta, estando ya las demas naves abandonadas ó echadas á pique.

Hallándose el rey de Castilla sin escuadra, y habiendo desembarcado en España mas de doscientos mil africanos, era casi inevitable la pérdida de toda la península: lo conoció don Alonso, pidió socorros á los reyes de Portugal y de Aragon, reparó algunas naves que se habian salvado del anterior combate, y tomando á sueldo quince galeras genovesas, consiguió apostar en el Estrecho una escuadra, que si bien no era fuerte, á lo menos impedia que hiciesen mas progresos los moros.

Entre tanto se coligó Albohacen con el rey de Granada, y para asegurar libre el camino á los comboyes que le venian de Africa, puso sitio á Tarifa. Defendieronse los sitiados con tanto valor, que dieron tiempo á ser socorridos por los reyes de Castilla y Portugal con un ejército de doce mil infantes y ocho mil ca-

ballos. Levantaron el sitio los sarracenos inmediatamente; pero ocuparon un cerro próximo, resueltos á esperar á los cristianos en tan ventajosa posicion. Separaba los dos ejércitos el pequeño rio Salado, que era preciso vadear á no ocupar un puente resguardado por un destacamento de dos mil quinientos caballos; pero atacándolo animosamente con ochocientos hombres dos caballeros hermanos llamados Lasos de la Vega, lograron ponerlo en fuga, franqueando el paso á las demás tropas, y se empezó la accion por ambas partes con el mayor encarnizamiento. Un pequeño destacamento de cristianos que se separó de la batalla, dió vuelta á unas colinas, y arrojándose impetuosamente sobre el cuartel de Albohacen aterraron á los moros que le custodiaban: huyeron estos precipitadamente hácia Tarifa: salió á su encuentro la guarnicion de la plaza, y acometiéndolos con denuedo fueron hechos pedazos. El rey de Castilla atacó el ala derecha de Albohacen, y flanqueándola la desordenó: presurosos los fugitivos por guarecerse en los reales, cayeron bajo la cuchilla de los cris-

tianos, que despues de haberlos ocupado bajaban por el cerro precedidos de la muerte y el espanto. Convirtiósse la batalla en sangrienta carnicería de los africanos: doscientos mil quedaron en el campo, y esclavos los demas ó fugitivos, abandonaron al vencedor inmensas riquezas. Sucedió esta famosa batalla el año 1340, en la cual, segun todos los escritores, solo perecieron quince ó veinte cristianos (1). Siguiósse poco despues la conquista de varias fortalezas y plazas importantes, como Alcalá la Real y Algeciras. Es memorable el sitio de esta última por haberle precedido otra victoria naval conseguida por la armada castellana; porque durante él se introdujo el tributo de la alcabala, temporal en su principio y radicada despues perpetuamente á favor del reino de Castilla, y por haberse descubierto el uso de la pólvora, proporcionando á don Alonso una ventajosa tregua de diez y ocho años con los mahometanos, obligándose

(1) La santa iglesia de Toledo celebra anualmente la memoria de esta famosa victoria, conocida por la del Salado. *Isla.*

el granadino á satisfacer anualmente un tributo de doce mil doblas de oro.

Quedaba todavia en poder de los infieles Gibraltar, plaza de suma importancia por ser la llave del Estrecho, dejándoles libre la comunicacion con el reino de Granada, lo cual era sumamente peligroso. La sublevacion de uno de los hijos de Albohacen habia puesto en combustion el reino de Marruecos, y Albohacen no pudiendo á un tiempo defender sus derechos y socorrer á su aliado el granadino, proporcionó á don Alonso una favorable coyuntura para reconquistar aquella plaza. Reunió el monarca castellano cuantas tropas y naves le fue posible, y presentándose delante de Gibraltar hubiera caido esta plaza en sus manos, á pesar de lo bien pertrechada que se hallaba, si un voraz contagio que se declaró en su campo no hubiera malogrado las oportunas disposiciones adoptadas al efecto. Aconsejaron al rey que se retirase levantando el sitio; pero este prefirió la muerte, que poco despues le sobrevino, al menoscabo de su reputacion, y arruinado por la peste casi todo el ejército castellano tuvo que retirarse fi-

nalmente. Murió don Alonso en 27 de marzo de 1350, mereciendo el renombre de *Vengador* y *Justiciero* por su amor á la justicia, y por aplicarla sin escepcion de personas. No dejó delito sin castigo, pues no servia de inmunidad á los culpados la intercesion mas poderosa, ni la calidad mas distinguida: resistióse don Juan Ponce á una orden del rey en que le mandaba restituir el castillo de Cabra al gran maestre de Calatrava, y pagó con su cabeza su desobediencia: sufrió igual suerte el gran maestre de Alcántara, por la correspondencia que tenia con los moros: obligó á todos los grandes del reino á restituir al estado cuantas villas y tierras habian usurpado ó les habian sido cedidas violentamente en las minoridades precedentes; y por último trató con sumo rigor á todos los soldados y asesinos, haciéndoles desaparecer del reino. Sin embargo, oscureció la brillante carrera de sus dias por la vergonzosa passion que tuvo á doña Leonor de Guzman, dama sevillana, viuda á la edad de diez y ocho años de don Juan de Velasco, de la cual tuvo en el espacio de nueve años

que duró este amor nueve hijos y una hija, siendo uno de ellos el famoso don Henrique conde de Trastamara: los demas perecieron en la niñez, y algunos fueron víctimas de la crueldad del rey don Pedro.

PEDRO I. Dejó don Alonso solo un hijo de su legítima esposa doña María de Portugal, llamado don Pedro, primer rey de este nombre en Castilla, el cual tenia quince años, y fue reconocido y jurado por el reino. Con sumo sentimiento nos vemos precisados á descubrir parte de las horrorosas é inhumanas acciones de este monarca, las cuales han cubierto de oprobio su memoria; pero no siéndonos posible ocultar aquellas en que los historiadores mas exactos estan contestes, prescindiremos de todas las que carecen de este apoyo, y que debe presumirse que al menos son exageradas, por haberse escrito las memorias que nos las han transmitido en tiempo de su hermano don Enrique, en que el espíritu de partido quiso dar el colorido de justo al asesinato y usurpacion que cometió este.

Apenas ciñó la diadema empezó á

ejercer la tiranía. Los zelos y el rencor que tenia la reina su madre contra doña Leonor de Guzman, fue suficiente motivo para que conducida de prision en prision al alcázar de Talavera fuese muerta en él por haber amado á don Alonso. Habia previsto esta señora la suerte que la amenazaba; y para contraer una poderosa alianza que la evitase, aceleró el casamiento de su hijo don Enrique con doña Juana Manuel, hermana de don Fernando, señor de Villena; pero fue á disgusto de los reyes, y solo sirvió para apresurar el fin de sus dias: igual desgracia hubiera sucedido á don Enrique á no haberse refugiado en Asturias, pues que don Juan Alonso de Alburquerque, que de ayo pasó á ser gran privado del rey, solo aspiraba á deshacerse de cuantas personas pudieran perjudicarle.

Exasperados los grandes al ver tan odiosa conducta, y temiendo la ambicion é intrigas del favorito, no tardaron en manifestar su resentimiento. Don Juan Nuñez de Lara, señor de Vizcaya, se retiró á Castilla la Vieja para hacerse fuerte y sublevar aquella tierra; pero

falleció poco despues, y el rey por via de castigo resolvió apoderarse de sus estados, mandando asesinar á su hijo, que no tenia mas que tres años, crimen horrible que solo pudo evitar la vigilancia de su nodriza huyendo con él precipitadamente. Deseaba don Pedro saciar su venganza sacrificando alguna víctima á su furor, y Garcilaso de la Vega, adelantado de Castilla é hijo del asesinado en Soria, sin otro delito que ser afecto á don Juan Nuñez de Lara, fue muerto á mazadas en el palacio real, arrojado su cadáver á la calle, y conducido despues por orden del rey á la plaza de toros, cuya fiesta se estaba celebrando en su presencia, teniendo el bárbaro placer de ver hollados aquellos nobles y sangrientos despojos por las reses acosadas y los caballos de los lidiadores. Falleció muy en breve el hijo de don Juan, y aprisionando el rey á dos niñas que dejó, sedujo á sus vasallos y se apoderó de todos sus estados.

Llegó á conocer Alburquerque que debia temer á la nobleza irritada, y que para consolidar su arbitrariedad era preciso descargar sobre este cuerpo privile-

giado un golpe terrible que hiciese su poder mas precario: á este fin consiguió se convocasen Córtes en Valladolid el año de 1351, donde propuso, con la máscara seductora de la quietud de los hijosdalgos y de los pueblos, que se aboliesen para siempre las beetrías, las cuales hacían mas formidable su grandeza; pero la mayoría de los diputados conoció las miras del favorito, y las beetrías no se abolieron; decretándose solamente el casamiento del rey con doña Blanca, hija segunda de don Pedro, duque de Borbon, enlazado con la esclarecida sangre real de Francia. Interin los mensageros despachados á París desempeñaban el objeto de esta mision, se avistó don Pedro en Ciudad-Rodrigo con su abuelo don Pedro de Portugal, á cuya proteccion se habia acogido don Enrique; consiguió el monarca reconciliar á los hermanos, pero el agradecimiento de don Enrique fue retirarse á Asturias á alistar gente de guerra, pertrechar algunas plazas y hacerse fuerte en Gijon. Acudió don Pedro inmediatamente con algunas tropas, y sin hacer resistencia se rindieron todos espontáneamente, por

lo cual fueron perdonados. Le acompañó en esta expedición su favorito Alburquerque, el cual, para cautivar mejor su corazón, le presentó en Sahagun una doncella de su muger, llamada doña María, hija de don Diego García de Padilla, señor de Villagera, cuya hermosura dejó al rey sin facultades para defenderse del atractivo de sus gracias; y conociendo que era amado, se abandonó á su pasión sin respeto á las buenas costumbres. Se hallaba el rey en Torrijos entregado al placer de verse reproducido en una hija que acababa de dar á luz doña María de Padilla, cuando llegaron á Valladolid los embajadores con la princesa, cuya noticia recibió con sumo disgusto. No amaba á doña Blanca, y por lo tanto sentia que viniese á perturbar la felicidad que disfrutaba en los brazos de su querida. Sin embargo, el valimiento que empezaron á tener con el rey los parientes de doña María, iba á causar muy en breve la ruina del favorito; y conociéndolo éste, recordó al rey las consideraciones debidas á la princesa, la palabra real empeñada, el resentimiento que debia temerse de la Fran-

cia, y la pérdida de su riquísimo dote: cedió el rey á tan poderosas razones, y se celebró el matrimonio solemnemente en Valladolid; pero á los dos días abandonó don Pedro á doña Blanca, y volvió á los brazos de su amada, que habia quedado en el castillo de la Puebla de Montalvan; y aunque los mismos parientes de doña María le afearon una accion tan injusta, reduciéndole á volver á Valladolid, abandonó otra vez á su nueva esposa y mandó arrestarla en Arévalo.

Verificóse en seguida la caída de Alburquerque y de cuantos gozaban su favor; siendo ocupados todos los destinos de palacio por los parientes de doña María; y aunque esta señora repugnaba en su corazon estas gracias, no pudo contener la violenta conducta del rey, que persiguiendo vivamente al don Juan Alonso de Alburquerque, le obligó á refugiarse en Portugal para salvar su vida. Apodérase el rey de algunos de sus pueblos, y resistiéndose obstinadamente las fortalezas de Alburquerque y Cobdesera, dejó en Badajoz por fronteros contra dichas plazas á sus hermanos don Enrique y don Fadrique, y á don Juan de Padilla, her-

mano de doña María, con suficientes tropas, y regresó á Castilla.

El carácter feroz y arrebatado de don Pedro, y algunas desavenencias que tuvo con doña María, fueron causa de que solicitase esta señora retirarse á un monasterio; y habiéndose entibiado la pasión que el rey la tenia al ver la belleza de doña Juana de Castro, la concedió sin repugnancia esta gracia. Era doña Juana dama de ilustre sangre y viuda de don Diego de Haro, señor que fue de Vizcaya; pero no consintió admitir su amor sino en clase de esposa. El matrimonio del rey con doña Blanca era un impedimento; mas el rey allanó esta dificultad, persuadiendo á la dama que habia sido nulo, como contrario á su voluntad, cuyas ideas fueron apoyadas por los obispos de Avila y de Salamanca, que le declararon libre de aquel vínculo. Se verificó el matrimonio en la villa de Cuellar; pero solo duró veinte y cuatro horas, pues doña Juana fue abandonada al dia siguiente, teniendo que contentarse con la villa de Dueñas que la concedió su fementido esposo, y con el vano dictado de reina de Castilla

que usó toda su vida. Con motivo de la ausencia del rey, hicieron alianza con don Juan Alonso de Alburquerque, don Enrique, don Fadrique, y otros caballeros que habian quedado en Badajoz, aparentando querer restablecer á doña Blanca en sus lejitimos derechos, y resistir á las violencias del rey; pero su objeto solo era quitar el influjo que gozaban los Padillas y ocupar su lugar. Habian preso los confederados á don Juan de Padilla; pero este logró fugarse de la prision, y participó al rey todo lo ocurrido. Partió don Pedro inmediatamente á Toro, habiendo hecho antes trasladar á la reina desde Arévalo al alcázar de Toledo. Compadecidos los caballeros toledanos de la desgraciada y virtuosa señora, llamaron en su defensa á los infantes don Enrique, don Fadrique y don Tello, á los infantes de Aragon don Fernando y don Juan, al agraviado don Fernando de Castro, hermano de la burrada doña Juana, á don Juan de la Cerda y á don Juan Alonso de Alburquerque. Así mismo tomaron las armas para amparar á doña Blanca las ciudades de Cuenca, Talavera, Córdoba, Jaen, Ube-

da y Baeza , habiéndose formado de esta liga un ejército de seis mil caballos y un número respetable de infantes, superior al que tenia el rey, por lo que tuvo este que refugiarse en la fortaleza de Tordesillas.

Sin embargo, ofrecieron al rey dejar las armas , si apartando de sí á la Padilla, que en vez de retirarse á un claustro habia recobrado el ascendiente que tenia sobre su corazon, y removiendo á todos los parientes de esta, se unia á su lejitima consorte doña Blanca, restableciéndola en el goce de los derechos que la correspondian. La reina madre, creyéndolos de buena fe, se habia declarado tambien en su favor, entregándoles la ciudad de Toro; pero el rey no otorgaba ni repugnaba cosa alguna, dando treguas á fin de debilitar la liga con la separacion de los que lisonjeaba con sus promesas seductoras. Conociendo su intento, y sopretesto de transijir las diferencias, lograron se presentase en Toro, donde una accion imprudente hizo mas dificil la reconciliacion. Desposeidos de sus empleos los Padillas, y reemplazados por caballeros de la faccion

opuesta, se vió el monarca de Castilla rodeado de gentes sospechosas y como detenido en su posada; pero supo aprovecharse de la libertad que le permitian para salir á caza, y acompañado de doscientos caballos se fugó una mañana dirigiéndose á Segovia. Reuniéronsele en el camino los infantes de Aragon, y varios caballeros que habia seducido con sus promesas; y los que quedaron en Toro, solamente pensaron en salvarse por la fuga al saber los preparativos que hacia el rey para sujetarlos; por estos incidentes quedó reducida aquella formidable coalicion á unos miserables restos, comandados por el conde don Enrique y la reina madre. Rechazaron, sin embargo, denodadamente los ataques del irritado monarca; pero hubieran al fin succumbido á no haber llamado la atencion de don Pedro otro acontecimiento. Se hallaban divididos en pareceres los caballeros que defendian la ciudad de Toledo en favor de doña Blanca, pues unos temiendo la venganza del rey proponian una espontánea rendicion, otros se resolvian á perecer antes que entregarse, y los mas prudentes opinaban se de-

bia capitular. Aprovechó don Pedro tan oportuna ocasion para apoderarse de aquella plaza casi inespugnable; y aunque el conde don Enrique partió en socorro de su hermano don Fadrique, y ambos unidos entraron por fuerza en Toledo para hacerse fuertes, cuya entrada se les habia negado por hallarse en negociaciones de paz con el rey, se presentó este al dia siguiente, y á pesar de haberle disputado el paso los dos hermanos con el mayor denuedo, tuvieron que retirarse á Talavera, temerosos tanto de la ira del rey como del odio que se habian granjeado de los toledanos por los excesos que cometieron en la ciudad.

Apoderado el rey de Toledo, castigó cruelmente á los que habian tenido parte en la liga, llegando al extremo de ser insensible á los sentimientos de la naturaleza y de la humanidad: un platero octogenario fue comprendido en el número de los proscriptos y por lo tanto condenado á muerte: arrojóse su hijo á los pies del rey, suplicándole que sino perdonaba á su infeliz padre, le concediese la gracia de morir en su lugar; pero insensible don Pedro á tan ge-

neroso rasgo de piedad filial accedió á tan horrible trueque.

Sosegadas enteramente las turbulencias de Toledo, marchó el rey contra Toro donde se hallaban refugiados sus hermanos, y en breve tiempo redujo la ciudad á tal apuro, que don Enrique, temiendo caer en manos del rey, partió á Galicia. Siendo cada dia mas penosa la situacion de los habitantes por la falta de vituallas, trataron secretamente algunos de entregar la ciudad, y sabiéndolo don Fadrique solicitó y obtuvo el perdon del vencedor, el cual hecho dueño de Toro castigó severamente á todos los que habian tenido parte en la conspiracion. La reina madre, horrorizada al ver tan continuadas y sangrientas escenas, pasó á Portugal; y doña Juana Manuel, muger de don Enrique, que permanecia en una prision, logró fugarse por el favor y astucia de un caballero amigo de su marido.

Consternados todos los rebeldes, solicitaban el seguro del rey para volver á su servicio. Así lo hizo don Tello desde Vizcaya; y el rey, que deseaba ver reunidos á todos sus hermanos para des-

hacerse mas fácilmente de ellos; accedió á la peticion; pero rezeloso don Tello de alguna traicion difirió presentarse, y don Fadrique se libertó tambien por entonces de las asechanzas del rey por un imprevisto accidente.

Se hallaba don Pedro en el puerto de santa María divertido en la pesca de los atunes, cuando arribó para tomar refrescos una escuadra aragonesa destinada al socorro de Francia contra Inglaterra. Habia en la rada dos barcos placentinos con direccion para Alejandría, y sin respetar en la neutralidad del puerto, los apresó, pretestando pertenecian á Génova, enemiga de Aragon. No miró el rey de Castilla con indiferencia semejante violencia del derecho de gentes, y despues de mandar al almirante aragonés que restituyese la presa, le pidió una satisfaccion completa; amenazándole con la prision y embargo de bienes de cuantos comerciantes catalanes habia en Sevilla. No dió oidos á tan justas reclamaciones el almirante y se hizo á la vela para su destino; pero el ofendido castellano no solo llevó á efecto su amenaza, sino que reclamó una satisfac-

cion de su señor. Se negó á darla el monarca aragonés porque no tenia parte en el hecho de su almirante, y mas bien debia exigirla por la tropelía cometida por don Pedro con sus súbditos; y de reconvenções en reconvenções vinieron á un absoluto rompimiento. Hallábase el aragonés empeñado en la reduccion de Cerdeña, y por lo tanto bastante imposibilitado para resistir al castellano; pero procuró robustecer su ejército llamando al infante don Enrique y demas caballeros agraviados, dividiendo así las fuerzas de su enemigo con las rebeliones suscitadas en varios puntos de Castilla. A pesar de estas intrigas principió la guerra con tan mal éxito por su parte, que á no haberse ajustado una tregua por mediacion del papa, se habria visto en la necesidad de comprar la paz bajo condiciones desventajosas.

En vez de aprovecharse el rey de Castilla de la tregua para apercibirse y continuar la guerra, se ocupó solo en granjearse el odio general de los pueblos, asesinando á una multitud de caballeros que podrian serle muy útiles en aquella ocasion. Entre estos fueron

los principales su hermano don Fadrique y el infante de Aragon don Juan; el primero, á pesar de los servicios que habia contraido en la última guerra, fue muerto á mazadas en el mismo palacio de Sevilla; y el segundo, engañado con vanas promesas por don Pedro, sufrió la misma suerte en Bilbao; salvándose solo don Tello por una fuga sumamente precipitada.

Renovaronsé las hostilidades, pues el conde don Enrique y el infante don Fernando de Aragon, ambos deseosos de vengar la muerte de sus respectivos hermanos, rompieron furiosamente, el primero por la comarca de Soria, y el segundo por el reino de Murcia. Empezada la guerra por mar y tierra, era casi imposible restablecer la paz á pesar de las negociaciones de un nuevo legado pontificio, porque ni don Pedro la deseaba, ni el aragonés podia someterse á las humillantes condiciones que le proponia su competidor; pero despues de muchas escaramuzas y recíprocos despojos, sin haber ninguna accion decisiva, la política del aragonés obligó á don Pedro á transijir, devolviendo las pla-

zas que habia conquistado, con tal que su contrario desterrase de sus reinos á sus hermanos y demas caballeros fugitivos de Castilla. Aprovechóse para esto de las circunstancias del tiempo, pues se hallaba tan debilitado el imperio mahometano, así por la continua y desventajosa lucha que por muchos años habia sostenido, como por la ambicion de algunos moros que se habian repartido entre sí los miserables restos de aquella soberanía, que parece concurría todo á completar su destruccion. Habíase apoderado del cetro granadino Mahomad-Aben-Alamar, llamado el *Bermejo*, desposeyendo de él á su lejítimo monarca Mahomad-Lago. Tenia este íntima alianza con don Pedro; y no dudando Aben-Alamar que acudiría en su socorro, solicitó el favor del aragonés; pero este, si bien no podia entonces darle ningun auxilio por hallarse ocupado en la guerra de Cerdeña y de Castilla, quiso terminar esta última sin manifestar debilidad, persuadiéndole á que rompiese por las fronteras castellanas, y don Pedro se vió entonces precisado á aceptar la paz que el aragonés le

proponia, deponiendo la arrogancia con que la habia desechado antes.

Retiró, pues, sus tropas de las fronteras de Aragon, y las hizo marchar hácia Sevilla, resuelto á castigar la insolencia de Alamar y restablecer al destronado Lago; pero suspendió las operaciones con motivo de la muerte de doña María de Padilla, su objeto idolatrado. Era tal la pasion que tenia á esta señora y el sentimiento que le causó su prematura muerte, que mandó vistiesen luto general todos los pueblos, y la elevó al rango de reina de Castilla, reconociéndola por su lejitima esposa.

Parecia justo que hallándose don Pedro libre del objeto de sus amores, se reuniese á su lejitima esposa doña Blanca, y este era el voto general de la nacion; pero en vez de asentir á tan justo dictamen, aumentóse estraordinariamente el odio que siempre la habia tenido, y dispuso su muerte.

Hallábase la princesa en Medinasiona bajo la custodia de don Iñigo Ortiz de Zúñiga, el cual fue encargado por el rey de darla un veneno que le remitió; negóse este noble caballero á inter-

venir en tan detestable accion; pero firme el rey en llevarla á efecto comisionó á uno de sus ballesteros, quien no menos cruel que su señor, la desempeñó sin repugnancia (1).

Reforzado el ejército castellano con cuatrocientos caballos que habia reunido Mahomad Lago, y creciendo diariamente los preparativos de Alamar, juzgó don Pedro no debia diferir por mas tiempo

(1) Refiérese, que habiendo resuelto el cruel don Pedro quitar la vida á doña Blanca dentro del castillo de Medinasidonia donde la tenia encerrada, pocos dias antes de la ejecucion salió á caza, y se le puso delante un pastor de estraña figura, aspecto ceñudo y torbo, vestido largo y asqueroso y desgrenado el cabello, que con voz desentona y espantosa le amenazó de parte del cielo con los mayores castigos sino mudaba de intento, dando la vida y la libertad á la reina, tratándola como á lejitima esposa. Sospechó el rey si sería algun artificio de la reina, y mandó asegurar al pastor, dando orden para que se averiguase exactamente quanto habia en el caso. Fuese á reconocer la prision de doña Blanca, y se la halló orando fervorosamente, con las puertas tan bien cerradas, que no habia fundamento para creer fuese superchería. Confirmóse el pueblo en el concepto de que aquel habia sido aviso superior; y habiéndose dado libertad al pastor, no se le encontró despues por ninguna parte, á pesar de las activas diligencias que se hicieron al efecto. *Isla.*

su venganza. Entraron sin oposicion por el territorio granadino los dos reyes coligados, y derrotando á Alamar en varios encuentros, le hicieron conocer muy en breve que en vano les resistiria. Procuró Alamar granjearse la amistad de don Pedro restituyendo la libertad á muchos caballeros que habia hecho prisioneros, y devolviéndolos á sus soberano con magníficos regalos; pero viendo que aun no era bastante para separarle del empeño de favorecer á su enemigo, se presentó él mismo en la corte con solo la comitiva necesaria para su custodia y la de los ricos dones con que deseaba comprar la paz. Solo exijia de don Pedro que retirando sus tropas dejase á los dos rivales en libertad de disputar con las armas sus respectivos derechos, y que sino podia prescindir de restablecer en el trono á Mahomad, le permitiese regresar á Berbería. La respuesta del rey fue un horrible atentado: treinta y cinco caballeros moros sorprendidos por su orden en un banquete, y vilmente despojados de sus trajes, fueron degollados en el campo destinado para el suplicio de los malhechores; y el mismo Alamar,

inícuamente ultrajado y escarnecido, pereció á manos de don Pedro que quiso tener tan bárbaro placer.

Finalizada de esta suerte la guerra de Granada, renovó don Pedro la de Aragón, la cual se habia visto precisado á suspender admitiendo una paz desventajosa en su concepto. El hallarse ocupado el aragonés en contener los escesos que un gran número de bandidos, con el nombre de *compañas blancas*, cometian en los confines del Rosellon, proporcionó al castellano la posesion de muchas ciudades y plazas importantes, hacer alianza con el rey de Navarra, y dirigirse contra Calatayud, que se le entregó á discrecion: tan inesperado acontecimiento sorprendió al aragonés; y no estando en estado de oponerse á su enemigo, invitó al conde don Enrique, á su hermano don Sancho y demas caballeros castellanos á que le socorriesen; pero todos unánimemente le negaron sus auxilios por la mala fe con que anteriormente los habia abandonado; si bien logró por último persuadirlos con repetidas instancias y lisonjeras promesas.

Acaso influiria mucho para esta reso-

lucion el deseo que tenia don Enrique de ceñir la diadema de Castilla, que veia vacilar en las sienes de su hermano por el odio que justamente le tenian los pueblos, y exijiendo del aragonés, bajo muchas fianzas, que favoreceria despues sus proyectos, marchó en su auxilio con mil y quinientos caballos. Habiendo sido favorable á don Enrique la primera campaña pasó á Francia, reclutó las *compañias blancas*, á las ordenes de sus caudillos Beltran Claquin y Hugo de Cawreley, que se habian entregado al pillage, y formando un buen ejército se introdujo en Castilla por la villa de Alfaro y se apoderó de Calahorra, donde fue proclamado rey de Castilla por cuantos le seguian.

Se hallaba don Pedro en Burgos en completa inaccion, y por lo tanto se decidió don Enrique á acometerle en esta capital; pero acobardado don Pedro al ver la proximidad de su enemigo absolvió á la ciudad del juramento de fidelidad que tenia prestado, y huyó precipitadamente á Sevilla. La ciudad de Burgos abrió pues sus puertas espontáneamente á don Enrique, y recibéndole

con gran placer fue coronado en el monasterio de sus Huelgas el año 1366.

Muy pocos pueblos de Castilla la Vieja dejaron de imitar á su capital; y la ocupacion de Toledo, juntamente con las profusas liberalidades de don Enrique, granjearon á éste el afecto de todos los pueblos, y de muchos parciales, mereciendo el renombre con que desde entonces fue conocido de *don Enrique el de las Mercedés*.

Abandonado don Pedro aun de aquellas personas que le habian sido mas leales, trató solo de salvarse refugiándose en Sevilla, donde era aborrecido, y luego en Portugal, adonde pasó por mar con su familia; pero la pérdida del tesoro que entregó á don Enrique su almirante Bocanegra, y la oposicion del portugués á recibirle en sus estados, le pusieron en el último conflicto. Determinó pasar á Galicia contando con el favor de don Fernando de Castro; y este caballero, aunque agraviado, le proporcionó auxilios en union con el arzobispo de Santiago, logrando de este modo reunir un ejército de dos mil infantes y novecientos caballos, con el cual debia diri-

jirise hácia Logroño que aun le estaba sometida, mas temiendo los riesgos de la travesía se embarcó para Bayona, desde donde solicitó la proteccion de Inglaterra, á cuyos dominios pertenecia aquella plaza.

A su partida hizo asesinar al mismo arzobispo que habia coadyuvado á su defensa, sin mas delito que el ser natural de Toledo.

La conquista de Andalucía completó el plan de don Enrique, y le permitió gustar por algun tiempo las delicias de un trono adquirido fácilmente; pero le perdió su nimia confianza, pues creyendo que su hermano no podia contrarrestarle, y confiado demasadamente en el afecto de los pueblos, despidió las *compañias blancas* que le habian prestado los mayores servicios, quedándose con solas mil quinientas lanzas á las ordenes de Clachin ó Glakin, como le llama el P. Isla.

Entre tanto logró don Pedro que el rey de Inglaterra le favoreciese con crecido número de tropas escojidas que se presentaron en las fronteras de Navarra á las ordenes del príncipe de Gales. Consternados los pueblos castellanos tan-

to por este motivo como por la llegada de su vengativo soberano, abandonaron á don Enrique con la misma celeridad con que se habian declarado en su favor. Era inevitable su ruina, y aunque tarde conoció don Enrique su imprudencia; pero resuelto á vencer ó morir en la demanda procuró ocultar su temor, y reuniendo las tropas que pudo, partió en busca del ejército enemigo. Avistáronse los dos hermanos en las inmediaciones de Nájera, y despues de una sangrienta batalla en que ambas partes pelearon desesperadamente quedó don Pedro vencedor. Fue abandonado don Enrique por un gran número de los suyos en el ardor del combate, y aun don Tello desamparó cobardemente el puesto que ocupaba, lo cual completó su derrota teniendo que refugiarse á Francia. No podia menos de hallar auxilio en esta potencia el vengador de doña Blanca; y en efecto el rey, el duque de Anjou, el conde de Fox y otros muchos caballeros le franquearon suficientes caudales, con los cuales consiguio poner en campaña un mediano ejército, y solo aguardó una ocasion favorable para volver á España.

El rigor con que usó don Pedro de su victoria ensangrentándose con todos los vencidos y parciales de su hermano, reanimó el partido de este y llenó de indignacion al príncipe de Gales; el cual viendo la mala fe de don Pedro en todos sus tratados mandó que se retirasen sus tropas. Aprovechóse don Enrique de este acontecimiento, y apenas se presentó en las fronteras se declararon por él un gran número de ciudades. Siguió sin detencion hasta Calahorra, y jurando solemnemente no volver á salir de Castilla cualquiera que fuese su suerte, pasó á Burgos donde fue recibido con suma alegría, y desde allí recorrió Leon, Asturias y ambas Castillas, sin que hallase obstáculo alguno hasta Toledo, que se le opuso obstinadamente. Recibió don Enrique nuevo refuerzo del rey de Francia su aliado, y resolviendose á salir al encuentro á don Pedro que en union con el granadino se dirigia en su busca devastando todo el pais que encontraba al paso, le sorprendió descuidado en los campos de Montiel, derrotándole completamente, y obligándole á encerrarse en un castillo inmediato, donde la falta de agua y

bastimentos, la desercion y la ninguna esperanza de auxilios hacian inevitable su rendicion.

Viendose don Pedro casi en las manos de su enemigo, el cual no respetaria mejor que él las relaciones fraternales, se valió de la amistad de su parcial Mendo Rodriguez de Sanabria con Glachin ó Glakin, á fin de que le proporcionase la fuga; pero éste, tomándose un breve plazo para determinar, descubrió á su señor toda la intriga, y don Enrique, haciéndole las mismas ofertas que su hermano, le propuso engañase á Mendo Rodriguez con la esperanza de salvar á don Pedro, si éste se resolvia á pasar cierta noche hasta su tienda con pequeña escolta. Cayeron ambos en el lazo, y apeándose don Pedro en la tienda de Glakin se vió sorprendido por su hermano, el cual le acometió furiosamente, y despues de herirle en el rostro empezaron ambos una obstinada lucha, que terminó matando don Enrique á su hermano, cuyo acontecimiento sucedió en 23 de marzo de 1369 (1).

(1) En las Córtes que se celebraron en Burgos

ENRIQUE II. Se apresuraron inmediatamente casi todos los pueblos á besar la ensangrentada mano de su libertador, desentendiéndose del horrible fratricidio que habia cometido, de su ilegiti-

ria mejor que el las relaciones tes se valió de la amistad de su parca

Mendo Rodriguez de Sarrabria con Cla-

después que don Enrique fue aclamado por rey, se renovó la concesion de la alcabala, quitando la limitacion con que habia sido concedida, y dejando este tributo por tiempo ilimitado, sin que se opusiesen los diputados, temerosos de que volviese á ocupar la corona el rey don Pedro; y cuando este volvió á recobrarla, después de la famosa batalla de Nájera, tuvieron principio las tercias reales, ó la concesion de la tercera parte de los diezmos eclesiásticos que el papa Urbano V cedió á este irritado monarca para aplacarle. Le habia escomulgado por los atropellamientos cometidos en muchos prelados eclesiásticos, y entre ellos el maestro de san Bernardo á quien hizo quitar la vida; pero en vez de atemorizarse el rey con las censuras, amenazó negar al papa la obediencia, y hacer que los reyes de Navarra y Aragon egecutasen lo mismo; para evitar este cisma concedió el pontífice al rey don Pedro las tercias, con la condicion de que se aplicasen á la guerra contra infieles: cedióle asimismo el usufructo de las beetrías, que antes pertenecian á la Iglesia, pactando que no pudiese venderlas ni enajenarlas; y finalmente renunció el papa la potestad de nombrar obispos y demas dignidades mayores eclesiásticas sino á consulta ó presentacion de los reyes de Castilla. *Isla.*

timidad y de la usurpacion de la corona, al ver la bondad de su corazon y el genio afable, franco y generoso que caracterizaba á su nuevo monarca.

Desde luego se granjeó el amor de toda la nobleza castellana con sus dádivas y comportamiento; premió liberalmente á cuantos le habian servido, y cuando no tenia que dar, ofrecia hacerlo en la primera ocasion que se le presentase; siendo sus promesas tan efectivas, que jamas dejó de cumplirlas.

No obstante, como pertenecia indudablemente el cetro al portugues don Fernando, descendiente legitimo de don Sancho IV por su hija doña Beatriz, esposa de don Alonso IV de Portugal, resolvió hacer valer sus derechos; y habiéndose declarado en su favor algunas ciudades empezó á titularse rey de Portugal y Castilla. Coligado con el granadino, el aragones y el navarro, los cuales temian el resentimiento de don Enrique, el primero por la amistad que profesó á don Pedro, y los demas por haberle despojado anteriormente de algunos pueblos, puso el reino en el mayor conflicto.

A pesar del poder de estos competidores y de hallarse exhausto el erario, la política de don Enrique destruyó tan formidable coalición: negoció la paz con el granadino: contentó al navarro dándole por esposa á su hija primogénita doña Leonor; y obligando al aragones á solicitar la paz, puso al portugues en la precision de renunciar sus pretensiones.

Ocurrieron despues las del duque de Alencastre, hermano del príncipe de Gales y esposo de doña Constanza, hija de don Pedro y doña María de Padilla. Habian sido fruto de este matrimonio tres hijas llamadas doña Beatriz, doña Constanza y doña Isabel, y á pesar de lo dudosa que era la legitimidad del enlace, don Pedro tenia declarado en las Córtes celebradas en Sevilla el año de 1362 que doña María era su legítima consorte, y asimismo nombró sucesoras á sus hijas en el testamento por el orden sucesivo; pero retirada al claustro doña Beatriz, transfirió todos sus derechos en doña Constanza; y el duque instigado secretamente por el aragones, se manifestó protector de los intereses de su muger, uniéndose con éste y con el

rey de Portugal que nuevamente levantaron sus estandartes: sin embargo, triunfó de todos el prudente y valeroso Enrique; y el duque, casi desbaratado en la travesía por la armada de su enemigo el rey de Francia, tuvo que abandonar una empresa hecha sin reflexion.

Desembarazado don Enrique de todos sus rivales, y asegurado en un trono adquirido con tantas fatigas, se dedicó exclusivamente á mejorar el régimen y gobierno de sus pueblos, teniendo el placer de ver que el éxito correspondía á sus desvelos; y todo el reino, que había pasado repentinamente de las zozobras é inquietudes de un gobierno cruel y sangriento, á la paz y tranquilidad de otro humano y justo, que protejía su honor y propiedades, bendecían á su monarca, pidiendo al cielo conservase los preciosos días de su vida, cuyo término, por desgracia, se acercaba demasiado.

Agravado de la gota, que padecía, falleció en 30 de mayo de 1379, recomendando á su hijo don Juan la amistad con Francia, y dándole saludables consejos acerca de la conducta

que debia observar. "Si quieres reinar en paz, le dijo, no debes perder de vista que tu reino se compone de tres clases de gentes, á quienes es preciso manejar con mucho tino y prudencia: unos que siguieron constantemente mi partido; otros que con la misma constancia se declararon por don Pedro, y otros que se mantuvieron neutrales: conserva á los primeros los empleos que obtienen, y las mercedes que les he concedido; pero ten presente siempre su inconstancia y deslealtad: confia sin reparo á los segundos los cargos de la mayor importancia: ellos permanecieron constantemente fieles á su soberano en su fortuna próspera ó adversa; y esta conducta, al paso que te asegura de su honradez, les empeñará á borrar con importantes servicios las ofensas anteriores: para nada te acuerdes finalmente de los últimos, pues nada hay que esperar de unas personas que al bien comun han preferido siempre su interes particular." Censuran á don Enrique su demasiada prodigalidad; pero ademas de que indudablemente le precisaron á ello las circunstancias en que se halló, puso oportuno remedio á

los perjuicios que sobrevinieron por las muchas donaciones que habia hecho, declarando en su testamento que solo los hijos y descendientes legítimos por línea recta las disfrutasen; y de esta suerte volvieron con el tiempo á incorporarse á la corona (1).

JUAN I. Fiel observador de los sabios consejos de su padre, ratificó don Juan su alianza con Francia; y socorriéndola con una escuadra por mar, y con un ejército por tierra, contra los ingleses, en ocasión que estos se hallaban próximos á ser espelidos de aquel reino, se resintió vivamente el ingles, y se propuso renovar y hacer valer las pretensiones de su hermano el duque de Alencastre á la corona de Castilla.

(1) Acaeció en este reinado el cisma de la Iglesia entre Urbano VI y Clemente VII; pero á pesar de que Francia solicitó que Enrique se decidiese á favor de Clemente, cuyo partido defendió ella con empeño, no solo no tomó parte en esta contienda sin negar la obediencia á ninguno de los dos competidores, hasta que la Iglesia decidiese la controversia, sino que dejó encargado á su hijo don Juan siguiese siempre su dictámen. *Isla.*

Infiel el portugues á sus tratados, no solamente ofreció acoger á Alencastre, sino darle socorros para esta empresa: partió con efecto el duque con dos mil hombres, determinado á desembarcar en Portugal; pero conociendo don Juan cuan ventajoso le era anticiparse á sus enemigos, mandó salir su escuadra contra la inglesa, y logró batirla con pérdida de veinte galeras. Sin embargo, habiendo tenido el almirante la imprudencia de retirarse á Sevilla, ufano con su presa, dió lugar á que los ingleses desembarcasen en Lisboa sin la menor oposicion.

Empeñado don Juan en el sitio de Almeйда, plaza fronteriza de Portugal, la cual hacia una vigorosa defensa, aceleró su rendicion para salir al encuentro del ejército coligado, á fin de impedir la invasion. En efecto, le avistó en Yelves; pero habiendo habido mediadores de una y otra parte no llegaron á las manos, pues el rey de Castilla se obligó á restituir las galeras apresadas á los ingleses, franqueando asimismo buques para el regreso de estos; y el portugues cedió la mano de su hija doña Beatriz al infante don Fernando, hijo segundo de don

Juan, que apenas tenia un año (1).

No eran á la verdad muy ventajosas estas condiciones para don Juan, que se hallaba en disposicion de reprimir el orgullo de los confederados; pero su genio pacífico le decidió á admitirlas, si bien no se verificó el contratado enlace, tanto por la corta edad del esposo, como porque habiendo perdido á su muger doña Leonor, hija del rey de Aragon, de re-

(1) A pesar de que segun el señor Ascargorta no aparece haber entrado los ingleses en territorio español, no podemos prescindir de colocar en este lugar la interesante nota que sobre estos sucesos inserta el célebre P. Isla en su compendio, fundada en un documento auténtico que á continuacion se espresa. Por un privilegio concedido por don Juan á la illustre villa de Valderas, en el que eximió á sus moradores y sucesores donde quiera que se hallasen de todo tributo, y el cual fue ratificado por todos los monarcas que le sucedieron, consta: que en el año 1383 puso sitio á esta villa el duque de Alencastre, á tiempo que el esforzado Alvar Perez Osorio, señor de las siete villas de Campos, habia introducido en la plaza algunos hombres de armas para su defensa. Era cortísimo el presidio para resistir al inglés, que sitiaba la villa con poderoso ejército. La guarnicion quiso rendirse tratando de temeridad la resistencia; pero los vecinos se opusieron valerosamente protestando que antes se entregarían á las llamas que al inglés. Volvióse con nueva furia á los ataques y

sultas de un desgraciado parto, y siendo aun bastante jóven, admitió la mano de doña Beatriz, que le propuso el portugues para evitar una dilacion que podia ser funesta á ambas potencias.

Sin embargo, para evitar los disturbios que pudieran sobrevenir, renunció don Juan el derecho que este matrimonio le conferia sobre el trono de Portugal despues de la muerte de su suegro,

á la defensa, hasta que agotadas las armas y los bastimentos insistieron segunda vez las tropas en que era desesperacion el que parecia valor, y se hacia necesaria la rendicion.

Los animosos vecinos de Valderas llevaron adelante el empeño de su fidelidad; y se mantuvieron firmes en que antes abandonarían la patria, las haciendas y las vidas, que entregarse al enemigo con ningunas condiciones, *“y que nunca Dios quisiere que ellos nin sus mugeres, nin sus hijos, fuesen traidores á su Rey, nin los que de ellos viniesen ni estuviesen so obediencia del duque de Alencastre; antes querian guardar el pleito omenage que tenian fecho á su rey y señor natural.”* Con efecto, viendo resuelta la guarnicion á capitular y á entregarse sin que ellos pudiesen embarazarlo, se salieron de la villa con sus mugeres é hijos, poniendo primero fuego á las casas y á todo lo que no pudieron llevar consigo, y se refugiaron á los lugares que estaban en la obediencia del rey. *Isla.*

estipulando en el contrato: "Que muriendo sin hijo varon el rey de Portugal heredaria el reino su hija primojénita doña Beatriz, permitiéndosele á su marido el rey de Castilla titularse rey de Portugal; pero reservándose el gobierno del estado á la reina viuda doña Leonor, durante su vida ó hasta que doña Beatriz y su marido tuviesen hijo ó hija de edad de catorce años, en quien recaeria en este caso el gobierno y dictado de rey de Portugal." Falleció á pocos meses el monarca portugues, por cuyo motivo heredó el castellano este reino en cabeza de su muger; pero la nacion portuguesa se negó unánimemente á reconocerle, y solo disientia en la eleccion de la persona que habia de sustituirle. El infante don Juan hermano natural del rey difunto, y el maestre de Avis, fruto de esta misma ilegítima union, eran los inmediatos sucesores, en defecto de doña Beatriz, y ambos tenian sus parciales: mas hallándose el primero ausente y preso en los dominios castellanos, se hizo el maestre dueño de la voluntad general y fue aclamado rey de Portugal.

Conoció desde luego el rey de Casti-

lla que para que los portugueses se decidiesen á su favor era menester confiar el alegato á las armas; y seguido de un ejército numeroso, caminó sin hallar obstáculo alguno hasta Lisboa, encerró en ella al maestre, y se hubiera apoderado en breve tiempo de la plaza y de su competidor si una furiosa peste que se declaró en el campo castellano, cubriéndole de cadáveres, no hubiese obligado al rey á levantar el sitio y retirarse á Castilla.

Deseoso don Juan de sujetar aquella nacion refractaria, volvió el año siguiente con un ejército de treinta mil hombres, y habiendo hallado á su enemigo cerca de Aljubarrota, le embistió con denuedo sin reparar la ventajosa posicion que ocupaba, ni el cansancio de sus tropas; por cuya impremeditada accion perecieron diez mil castellanos, la mayor parte de la nobleza, debiendo el mismo rey la vida á la grandeza de alma de su mayordomo Pedro Gonzalez de Mendoza, que le cedió su caballo y se entregó á la muerte por proteger su fuga.

Orgullosa el portugues con esta victoria, no se contentó solamente con re-

cobrar las plazas que habian sido ocupadas por los castellanos, sino que envió á llamar al duque de Alencastre para que viniese á tomar posesion del reino de Castilla que por su muger le pertenecia, y en esta confianza se presentó el duque en Portugal con tres mil hombres no dudando traer consigo á su muger é hijas, persuadido que don Juan no estaba en disposicion de defenderse.

No obstante, se hallaba bien apercebido el castellano, y con los socorros que habia recibido de Francia podia hacer frente al ejército combinado, arrojar de España al de Alencastre, y abatir el orgullo del portugues; pero prefiriendo don Juan la paz á cuantas ventajas se le proporcionasen, concilió los intereses de su casa con los de la que se suponía agraviada, por medio del matrimonio de su hijo primogénito don Enrique con doña Catalina, hija del duque y de su muger doña Constanza, siendo los primeros príncipes que en Castilla usaron el título de *Príncipes de Asturias*; y reducido el portugues á sus propias fuerzas, se vió precisado á ajustar treguas por seis

años, despues de hacer grandes esfuer-
zos para continuar la guerra.

Restablecida la tranquilidad, se de-
dicó don Juan esclusivamente á mejorar
el gobierno de sus pueblos. Convocó
Córtes, y promulgó en ellas leyes muy
prudentes. Fué la principal y mas útil
para dejar bien establecida la autoridad
del rey, la que declaraba que de las sen-
tencias promulgadas por los jueces que
nombraban los señores en sus estados,
se pudiese apelar á los tribunales reales.
Sin embargo, llegó á desconfiar este mo-
narca de hacer tan felices á sus vasallos
como deseaba, y mas de una vez quiso
dejar la corona; pero se opuso siempre
el reino, que le amaba entrañablemente.

Una inesperada desgracia frustró
bien pronto todas las esperanzas de los
pueblos, privándoles de su idolatrado
monarca. Presenciando el rey las evolu-
ciones que hacia un cuerpo de caballe-
ría, quiso imitarlos; y dando espuelas á
su caballo, fue precipitado por él á los
treinta y tres años de edad y ocho de
reinado en 9 de octubre de 1390.

ENRIQUE III. Tenia Enrique poco
mas de once años cuando subió al tro-

no, bajo la direccion de un gran número de tutores nombrados por su padre, todos ambiciosos y rivales entre sí, los cuales por espacio de dos años hicieron sufrir á los pueblos iguales calamidades que las acaecidas en las minoridades anteriores, esponiendo el reino á una sangrienta guerra civil á pesar de las medidas que adoptaron las Cortes para contenerlos (1). Cumplió en fin Enrique catorce años, y haciendo declarar su mayoría en las Cortes celebradas en Burgos el año 1393, se dedicó exclusivamente á poner remedio á los males que afligian á sus pueblos y á su magnánimo corazón. Hizo desde luego cesar en sus

(1) El año antes que entrase en la administración de sus reinos, le persuadieron algunos grandes que convenia prender al arzobispo y al abad de Fuselas para asegurar la tranquilidad pública: consintió en ello, menos por inclinacion que por engaño. El pontífice escomulgó al rey y á todos los que intervinieron en la prision de los preladós. Humillóse Enrique; pidió y obtuvo la absolucion de las censuras que recibió en público en la catedral de Burgos, donde se presentó con hábito penitente, precedido juramento de que en adelante sería muy obediente á las leyes de la Iglesia. ¡Ejemplo de gran piedad y moderacion católica! *Isla.*

funciones á todos sus tutores y gobernadores; pero el arzobispo de Santiago, que era uno de ellos, no solo encareció ante el jóven príncipe sus servicios y los de sus compañeros en un prolijo discurso, sino que quiso persuadirle que tenia precision de seguir sus consejos, si queria asegurar el acierto en las deliberaciones: mas Enrique, indignado al oír tan capcioso razonamiento, le contestó con enerjía: "Mientras fui pupilo obedecí vuestros preceptos: ahora que soy rey no dejaré de valerme de vuestras advertencias cuando fuere menester; pero tened entendido que conozco muy bien mis obligaciones."

Aseguró Enrique la paz á sus vasallos contrayendo relaciones amistosas con los demas príncipes españoles, y obligando asimismo con sus pacíficas aunque enerjicas disposiciones á dejar las armas á todos sus enemigos (1).

(1) Usó de clemencia con los grandes que movian inquietudes en el reino, en particular con el conde de Benavente, con el de Trastamara y con el de Gijon, protegidos sin mucha cautela por la reina madre; pero viendo que abusaban de su to-

Sin embargo, faltó poco para que se frustrasen sus benéficos designios por una necesidad caballeresca. Seducido el maestro de Alcántara don Martin Yañez de la Barbuda por un fanático ermitaño llamado Juan Sago, creyó hacer un gran servicio á la religion y á su patria defendiendo con las armas la santidad del cristianismo, y su superioridad respecto del mahometismo. A este fin reunió un corto número de imprudentes alucinados, y sin atender á la paz que tenia el rey de Granada con el de Castilla, ni á

lerancia, prendió al primero mandándole poner grillos: reprimió al segundo, y sujetó al tercero ocupándole con presteza sus estados, menos la villa de Gijon; además para contener á la madrastra sin faltar al respeto de hijo, la mandó que siguiese siempre la corte, poniéndola guardias de su confianza, que en la apariencia sirviesen á la decencia de la magestad, y en el fondo al resguardo de sus operaciones.

En las Córtes celebradas en Toledo en 1306, presidiéndolas Enrique, se estableció la ley que declaraba incapaces de obtener beneficios eclesiásticos en la corona de Castilla á todos los extranjeros, esceptuando únicamente á los portugueses por no considerarlos como tales, ó mas bien porque duraban aun las pretensiones sobre la posesion de aquellos estados. *Isla.*

las justas amonestaciones de este último, no solo envió un cartel de desafío al granadino, insultándole desmesuradamente, sino que llevando adelante su fanatismo supersticioso, pues aseguraba tener *indudables vaticinios de la protección del Cielo*, partió al frente de sus fervorosos soldados, precedidos de una cruz, y se introdujo por la comarca de Granada; pero los mahometanos, que no creían deber respetar aquella misteriosa insignia, los acometieron é hicieron pedazos inmediatamente sin poderse salvar ninguno.

Con motivo de este acontecimiento, y deseoso de conservar la paz con el granadino, dió don Enrique una satisfaccion á este, asegurándole no haber tenido parte en semejante empresa; pero aunque por entonces no hubo ningun funesto resultado, pocos años despues manifestó el moro su resentimiento invadiendo á Castilla. Propúsose don Enrique no solo contenerlos sino arrojarlos de toda la península; pero sus continuos achaques le imposibilitaron llevar á efecto sus miras, y despues de un felicísimo reinado de diez y seis años, du-

rante los cuales pagó todas las deudas de la corona, recobró las rentas usurpadas, y proveyó con sus ahorros el tesoro real sin gravámen de los pueblos, cesó de vivir el dia 25 de diciembre de 1406, con sumo desconsuelo de estos, dejando la corona á su hijo primogénito don Juan, niño de veinte y dos meses, y una hija llamada doña María de Castilla (1).

(1) Como todos sus conatos se dirijian al bien de sus vasallos, no faltó quien le representase que rayaba en nimiedad tanto cuidado; pero Enrique contestó: "Estoy persuadido de que no echa el cielo la bendicion en el reino cuando los pueblos estan oprimidos; y siempre he temido menos las armas de mis enemigos, que las maldiciones de mis vasallos."

Refieren algunos historiadores de nota, que cuando Enrique se encargó del gobierno, se hallaba el erario sumamente exhausto á causa de la rapacidad de los tutores y gobernadores; por lo que reducido el monarca á una escesiva frugalidad por no gravar al reino con nuevos impuestos, llegó el caso de que volviendo una vez de caza se hallase sin tener que comer, y sin crédito ni dinero para proporcionarse el mas despreciable alimento; al paso que los grandes tenían aquella noche un espléndido banquete en casa del arzobispo de Toledo.

Informado de ello don Enrique, pero desconfian-

JUAN II. Dejó don Enrique en su testamento nombrados por gobernadores

do de su certeza, quiso averiguarlo por sí mismo: introdujose á este fin disfrazado entre la multitud de sirvientes que habia; y observando no solo la verdad del caso, sino que los convidados se vanagloriaban de poseer grandes riquezas que debian solo á sus rapiñas, determinó hacerles ver su superioridad y grandeza, al mismo tiempo que su energía para no dejar impunes los delitos. Llamó, pues, al dia siguiente á todos, pretestando tener que deliberar sobre un asunto de importancia, y dirigiendo la palabra al arzobispo, le preguntó cuántos reyes habia conocido en España: "Señor, respondió el prelado, á vuestro abuelo, á vuestro padre, y á vos: pues yo, repuso el monarca, siendo tan jóven, he conocido veinte; y no debiendo haber mas que uno, ya es tiempo de que lo sea yo solo, y de que perezcan todos los demas." Hizo en seguida una seña, con la que se descubrieron los soldados que tenia prevenidos, un verdugo, el tajo, la cuchilla y los cordeles para la muerte, y aterrados los grandes, se arrojaron á sus pies implorando clemencia, cediéndole sus personas y bienes; pero el generoso Enrique les perdonó la vida, contentándose con exigirles estrecha cuenta del erario que manejaron, haciéndoles restituir las cantidades que adeudaban, ceder asimismo á la potestad real las pingües pensiones que arbitrariamente se habian consignado, y finalmente entregar las fortalezas y castillos de que por intrigas ó violentamente se habian apoderado, cuyas condiciones tuvieron que cumplir antes de recobrar su libertad. *Isla y Ascargorta.*

del reino, durante la menor edad del príncipe, á su madre la reina viuda doña Catalina, y á su tío el infante don Fernando; y con tan acertada eleccion libertó á los pueblos de turbulencias semejantes á las acaecidas en los reinados anteriores. Dedicada esclusivamente la reina á la educacion del príncipe, acreditó su esmero en esta parte; y don Fernando, decidido á conservar ileso á su inocente pupilo el patrimonio que le pertenecia, dió eminentes pruebas del raro talento que le adornaba, igualmente que de su zelo, actividad y desinterés, rehusando la corona que algunos espíritus revoltosos le ofrecieron inmediatamente. Sin embargo, siguiendo estos sus designios en contra de su monarca, lograron desconceptuarle con la reina madre; y previendo don Fernando las peligrosas resultas de esta desunion, aceleró el repartimiento del gobierno que para semejante caso habia dejado prevenido el monarca difunto, á fin de que cada uno de los dos tutores pudiese gobernar una parte con absoluta independenciam.

Hecha la division, quedó encargada la reina del gobierno de Castilla la Vie-

ja, y don Fernando, á cuyas órdenes estaba Castilla la Nueva y las provincias andaluzas, partió á sujetar á los moros granadinos que infestaban entonces las fronteras. Con efecto, los batió en repetidas ocasiones; pero mas particularmente en las aguas de Cadiz y campiñas de Archidona, de cuyas resultas se apoderó de la importante plaza de Antequera, obligándoles á solicitar la paz. Tuvo poco despues que abandonar á Castilla con motivo de la muerte de don Martin, rey de Aragon, cuyo trono le pertenecia; pero no por eso descuidó los intereses de su menor; y á no haberle sorprendido, por desgracia, la muerte, no se hubieran levantado las borrascas á que quedó espuesto don Juan, las cuales sobrevinieron inmediatamente. Quedó por lo tanto la reina madre por tutora y gobernadora absoluta de todo el reino; pero á los dos años de desempeñar tan espinoso cargo con bastante acierto, falleció tambien; quedando el príncipe en la edad de trece años, el cual se puso bajo la direccion de don Alvaro de Luna, á quien por haberse criado desde niño en su compañía profesaba singular cariño,

y que no hay duda reunia el talento y firmeza necesaria para resistir á los continuos ataques de los ambiciosos.

La extraordinaria privanza á que fue elevado don Alvaro en poco tiempo, no podia menos de escitar la envidia de muchas personas que deseaban sacar partido de la debilidad del rey, y no tardó en formarse una formidable conspiracion contra el favorito, que se oponia constantemente á sus perversos designios. Aunque secretamente, trató desde luego el infante don Enrique, hijo del difunto rey de Aragon don Fernando, y maestre de Santiago, de separar de la corte á todos los afectos de don Alvaro, reemplazándoles con personas de su confianza; y pretestando querer mantener al rey con mas seguridad, si bien por otra parte no tenia otras miras que el apoderarse de su persona para ser dueño de su voluntad, logró confinarle en Tordesillas. Hubo bastantes personas que conociendo el designio del infante, quisieron libertar al monarca de la opresion en que se hallaba; pero don Alvaro, contemporizando por entonces con su enemigo, á fin de evitar los grandes ma-

les que de otro modo iban á sobrevenir á los pueblos, permaneció pasivo, hasta que habiendo conseguido acompañar al príncipe á una partida de caza, le pasó al castillo de Montalban, encomendando su persona á algunos caballeros amigos suyos. Lleno de ira el maestre, se puso al frente de un respetable ejército; y presentándose delante del castillo, le sitió rigorosamente á pesar de las amonestaciones del rey: reducida la plaza al último apuro por falta de bastimentos, indudablemente hubiera caído en poder de don Enrique; pero sabiendo éste que grandes fuerzas venian á socorrerla, se retiró precipitadamente á Ocaña, aunque resuelto siempre á continuar sus intrigas y maquinaciones.

Habia dotado el rey á su hermana la infanta doña Catalina con el marquesado de Villena cuando se casó con el maestre; pero en castigo de sus excesos revocó el monarca la donacion por inoficiosa. Irritado don Enrique se hizo dueño á la fuerza de aquel estado; mas acudiendo inmediatamente las tropas reales le recobraron, y siguiendo el rey el dictámen de don Alvaro, anuló la gra-

cia que cuando se hallaba en poder de don Enrique en Tordesillas le habia concedido de que sus descendientes disfrutasen tambien las rentas del maestrazgo. Sin embargo, hubiera causado lamentables consecuencias esta medida, á no haber aplacado la reina viuda de Aragon la colera de su hijo, haciéndole desistir del designio que tenia de emplear sus armas contra el rey, y adoptar, aunque solo en la apariencia, medios suaves y pacíficos que pusiesen fin á aquellas desavenencias. Presentóse Enrique en la corte, y procurando sincerarse, propuso condiciones razonables; pero unas cartas interceptadas del condestable de Castilla Ruy Lope Dávalos, parcial suyo, hicieron ver la conspiracion que trataban, ofreciendo al granadino su apoyo si hostilizaba á Castilla. Convicto el maestro de este crimen á pesar que pretendió defender su inocencia, fué preso y conducido al castillo de Mora, interin le juzgaba el consejo Real. A una precipitada fuga debió la libertad el condestable, que se refugió en el reino de Valencia; pero fueron confiscados todos sus bienes por el rey, quien los adjudicó á varios se-

ñores, y dió á don Alvaro la dignidad de condestable. Las repetidas instancias del rey é infantes de Aragon á fin de que fuese puesto en libertad don Enrique, amenazando en caso contrario invadir Castilla con un poderoso ejército, pusieron á don Juan en circunstancias muy críticas; y á pesar de que don Alvaro le hizo ver las funestas consecuencias que iban á sobrevenir si se condescendia, tambien por otra parte el peligro inminente de una guerra, cuyo éxito no podia preverse, decidieron al monarca á conceder la libertad del maestro. En el momento que este disfrutó de ella se coligó con su hermano el rey de Navarra, aunque al principio desaprobó su conducta, y ambos formaron el proyecto de someter al rey de Castilla; sin embargo, les embarazaba bastante la preponderancia de don Alvaro, y para poner en práctica sus perversos fines era indispensable desconceptuarle con el rey: esparcieron á este fin tan atroces calumnias contra él, que sorprendido el monarca tuvo la debilidad de nombrar cuatro parciales de don Enrique para entender en el asun-

to, y por su dictámen fue desterrado don Alvaro de Castilla con todos sus amigos. No obstante, la desmesurada ambicion de sus enemigos indignó de tal modo á don Juan, que no solo revocó la sentencia volviendo á llamar inmediatamente al condestable, sino que hizo salir de la corte á todos los que le eran sospechosos, y prohibió las juntas clandestinas.

Previendo el maestre y el navarro los perjuicios que iban á sobrevenirles por el triunfo de don Alvaro, se unieron con el rey de Aragon don Alonso V, su hermano, el cual deseaba aumentar sus dominios, y trataron de sorprender al castellano, presentandose con un grueso ejército en las fronteras: mas el condestable, que todo lo debia temer de una familia conspirada particularmente contra él, puso en breve á don Juan en disposicion de defenderse con ventaja. Ya estaban los dos ejércitos próximos á batirse en los llanos de Ariza, á no haber mediado el legado pontificio Fox y la reina doña Leonor, viuda del generoso don Fernando, los cuales consiguieron restablecer la paz; y don Juan, que solo ha-

bia entablado la guerra por defender la independencia de sus pueblos, solo exigió que el aragones se separase de la alianza con sus hermanos. Era justo que el rey de Aragon admitiese tan razonable proposicion; pero se negó abiertamente, y el rey de Castilla remitiendo á las armas su decision entró á sangre y fuego por los dominios aragoneses, mientras que sus adelantados hacian lo mismo por el reino de Navarra. Hizose temible don Juan, y pasando á Estremadura puso sitio á Âburquerque, donde se habian hecho fuertes el maestre y su hermano don Pedro, despues de haberlos arrojado de otras plazas don Alvaro de Luna y el conde de Benavente don Rodrigo Pimentel. Hizo publicar inmediatamente un indulto general para todos los culpables, ofreciendo ademas mantener en su servicio á los infantes si se rendian espontaneamente, y declarandoles reos de lesa magestad en caso contrario; pero lejos de asentir los rebeldes á proposiciones tan justas, respondieron con una multitud de flechas y metralla. No era ya debido que el rey dejase de vengar tan grave ofensa; y aunque por la situa-

cion y obstinada resistencia de la plaza no era posible apoderarse de ella, convocó Córtes en Medina del Campo, y haciendo manifiestos los crímenes y traiciones de los infantes, les condenaron estas á la pérdida de todos sus estados, premiaron con ellos la lealtad de varios sugetos distinguidos, é hicieron á don Alvaro administrador del maestrazgo de Santiago.

Por este medio se hallaron imposibilitados los rebeldes de continuar la guerra, no pudiendo por otra parte resistir á los formidables aprestos que hacia el monarca castellano; y aunque orgulloosamente, y con proposiciones muy inadmisibles, pidieron la paz, é igualmente los reyes confederados. A todo condescendió don Juan solo por restablecer el órden, y se ajustó una tregua de cinco años; pero apenas se cumplió este término, volvieron á renovar las hostilidades los infantes, favorecidos por el maestro de Alcántara don Juan de Sotomayor, si bien no lograron nada, pues el infante don Pedro fue preso, ocupada la fortaleza de Alcántara, y depuesto su maestro.

Falto ya de todo recurso don Enrique para sostener sus ambiciosas miras, suplicó al rey de Portugal solicitase su perdón y la libertad de su hermano. Alcanzó con efecto estas gracias del generoso y pacífico don Juan; pero con la condicion de restituir las plazas de que se habia posesionado en Estremadura, de retirarse con don Pedro á Aragon, y no volver á turbar el sosiego de Castilla bajo ningun pretesto.

Poco disfrutó de él, pues Mahomad el *Izquierdo*, rey de Granada, no solo se negó á satisfacer á don Juan el tributo estipulado, sino que olvidando que á él debia el verse restablecido en el trono, de que habia sido despojado anteriormente por Mahomad el *Chico*, solicitó el favor del rey de Tunez contra su protector y amigo. Sin embargo, consiguió don Juan convencer al tunecino de la perfidia de su ahijado, y de que no debia prestar sus auxilios para sostener una injusticia; y entrando despues por la Andalucía á sangre y fuego, dejó en la vega de Granada treinta mil cadáveres, hallándose en disposicion de hacerse dueño de esta plaza si le hubiese fa-

vorecido la estacion y tenido todos los pertrechos necesarios. Abrió don Juan otra vez la campaña en el año siguiente; se apoderó de algunas plazas importantes, y castigó la traicion de Mahomad, favoreciendo el partido de Jucef Aben-Almao, su competidor, el cual le destronó. No obstante, por la muerte de Jucef, volvió Mahomad á ocupar el trono, y deseando vengarse renovó las hostilidades; pero batido siempre por las armas castellanas, y teniendo que atender á otras insurrecciones intestinas, dejó las armas y se restableció la paz.

A pesar de hallarse ocupados los infantés en la guerra que su hermano el rey de Aragon sostenia en Italia, no era posible faltasen émulos á la extraordinaria privanza que disfrutaba don Alvaro, y por lo tanto dispuestos á alterar el sosiego del reino. No tardó don Alvaro en descubrir una conspiracion que iba á estallar en breve, y de la cual era el principal caudillo el adelantado Pedro Manrique, su mas irreconciliable enemigo; pero se equivocó en los medios que adoptó para sufocarla, pues con motivo de la prision de éste, hecha sin arreglo

:

á las leyes en Fuentidueña, de donde logró fugarse, se sublevaron todos sus parientes, tomaron las armas, y haciendo responsable al rey de los males que sobreviniesen sino libertaba á los pueblos del poder del favorito, separándole inmediatamente de su lado, sedujeron á estos con tan lisonjeras como capciosas reclamaciones, y diariamente reunian bajo de sus banderas un crecido número de parciales. Favorecido por el príncipe heredero don Enrique, que odiaba á don Alvaro, y por el infante don Enrique y don Juan su hermano rey de Navarra que habian regresado de su expedicion, se hallaron muy pronto en disposicion de hacerse respetables; y aunque empleó don Alvaro todos los recursos que poseia para contener á los rebeldes, no pudo évitár que apoderándose estos de las principales ciudades y fortalezas del reino lograsen intimidar al rey, y que le desterrase por seis años á un punto determinado, cortando con todo rigor su comunicacion con el monarca.

Como el principal objeto de los rebeldes era ocupar el lugar del condestable, y no podian conseguirlo todos á un

tiempo, se desunieron entre sí bien pronto, y cada uno trataba de labrar la ruina de los demas por medio de innumerables intrigas, á fin de sobreponerse á ellos. De aquí nacieron la envidia y los zelos recíprocos que hubieran proporcionado á don Alvaro una completa victoria sobre sus enemigos, si estos conociéndolo, no hubiesen desistido de sus miras, y acordado la renuncia del favor supremo, con tal que nadie lo lograse.

Sin embargo, la ominosa esclavitud á que se vió reducido el monarca pues llegó al extremo de no poder oír ni ver á nadie sin el conocimiento de los gefes de la rebellion, los cuales espiaban cuidadosamente todas sus acciones y pasos, debian producir muy pronto nuevas convulsiones políticas; y don Alvaro, aunque gravemente ofendido por el rey, aguardaba no obstante una ocasion favorable para sacarle del poder de sus ambiciosos consejeros, la cual no tardó en presentarsele. El príncipe heredero don Enrique, que tenia depositada toda su confianza en un caballero llamado don Juan Pacheco, á pesar de que no habia considerado justo que su padre hiciese

lo mismo con don Alvaro, no pudo ver con indiferencia que su favorito se hallase espuesto á los tiros de los cortesanos; y éste temiendo sus maquinaciones que podian arruinarle, tuvo por conveniente vengarse antes de sus enemigos, que ya le miraban con desconfianza, descubriendo al príncipe sus inicuas tramas dirigidas solamente á apoderarse de la autoridad real, y el deplorable estado en que se hallaba su padre. Lleno de una justa indignacion don Enrique deseaba hallar medios para libertarle, cuando teniendo noticia don Alvaro de su intento le ofreció sus auxilios: aprovechó el príncipe tan oportuna ocasion; y estando ambos de acuerdo, juntaron sus fuerzas, á las cuales se agregó un número considerable de vasallos fieles, y se hallaron muy luego en disposicion de medir sus armas con los contrarios. No estaban estos desapercibidos; pero la fuga del rey, que no pudieron evitar á pesar de todas sus precauciones, y la derrota que sufrieron en los campos de Olmedo, en la cual murió el infante don Enrique, y fue hecho prisionero el almirante de Castilla, gefe principal de los revol-

tosos, los redujo al último apuro. Era de esperar se restableciese la paz con motivo de esta memorable victoria, y en efecto calmaron algun tanto aquellas inquietudes; pero muy pronto sucedieron otras mas trascendentales y escandalosas: don Alvaro habia recobrado otra vez todo su ascendiente sobre el corazon del monarca, el cual le proporcionó el maestrazgo de Santiago, y tan repetidas mercedes hicieron conocer á Pacheco que no era fácil conservase en la corte el influjo que por medio del príncipe esperaba ejercer, mientras no lograse deshacerse de su competidor; y á este fin avivó en secreto el rencor de los descontentos, dejandole abandonado al éxito de una desventajosa lucha, la cual indudablemente terminaria en mengua de la magestad. No podia presentarse ocasion mas favorable á las miras de Pacheco. Incapaz el rey de sacudir el yugo que le oprimia, habia de verse precisado á sufrir la ley que dictase el partido vencedor, y no podia menos de ser removido el condestable, atendiendo al odio que le tenia la nobleza por el favor que disfrutaba, é igualmente por haber

sido vanos sus esfuerzos para derribarle; por otra parte el príncipe se prestaba dócilmente á los consejos de Pacheco y aprobaria facilmente cualquiera resolucion que le proporcionase alguna superioridad respecto de su padre, prestándose gustosamente á cualquiera intriga para arruinar á don Alvaro á quien veia con envidia hacer el primer papel.

Ciertamente, su sagaz favorito le pintó con el mas feo colorido la conducta del condestable, persuadiéndole que los castigos impuestos á los rebeldes eran efecto de los abusos del poder que ejercia sobre su padre, y por último le aconsejó tomase bajo su proteccion aquella multitud de víctimas que se suponian inmoladas á la seguridad y venganza de un hombre, determinándole á huir precipitadamente de la corte. Conoció el condestable el objeto de tan inesperada fuga, comprendiendo toda la estension de la intriga, cuyas consecuencias habian de turbar la tranquilidad de Castilla y su propia seguridad. Acongojado el monarca al ver que amenazaban nuevas inquietudes, y demasiado débil para hacerse respetar, entabló una negociacion

con el principe su hijo á fin de pre-
verlas: mas éste se negó á toda composi-
cion si no perdonaba á los descontentos
que él habia tomado bajo su proteccion,
y se premiaba á Pacheco por haber coad-
yuado á la libertad del rey. A pesar de
ser tan insolente esta propuesta no pudo
menos el rey de admitirla por evitar
una guerra escandalosa, y los rebeldes
quedaron impunes: don Juan Pacheco
obtuvo el marquesado de Villena, y por
la influencia del rey eligieron los comen-
dadores de Calatrava á su hermano don
Pedro Giron maestre de la orden. En ta-
les circunstancias eran ya inútiles cuan-
tos arbitrios buscase don Alvaro para
destruir á sus implacables enemigos y
conservar la autoridad del rey; y por lo
tanto, conociéndolo, puso en práctica el
proyecto que tenia formado de antema-
no para proporcionarse un apoyo que
evitase la ruina que le amenazaba, pues
no podia contar con el favor de un mo-
narca débil y pusilánime. Se hallaba don
Juan viudo de doña María de Aragon, y
su enlace con doña Isabel de Portugal
juzgó que al paso que atraia á Castilla
una poderosa alianza, le proporcionaria

un constante influjo al lado del rey, desconcertando por este medio las intrigas de los dos envidiosos, y sosteniéndole igualmente contra la inconstancia del monarca. Sin embargo, don Juan se hallaba apasionado de Rodegunda princesa de Francia, y era de temer que repugnase este enlace; por lo que le fue preciso ocultar el proyecto hasta estar hecha la negociacion, pues entonces estaba seguro de no quedar desairado.

Efectivamente, aunque el rey se manifestó disgustado al principio, consintió al fin en admitir la esposa que le presentó su favorito; pero no dejó de resentirse de semejante abuso, lo cual participó muy en breve á su esposa, como asimismo su decision á sacudir el vergonzoso yugo que le oprimia. Se encargó la princesa gustosamente de la ejecucion de las ideas de su esposo, cuya autoridad deseaba ver libre de competidores; pero no obstante se tuvo por conveniente el disimulo hasta que hubiese ocasion oportuna para realizarlas, y esta no tardó en presentarse.

El favor que osadamente dispensaba el príncipe á la nobleza descontenta, y

que no se atrevió á refrenar su padre por no esasperarle, fue causa, como dejamos dicho, de la impunidad de los rebeldes. Fueron puestos en libertad los que se hallaban presos, escepto el conde de Alba, que á pesar de su lealtad acrisolada, se hallaba aun en una dura prision, confundido entre los desleales. Su hijo don García de Toledo quiso vengar este agravio, tomó las armas, y desde su castillo de Piedrahita, donde se hizo fuerte, saqueó los pueblos del distrito; pasó el rey á sujetarle con algunas tropas aconsejado de don Alvaro, mas don Pedro de Zúñiga que estaba retirado en Bejar, juzgó que esta expedicion se dirigia contra él para sorprenderle indefenso, pues el condestable era enemigo de los Zúñigas; y para precaver semejante atentado se unió con sus amigos, decidido á acometerle en su misma casa, prendiéndole ó matándole si se resistia. No hubiera sido fácil el ejecutar esta resolucion si don Alvaro gozase entonces del cariño del monarca como anteriormente; mas ya no se hallaba en este caso, y la reina aprovechó esta ocasion para arruinarle, coadyuvando á la

empresa. Consiguieron aquellos caballeros un despacho del rey en que decretaba la prision de don Alvaro, é inmediatamente fue preso, entregado á un consejo compuesto de personas que le eran desafectas, y condenado á morir en un cadahalso por tirano y usurpador de la autoridad real. Cuando se halló en el patíbulo dirigió al caballero del príncipe don Enrique que se hallaba presente estas palabras: "Dirás á tu señor que á sus leales servidores les premia de otro modo que el rey me premia á mí;" y examinando tranquilamente la escarpia en que habia de estar colgada su cabeza, sacó del pecho una cinta para que le atasen las manos, adoró un crucifijo y entregó despues al cuchillo su garganta. Así acabó sus dias en Valladolid este hombre singular, este monstruo de la fortuna, el cual habiendo llegado á la cumbre del poder, y á poseer los tesoros de la corona, fue enterrado de limosna en el cementerio de los malhechores. A pesar de las denigrativas acusaciones que se han esparcido para obscurecer su memoria, no tiene duda que fue ministro hábil de un monarca débil, el cual

pagó muy mal sus relevantes servicios (1).

Apenas falleció se manifestaron los grandes de Castilla mas insolentes y atrevidos; y aunque el rey, valiéndose de las armas y de las riquezas del condestable, quiso poner dique á su desenfrenada ambicion, lograron hacer ilusos sus proyectos, conociendo el monarca, aunque tarde, la falta que le hacia la constancia, política y fino talento de un don Alvaro de Luna. Acometiéronle poco despues unas cuartanas dobles, que le condujeron al sepulcro en 21 de julio de 1454, á los cuarenta y nueve años de edad y cuarenta y siete de reinado.

Dejó dos hijos de su segundo matrimonio; pero la prematura muerte del primero llamado don Alonso hizo que recayese con el tiempo la corona en su hermana doña Isabel, conocida por el renombre de la *Católica*. Se asegura que don Juan era apasionado á la historia y á la poesía, y que de esta última se con-

(1) En 7 de junio de 1453 falleció don Alvaro, y en 1658 el consejo de Castilla le declaró por inocente. *Isla*.

servan algunas composiciones no despreciables; pero esto no puede subsanarle de la nota de indolente en los negocios del estado, á cuya felicidad estan obligados á sacrificar todos los reyes su reposo é inclinaciones particulares.

ENRIQUE IV. Aunque se hallaba casado don Enrique con doña Blanca de Navarra cuando falleció su padre, impetró de la silla romana la gracia de que declarase nulo su matrimonio por falta de sucesion, y habiéndola alcanzado, contrajo nuevos esponsales con la infanta doña Juana de Portugal, cuya belleza le habian ponderado sobremanera.

De los muchos yerros que cometió don Enrique apenas ocupó el solio, fue el mas trascendental el descontento que se atrajo de los grandes, por dar los primeros destinos á personas que lejos de tener la capacidad y méritos correspondientes para obtenerlos, los adquirian solo por la proteccion é intriga de sus favoritos; al paso que aquellos se veian desatendidos de tal modo, que un criado ordinario del marques de Villena llegó á ser canciller y condestable; maestre de Alcántara un simple hidalgo de Cáceres,

y mayordomo mayor don Beltran de la Cueva, que solo era page de lanza.

En breve el arzobispo de Toledo y otros muchos grandes manifestaron su resentimiento, y dirijiendo sus quejas al monarca, le representaron los perjuicios que ocasionaba la inversion que se hacia de muchas de sus rentas en continuos y supérfluos festejos que le proponian sus consejeros; la mala administracion de justicia que habia en los tribunales, y el desórden que reinaba en todas las clases del estado; suplicándole finalmente convocase Córtes para remediar tamaños males, y otros muchos que podian sobrevenir; pero sus desig-nios se dirijian mas bien á separar de la corte al favorito y sus obligados, y lograr que el rey, en virtud de la impotencia que se le suponía, declarase á su hermano el infante don Alonso por príncipe heredero, pues contaban con la mayoría de los vocales, á fin de formar apoyados de este un partido respetable que oponer al rey, cuyo ejemplo les habia dado él mismo en el reinado anterior, llegando el caso de imponer la ley á su indolente padre: mas el rey no

solamente desechó sus proposiciones, sino que habiendo la reina dado á luz poco despues una hija á quien pusieron por nombre doña Juana, conocida vulgarmente por la *Beltraneja*, hizo que el reino la jurase heredera del trono de Castilla para desvanecer todos sus proyectos.

Sin embargo, parte de la nobleza se negó á prestar el juramento so pretesto de los rumores esparcidos de que la recién nacida no era hija del rey; hubo quien la suponía por padre á don Beltran de la Cueva, añadiendo que este no habia hecho mas que corresponder á las ideas del mismo don Enrique; pero lo cierto es, que en el momento se formó una terrible conspiracion, dirigida á deponer al rey y ceñir la corona al infante don Alonso. Los gefes principales eran los nobles descontentos; mas despues se les agregaron otros muchos, los prelados mas respetables, y finalmente el mismo Villena, que no pudiendo ver indiferente el ensalzamiento de su rival don Beltran de la Cueva, fomentó estraordinariamente la sedicion.

Por otra parte los reyes de Aragon

deseaban el enlace de su hijo don Fernando con la infanta doña Isabel; y habiéndose opuesto don Enrique, se declararon á favor de la liga, por lo cual se halló esta en disposicion de dirigir al rey un manifiesto en nombre de los tres estados, en que le recordaban sus anteriores reclamaciones; se quejaban al mismo tiempo de los excesos que habia cometido él y don Beltran de la Cueva; de haberles hecho jurar por sucesora de los reinos á doña Juana, dándola el dictado de princesa que no la correspondia; y por último, de que hubiese puesto presos en Segovia á sus hermanos los infantes don Alonso y doña Isabel, procurando su muerte para asegurar la sucesion á la Beltraneja; por todo lo cual protestaban que sino nombraba el rey un lejítimo sucesor á la corona y ponia fin á estos desórdenes, defenderian con las armas sus derechos.

Previendo don Enrique que los coligados tenian medios para sostener lo que decian, juzgó contenerlos entregando el infante don Alonso al marques de Villena para que fuese jurado su sucesor, bajo la intelijencia de desposarse con do-

ña Juana, cuando se hallase en edad competente; y para acreditar la legitimidad de la princesa, encargó á los obispos de Cartagena y Astorga que hiciesen una sumaria informacion de su potencia, cuya ridícula comision desempeñaron los respetables prelados, recibiendo declaraciones acerca de si doña Juana era realmente hija del rey ó adulterina por algun engaño. De ellas resultó que don Enrique no había tenido ningun defecto natural hasta la edad de doce años; que enervada con el tiempo su potencia, no había conseguido sucesion de doña Blanca, su primera esposa; pero que tuvo la fortuna de recobrarla despues. El lector juzgará sobre esta pérdida y recobro de potencia generativa, de cuya cuestion prescindimos.

Deseosos los coligados de llevar á efecto su idea de arrojar del trono á don Enrique, tan luego como tuvieron en su poder al infante don Alonso se reunieron bajo los muros de Avila para ponerla en práctica, representando una escena bien extraordinaria.

En un estenso tablado, hecho en una llanura próxima á la ciudad, levanta-

taron un ostentoso trono, colocando en él la estatua de don Enrique con todas sus insignias reales; y á presencia de una multitud de pueblo de todas clases, se le condenó en forma de juicio á perder la corona por las injusticias y excesos que suponian justificados. Leida que fue la sentencia en alta voz á los circunstantes, se despojó á la efígie de los atributos de la majestad, y arrojándola ignominiosamente del trono, pusieron en él al infante, aclamándole en seguida rey de Castilla.

Un atentado de esta naturaleza debia castigarse; y en efecto, los rebeldes fueron derrotados por don Enrique bajo los muros de Olmedo; mas ni este desastre, ni la prematura muerte del infante, les hicieron desistir de sus proyectos. Ofrecieron inmediatamente la corona á la infanta doña Isabel, manifestándola los derechos porqué la pertenecía; pero la generosa princesa no solamente reprobó la proposicion, sino que les recordó la obligacion que tenian de ser fieles á su lejítimo monarca; si bien exijó por otra parte ser reconocida por sucesora de su hermano don En-

rique con preferencia á doña Juana. Depusieron entonces las armas ; mas antes tuvo el rey que admitir las proposiciones que le hicieron al efecto, reducidas á un indulto jeneral, á la devolucion de cuanto les habia pertenecido, y á la declaracion de heredera del trono á la princesa doña Isabel. En vano apeló la reina al papa, á nombre de su hija, pues éste declaró írrito el juramento prestado á doña Juana, y doña Isabel fue reconocida y jurada por los tres órdenes del estado.

Sin embargo, duró poco el sosiego: envidiosos los cortesanos al ver la preponderancia que sobre el rey gozaba el marques de Villena, cada uno aspiraba á apoderarse del gobierno para cimentar su poder sobre las ruinas de los demas. Era el arzobispo de Toledo enemigo irreconciliable de Villena, y por lo tanto fue tambien el primero que desde luego trató de derrocarlo: apoyaba el arzobispo las pretensiones del príncipe don Fernando de Aragon, y fue suficiente para que Villena se opusiese, proponiendo para esposo de la infanta doña Isabel al rey de Portugal y al duque de Berri.

Dividida la corte en partidos, unos se decidieron á favor de las miras del arzobispo, y otros patrocinaban con ardor las de Villena: ambos eran poderosos y obstinados; pero era mas ventajoso el partido del arzobispo por sostener el gusto de la infanta. Sin embargo, faltó poco para que no se celebrase el matrimonio de dicha señora con don Fernando de Aragon por los sutiles ardidés de Villena, si los desvelos del arzobispo no los hubiese frustrado superando cuantos obstáculos se le presentaron. Cuando éste lo tuvo todo preparado, partió secretamente la infanta de donde se hallaba retirada á fin de reunirse con él. Quiso Villena detenerla en el camino; pero trescientos caballos preparados por el arzobispo, salieron á su defensa y la escoltaron hasta Valladolid. A pesar de no haber logrado Villena evitar esta reunion, espidió órdenes á las fronteras para que impidiesen el paso á don Fernando; pero éste, sabiendo lo urgente que era su entrada, despreció el peligro á que se hallaba espuesto, é introduciéndose disfrazado en Castilla, llegó finalmente á Valladolid, acompañado

de solas cuatro personas, donde se celebró el desposorio. Frustrados los intentos de Villena, desplegó su ira contra los príncipes, intentando privarles del cetro haciendo revivir el derecho de la infeliz Beltraneja, el cual se hallaba ya olvidado, y él mismo habia desatendido anteriormente, induciéndole á esta intriga el temor de perder todos sus estados si reinaban en Castilla. Con este objeto persuadió al rey que doña Juana era hija legítima suya, y que habiendo sido jurada princesa y sucesora, no debia permitirse que la usurpase el trono su hermana doña Isabel. Don Enrique, altamente irritado por el enlace de ésta, anuló la declaracion hecha en su favor, y publicó otra en el de doña Juana. No satisfecho aun Villena, y queriendo afirmar su poder con la amistad de alguna potencia extranjera, propuso al rey de Portugal que se casase con doña Juana; pero poco despues juzgando que le sería mas útil la alianza con Francia, apoyó la misma pretension hecha por el duque de Berry, y abandonó el empeño que tenia con el portugués. Preferido el duque, se

verificó su enlace en el valle de Lozoya, asistiendo á él una numerosa corte: no obstante, desconfiando los embajadores de la legitimidad de doña Juana, exigieron de la reina que jurase en público ser la princesa hija legítima de su marido, la cual así lo afirmó; y pasando á exigir igual protesta al rey, este no vaciló tampoco en sostener lo que no podía menos de ignorar, y que otras veces habia negado abiertamente.

Falleció poco despues el duque de Berri; y Villena para sostener su preponderancia, hubo de recurrir á la alianza del portugues, que habia despreciado; pero este desechó entonces la propuesta. Viéndose desairado por esta parte, hizo igual proposicion á don Enrique Fortuna, hijo póstumo del infante don Enrique, hermano del rey de Aragon; mas aunque parece estuvieron para concluirse las negociaciones, no llegaron á verificarse.

Entre tanto los príncipes doña Isabel y don Fernando, aprovechándose de las circunstancias, supieron granjearse el afecto y dominio de muchas ciudades, y solamente les faltaba ganar el ánimo

del rey para destruir de una vez todas las intrigas de Villena. Bien lo conoció éste, y puso en práctica todos los resortes de su autoridad para contener sus proyectos; mas no pudo evitar que viendo el rey ya con indiferencia los intereses de su hija, estando por otra parte disgustado de su esposa, y desconfiando de sus consejos, diese oídos á la reconciliacion que le propusieron tan oportunamente los marqueses de Moya y el cardenal de España don Pedro Gonzalez de Mendoza, la cual se verificó bajo las condiciones justas de no alterar la paz de sus estados, de no perturbarle en la posesion de la corona durante su vida, de auxiliarle para recobrar los pueblos enagenados, y de que no se incomodaria á los que estaban á su servicio: de resultas de este convenio fue separado Villena de la corte, recibiendo el rey á los príncipes en Segovia con singulares muestras de cariño.

Sin embargo, volvió Villena á la corte, y sedujo de tal modo á don Enrique para que se apoderase de los príncipes, que lo hubiera verificado, si

noticiosos estos del peligro en que se encontraban, no se hubiesen libertado con la fuga. Desde entonces hasta el fallecimiento de Villena nada alcanzaron del rey los esfuerzos del arzobispo de Toledo ni del cardenal de España, y aunque sobrevivió el monarca á su favorito dos meses, tampoco lograron desimpresionarle. Falleció don Enrique IV en 12 de diciembre de 1474, dejando demostrado con su ejemplo que la indolencia en los reyes, aun cuando tengan los mejores sentimientos, es funestísima para los vasallos.

FERNANDO É ISABEL. Declaróse inmediatamente todo el reino por los príncipes don Fernando y doña Isabel, los cuales se dedicaron por entonces exclusivamente á remediar los males que afligian la nacion, corrijiendo infinitos abusos con sus acertadas providencias; pero no pudieron sin embargo poner tan breve un dique á la desenfrenada ambicion de los cortesanos, acostumbrados á dominar el débil corazon de los monarcas anteriores.

Irritado el nuevo marques de Villena por no haber obtenido el maestrazgo

de Santiago, formó otra conspiracion en favor de doña Juana, y poniéndose al frente de ella, atrajo á su partido al portugues ofreciéndole con la mano de esta señora el trono de Castilla. Por otra parte no creyéndose el arzobispo de Toledo suficientemente recompensado por sus servicios, se ausentó repentinamente de la corte y entró en las miras de Villena. Esta coalicion si hubiese sido sostenida por la nobleza, con la cual contaban, hubiera puesto á los príncipes en inminente riesgo de perder la corona; pero afortunadamente se separó de ella tan luego como la actividad y constancia de los reyes la hizo ver cuán dispuestos se hallaban á sostener sus derechos.

No obstante, el portugues no solamente entró con fuerzas respetables por tierra de Castilla, sino que llegando á Plasencia, sin que nada lo impidiese, celebró su casamiento con doña Juana, á la que aclamaron reina muchos de los que anteriormente dudaban de su legitimidad. Se les sometieron sin oposicion las ciudades de Zamora y Toro; pero en esta última fueron sitiados por

don Fernando, el cual se hubiera hecho dueño de la plaza, si conociendo lo difícil que era atraer al portugues á una accion decisiva, como asimismo los trabajos subsiguientes á un largo sitio, no hubiese levantado el campo, partiendo en socorro de Burgos, oprimida por su gobernador y obispo á causa de su fidelidad.

Quiso el portugues aprovechar estas circunstancias para estenderse mas por Castilla, y en efecto llegó hasta Peñafiel; pero reuniendo la reina algunas tropas, las dividió en pequeños destacamentos que continuamente le molestaban; y el conde de Benavente sostuvo por ocho horas un sangriento combate en el pueblo abierto de Valtanas, del cual solo se hizo dueño cuando cubierto el campo de cadáveres, y herido y hecho prisionero su esforzado gefe, no era posible continuar defendiéndose. Debió el conde su libertad al favor de la condesa de Plasencia, bajo condicion de no volver al servicio de la reina de Castilla; pero su carácter no le permitia diferir los servicios á su lejitimo monarca, por mas tiempo que el que estuviese en poder

de su contrario ; é inmediatamente se reunió á su soberana , á pesar de hallarse espuesto á perder á su hijo don Alonso, que habia entregado en rehenes igualmente que las fortalezas de Portillo, Villalba y Mayorga.

Entre tanto don Alonso de Cáceres, que se titulaba maestre de Santiago, y el duque de Medinasidonia, entraron á sangre y fuego por los dominios portugueses ; y don Fernando despues de restablecer el sosiego en Burgos, se posesionó de Zamora, de cuyas resultas se retiró el portugues precipitadamente á Toro para impedir ser cortado. Ademas la considerable disminucion de fuerzas que habia sufrido , al paso que su enemigo diariamente conseguia ventajas, le obligaron á presentar la batalla en los llanos de Pelayo Gonzalez ; pero el castellano atacandole con sumo denuedo, aunque con fuerzas inferiores, logró batirle tan completamente que no pudo continuar la guerra. Este acontecimiento puso á Villena y á los demas rebeldes en la necesidad de implorar de la clemencia del rey el perdón, y lo consiguieron ; mas el arzo-

bispo de Toledo no solamente se negó á admitir las proposiciones pacíficas que le hicieron los reyes, sino que aun invitó al portugues á que regresase á Castilla. Fue pues indispensable usar de la fuerza para contener su tenacidad y rebeldía, secuestrándole las rentas arzobispales y enviando al mismo tiempo tropas para su arresto; no quedandole mas arbitrio que acogerse á la generosa piedad de sus monarcas.

Falsamente reconciliados Villena y los demas rebeldes, volvieron otra vez á sublevarse luego que lograron que el portugues entrase nuevamente en sus miras; pero fueron aquellos reducidos inmediatamente á la obediencia, y el portugues precisado á solicitar la paz, renunciando sus pretensiones al trono de Castilla y á la proteccion de doña Juana.

Habiéndose negado á esta desgraciada señora la rehabilitacion de la dispensa para efectuar su matrimonio, que la habia concedido el pontífice y anulado despues, se retiró al monasterio de santa Clara de Coimbra cansada ya de un mundo que tantos disgustos y pesares la habia ocasionado.

Por la muerte de don Juan II de Aragon, padre de don Fernando, acaecida en este tiempo, se incorporó esta corona á la de Castilla: juzgamos oportuno con este motivo describir aquí, aunque sucintamente, la historia de sus reyes.

Reyes privativos de Aragon hasta la incorporación de esta corona á la de Castilla.

Aragon, cuya parte septentrional está situada á las faldas del Pirineo, sirvió de asilo á los cristianos espelidos por los mahometanos de las provincias que sucesivamente conquistaron. Hicieronse allí fuertes á favor de la aspereza de sus montañas, defendiendose de los sarracenos bajo el gobierno de los jefes que elejian ellos mismos con el dictado de condes ó príncipes, los cuales dependieron siempre de los reyes de Navarra. Sus estados, ó alguna parte de ellos, se unió con el tiempo á esta corona; y finalmente en la division que el rey don Sancho el *Mayor* hizo á su fallecimiento entre sus hijos el año de 1035, tocó este condado á don

Ramiro llamado el *Espúreo*, condecorado con el título de rey.

RAMIRO I, el *Espúreo*. Casi puede asegurarse que no hubo parte de España que sostuviese guerras mas continuas y obstinadas; pero cuantas veces intentaron los moros estender sus dominios por aquella parte, otras tantas fueron espelidos, dando sus habitantes pruebas eminentes de su incomparable valor y heroísmo. Conquistó don Ramiro varias plazas en los confines de Zaragoza; mas empeñado en hacerse dueño de Graus, fue muerto y todo su ejército derrotado en 8 de mayo de 1063.

SANCHO RAMIREZ. Su hijo y sucesor don Sancho despues de estender sus dominios conquistando cuantas plazas halló hasta la jurisdiccion de Zaragoza, con gravísima pérdida de los africanos, fue herido mortalmente por una flecha en el sitio que habia puesto á la fuerte ciudad de Huesca, en 4 de Junio de 1094.

PEDRO I. Sucedióle su hijo primogénito don Pedro, el cual deseoso de cumplir el juramento que antes de morir le habia exigido su padre, igualmente que á cuantos le acompañaron en la

espedicion, de no levantar el sitio de Huesca hasta apoderarse de ella, no solo concluyó tan gloriosa empresa, sino que antes derrotó un grueso ejército de sarracenos que venia en su auxilio, dejando en el campo mas de cuarenta mil cadáveres. Falleció don Pedro en 28 de setiembre de 1104.

ALONSO I, *el Batallador*. Por no haber dejado don Pedro ningun hijo, le sucedió su hermano don Alonso. Este despues de sus espediciones contra Castilla, cuando ciñó esta corona doña Urraca (las cuales referimos en su correspondiente lugar) quiso imposibilitar de una vez á los africanos de hacer continuas irrupciones en los pueblos fronterizos de su reino, apoderándose de Zaragoza corte de su monarca, donde tenian reunidas sus mayores fuerzas. En efecto, se presentó ante sus muros el invencible Alonso, y á pesar del valor con que se defendieron los sitiados y de haber implorado y obtenido un crecido número de tropas auxiliares de los régu-los circunvecinos, fueron estas derrotadas completamente antes de llegar á su destino, y de sus resultas se vieron pre-

cisados los moros zaragozanos á entregar la ciudad.

No satisfecho aun el rey de Aragon con ser dueño de Zaragoza y de otras infinitas plazas fuertes, adelantó sus conquistas hasta tal punto, que no solamente hizo retirar á los mahometanos á los confines de Valencia, dejando libre todo el reino de Aragon, sino que se apoderó de Mequinenza; y hubiera obtenido igual resultado de Fraga, á no haberle acometido un ejército considerable que al socorro de la plaza enviaron los régulos de Lérida, Valencia y Murcia, y abandonadole la fortuna que constantemente le habia acompañado en todas sus gloriosas empresas. Los aragoneses pelearon con indecible valor, pero fueron arrollados por la multitud; y el rey, que ya habia logrado salvarse con algunos pocos de los suyos, fue alcanzado en el camino y muerto en la nueva refriega que se vió empeñado á sostener. Murió en 7 de setiembre de 1134 á los setenta años; reinó treinta, y de veinte y nueve batallas campales que tuvo con los moros solamente fue desgraciado en la última, por lo cual mereció el renom-

bre del *Batallador*. No habiendo dejado sucesor, nombró á los Templarios por herederos del reino.

RAMIRO II. Sin embargo de la declaracion del rey difunto, elijieron los aragoneses por su rey á don Ramiro II, llamado el *Monge* por haber sido abad de Sahagun y obispo de Burgos y Pamplona. El papa Inocencio II le concedió una dispensa para casarse con doña Ines de Potiers, hermana del conde de Aquitania, de la que tuvo una hija llamada doña Petronila; pero disgustado de los cuidados de la corona, y deseoso de tener una vida mas tranquila, trató el enlace de su hija; que solo tenia dos años, con don Ramon conde de Barcelona, y declarándolos por herederos, dando el reino en administracion al conde, aunque reservándose el título de rey y el uso de su autoridad durante la minoridad de su hija, se retiró á Huesca. Cedió el trono el año de 1137, tercero de su reinado, y á los cincuenta y tres de edad; pero vivió en su retiro hasta el de 1147.

RAMON. Agregada ya á la corona de Aragon parte de la Navarra, desde el reinado de don Sancho Ramirez, acaeció la

muerte de don Alonso, y haciéndose independiente proclamó á don García Ramirez por su rey. Don Ramiro vió con indiferencia esta desmembracion; pero el conde don Ramon, su yerno, tan luego como se vió en posesion del gobierno, se unió á don Alonso VII de Castilla, resolviendo ambos destituir al navarro y dividir entre sí la conquista. Sin embargo, dispuesto don García á defender sus cortos dominios, logró avistarse con el aragones antes que se uniese con su aliado, y poniéndole en fuga le obligó á desistir de su intento. No obstante renovó don Ramon á poco tiempo sus pretensiones, y conociéndose débil para esta empresa hizo entrar en sus miras á su sobrino don Sancho III rey de Castilla, aunque reconociéndose con este motivo feudatario suyo; si bien el feudo solo consistia en que el príncipe heredero de Aragon habia de asistir al acto de coronarse los reyes de Castilla, con el estoque desnudo en mano. Por esta alianza se vió don García obligado á negociar la paz, pues ya se habia apoderado el rey de Aragon de algunas fortalezas fronterizas de Navarra. Falleció don Ramon en 6 de agos-

;

to de 1162, dejando á su hijo primojénito don Alonso la corona de Aragon y el condado de Barcelona.

ALONSO II. Inmediatamente que ocupó el trono don Alonso II dirigió sus armas contra los africanos, á fin de estender los límites de su reino por la parte de Valencia. Ocupó á Teruel y otras plazas importantes en las márgenes del Guadalaviar, y se hubiera posesionado de Valencia si su gobernador no se hubiese convenido á pagar doble tributo. En seguida marchó contra la inespugnable Jativa, y á no haber tenido que atender á la invasion hecha por el navarro en las fronteras de su reino, faltando á la tregua que ambos monarcas tenian concertada, sin duda alguna se hubiera apoderado de la plaza. Se avistó despues con su enemigo; pero no pudiendo conseguir admitiese una batalla decisiva, traspasó el cordon don Alonso y se introdujo en Navarra, esparciendo por todas partes el terror y la devastacion. Al siguiente año se coligó con el rey de Castilla, y ambos batieron al navarro, recobrando muchas plazas; mas al fin, obligados por las hostilidades de los moros fronterizos,